

INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA



Antología de
Nicasio Hernández Luquero
(Prosa y verso)

JESUS HEDO

e Alba
19"



Institución Gran Duque de Alba

Antología de
Nicasio Hernández Luquero
(Prosa y verso)

JESUS HEDO



Institución "Gran Duque de Alba"
de la
Excma. Diputación Provincial de Avila





Nicasio Hernández Luquero

*Tienes el aire noble y altanero
de un hidalgo que el Greco retratara,
y bajo el ala oscura del sombrero,
surge el adusto gesto de tu cara*

*Visionario, cifraste tus amores
en remotas centurias fugitivas,
y el alma de otras épocas mejores,
se asoma a tus pupilas pensativas.*

*¡Te equivocaste, hidalgo! No te creas
que hallarás a tu paso Dulcineas.
Esta prosaica edad que atravesamos
no es la dorada edad que tu alma ansía,
¡pobre engendro de un siglo de poesía
perdido en este siglo de dinamos.*

Germán Gómez de la Mata

© Aurora Hernández.

Fotografías: Pablo L. Delgado y Ricardo Guerra.

I.S.B.N.: 84 - 398 - 5258 - 4

Depósito Legal: AV. 401-1985

Imprime: Gráficas C. Martín, S.A. - Pol. Ind. Las Hervencias - AVILA

*A Aurora, que guarda en un
fanal la memoria de su padre.*



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

INDICE

INTRODUCCION

— Luquero, periodista	20
— Ramón y Luquero	24
— Luquero, poeta modernista	25
— La Lira franciscana en la poesía de Luquero	30

CRONICAS

— Vida	37
— La rutina	38
— El fulanismo	40
— Los segadores	42
— La fe	44
— Alma castellana	46
— Labor de juventud	48
— Las hogueras	49
— Gestación de hipócritas	51
— Una carta	53
— La enfermita	55
— Alejandro Sawa, muerto	56
— Juventud, divino tesoro	58
— Oración por la llanura	60

— ¡Abajo la guerra!	61
— Apunte de visión	63
— La noche	64
— Baroja, candidato	66
— Angel Macías	68
— Párrafos cordiales	70
— Un bohemio rural (cuento).....	72
— De nuestro individualismo	78
— La melena del poeta	81
— Angel Macías	82
— El socialista.....	83
— La Castilla literaria	85
— Una visita de Chicharro (Desde Arévalo)	87
— Cenáculo de austeros	90
— Elvira, la espiritual	92
— Yermos de la guerra.....	93
— Tristeza de la ciudad.....	94
— El poeta olvidado	96
— Un cruzado del ideal	98
— De la bohemia del poeta Barrantes.....	100
— Cómo no escribo mis artículos	102
— De una excursión a Gredos.....	104
— Un pueblecito de la sierra: Hoyos del Espino	107
— El amable libro viejo	109
— El poeta campesino: José María Gabriel y Galán.....	111
— El paso de los optimistas.....	115
— Poetas americanos.....	117
— El libro	119
— Historia de una poesía de Curros Enríquez.....	121
— Los gavilanes de Gobernación.....	125
— Horas solitarias (leyendo).....	126
— No tengo asunto	128

POESIA

— Mi capa	133
— Hora de desaliento	134

— Canción de sencillez	135
— Blasón	137
— Solitario de amores	138

AREVALO Y CASTILLA

— El río Adaja	141
— Plaza de la Villa	142
— Atardecer en Arévalo	143
— La queda	144
— La calle del clavel	145
— Nocturno arevalense	146
— Alma Arévalo	147
— De una plaza rural	148
— Al viejo castillo arevalense	149
— Paz de cementerio	151
— Arévalo	152
— La mesa donde escribo	153
— Arévalo (La ciudad sueña)	154
— Adaja; el río amado	155
— Sala castellana	157
— Serrana de Avila	158
— Vestigio	159
— Piedrahíta dieciochesca	160
— Mujer de Castilla	161
— La noche gloriosa	162
— Al balcón	163
— Lo que me rodea	164
— Ayer	165
— Romance por mi tierra	166
— Comunión	168
— Elegía ingenua del otoño	169
— Junio	171
— Rosas del crepúsculo	172
— Atardecer castellano	173
— Por la trilla	174
— El pinar	176

— Plegaria del saúco	177
— Otra vez Castilla	178
— Nieva	179
— Vendimia	180
— Crepúsculo en la llanura	181
— Del otoño en Castilla	182

ELOGIOS

— A San Juan de la Cruz, en sus versos	185
— Gabriel y Galán	186
— Emilio Carrere	187
— Amado Nervo	188
— Castrovido	189
— Sopa de letras	190
— Glosa becqueriana	191
— Sancho Panza	192
— Marolo Perotas	193
— A Pi Margall	194
— A los Comuneros de Castilla	195
— Nakens	196

ESTACIONES

— Hay algo de ceniza	199
— Invierno	200
— Estío	201
— Mediodía castellano	202
— Perfil otoñal	203
— La emoción de la hora	204
— Tríptico autumnal	205
— Crepúsculo	206
— Viejecitos al sol	207
— Transición	208
— Paz del crepúsculo	209
— La espiga	210

LIRA FRANCISCANA

— Mi gato	213
— Un galgo en La Mancha	214
— La mosca	215
— El cisne	216
— Saúco	217
— La rana	218
— Cigüeña	219
— A un grillo	220
— El grano de trigo	221
— Gusanos triunfadores	222
— Perro del pastor	223
— El gallo	224
— Cigüeña	225
— El buey	226
— Esta rosa, al morir	227
 GLOSARIO	 229
NOMBRES PROPIOS	241
— Obras de Luquero	251

No queremos que las creaciones literarias de Luquero se difuminen con el tiempo y el olvido, y esperamos confiadamente que, al menos y de momento, aparezca una selecta recopilación de sus más pulcras páginas en prosa y de sus versos más apasionados, en un asequible volumen, tanto para el público literariamente selecto, como para el curioso lector eventual.

A. Gutiérrez Palacios

(El Diario de Avila, 18 octubre 1975)

INTRODUCCION



Institución Gran Duque de Alba

INTRODUCCION



Institución Gran Duque de Alba

Ese era el deseo de G. Palacios en un artículo en donde hacía un paralelo entre los dos escritores abulenses: José Somoza "el hereje de Piedrahíta", como le denominó Baroja y Luquero, "el hidalgo de Arévalo", como le llamaba G. de la Serna.

Hay notables analogías entre ambos escritores. Los dos vivieron *Luces de bohemia* o candilejas de ciudad y ambos, desengañados del "tedio urbano", volvieron a sus respectivas ciudades —Piedrahíta y Arévalo—, a enfrascarse en una labor de creación humilde y silenciosa.

Los dos fueron excelentes prosistas y delicados poetas y sobre los dos hoy se cierne un injusto olvido.

Somoza, dice Azorín "ha querido ajustar su vida al mismo ritmo, punto por punto, de sus antecesores" (1)... "La obra de Somoza responde a esta armonía de un hombre con su medio" (2).

Otro tanto se puede decir de Luquero. Durante casi 50 años ha vivido en su "hidalgona casa" de la plaza de la Villa de Arévalo.

A los cien años de su nacimiento, gran parte de su obra —acaso la mejor—, permanece inédita, a pesar de ser uno de los más admirables y auténticos cronistas del primer cuarto de siglo y un refinado poeta simbolista.

A D. Nicasio Hernández Luquero lo nacieron en Montejo de Arévalo (Segovia), aldea situada a nueve kms. al norte de Arévalo. Pero él se consideró siempre arevalense. "En Arévalo, ese buen pueblo caste-

(1) Azorín. *Al margen de los clásicos*. O. s. Madrid, 1953, pág. 1.025.

(2) Azorín. *Ibidem*.

llano de mis amores, de mi infancia, terminé el Bachillerato e hice mis primeras travesuras con mis compañeros de colegio, y experimenté las primeras delectaciones paseando por sus extensos pinares". (En entrevista a F. González Rigabert, en *Vida Moderna*, Cádiz, 20-XI-1918.) Después fue a El Escorial, a estudiar la carrera de Montes, que abandonó en el preparatorio para irse a vivir con su madre. Al Escorial lo consideró siempre como un segundo pueblo y durante muchos años acudiría a pasar allí largas temporadas con su hija Aurora.

Sus primeros trabajos de chico fueron pasatiempos, jeroglíficos, charadas... fugas de letras, que enviaba a *Blanco y Negro*, a *Por esos mundos*, y al verlos publicados se sentía satisfecho. De esta manera se fue aficionando a los periódicos y a la lectura.

Al principio leía —él mismo nos lo cuenta— obras militares. "Mi padre era militar, pero un militar de carácter muy liberal, que conste". Entre sus primeras lecturas se encuentra *La Historia de la guerra civil*, de Pirala... Después *El Quijote*, los clásicos, en general. Durante la última enfermedad de su padre, en 1897, estaba leyendo *El Abuelo*, de Galdós.

También preparó oposiciones a Aduanas, con Ramón Fañanás, un hijo de R. y Cajal, que los dos abandonaron.

En Arévalo, con Angel Macías y Félix Pérez Serrano, fundan *El Despertar* y más tarde *El Heraldo*, dos semanarios combativos y de ideas avanzadas.

En 1909, cuando la Semana Trágica de Barcelona, fue procesado por un artículo publicado en *El Despertar Castellano*, que el fiscal calificó de sedicioso, "Abajo la guerra". Estando Luquero en Gijón, recibió en un juzgado un exhorto reclamando su comparecencia porque se le había creído un anarquista de cuidado. "Bien se conoce, dijo el sensato juez, que tienen muy poco que hacer algunos jueces". De todas formas se le multó con mil pesetas, y al no tenerlas, hipotecó la casa de Arévalo.

No se dejó deslumbrar Luquero, a pesar de sus lecturas primerizas y de su ambiente familiar, como tampoco Somoza, por la carrera militar. Somoza veía en la carrera militar "una alternativa odiosa de obedecer sin pensar o de mandar sin razón".

Llegó a Madrid un 27 de septiembre de 1900, el mismo año en que

también llegaba de Moguer J. R. Jiménez. Nos lo cuenta en un artículo, "Teatros de Madrid". Durante más de treinta años residirá en la corte. Vivió en una casa de huéspedes de la c/ de la Ballesta, n.º 32, regentada por Valentina García, una señora de Sepúlveda, excelente cocinera; más tarde en la c/ del Espíritu Santo, en la de la Madera, en La Encomienda, en la c/ de San Marcos.

Asistió al entierro de A. Sawa, en el Cementerio Civil, invitado por Roberto Castrovido, en un simón de alquiler y en él leyó Castrovido un artículo necrológico al divino Alejandro.

Con Germán G. de la Mata participó en frecuentes actos literarios, como aquel del Ateneo, ofrecido a Rubén Darío, en que tomaron parte Andrés González Blanco y Nilo Fabra.

Fue ferviente francófilo durante la guerra europea (1914-18), como la mayor parte de los intelectuales del 98, excepto Baroja y Benavente, que fueron germanófilos.

Con G. Gómez de la Mata colaboraron en *El Pueblo de Valencia* y tradujeron para la Casa Sempere, cuando era ya empresa conjunta con Fernando Llorca y B. Ibáñez.

B. Ibáñez, director literario de la Editorial Prometeo, les encargó las traducciones de las elegantes versiones de los clásicos griegos de Leconte de Lisle. G. de la Mata tradujo las *Tragedias* de Eurípides y Luquero *La Odisea*. Por este trabajo recibieron cada uno cincuenta y cinco pesetas, que se repartieron en el Café Castilla.

En 1927 se vio afectado por la torticolis, que fue su tortura física y "turbó inicialmente mi serenidad de ánimo, durante tres largos años, y me atendió el Dr. Juarros, personal y desinteresadamente". Pasó la guerra, "época alucinante", "terrible hecatombe", en un sanatorio de Madrid, "bloqueado y mártir". A los pocos días de la liberación de Madrid, el Dr. Juarros le dio el alta de la enfermedad y "con su presencia me hizo el bien de la libertad y el acceso a una nueva vida".

LUQUERO, PERIODISTA

Dos son las cualidades fundamentales del periodista: orden y claridad.

Pío Baroja

* * *

El verdadero escritor tiene que oscilar entre el artista y el periodista. El verdadero escritor es la serenidad pura, un caso de conciencia independiente.

G. de la Serna

(Nuevas páginas de mi vida)

Una de las labores más importantes de Luquero es la de cronista. España, país de articulistas, dice Baroja, tuvo a principios de siglo cronistas excelentes. Azorín comienza escribiendo en *El País* sus crónicas. R. Cansinos Assens, E. Noel, Morote, Salaverría, R. Castrovido, Ricardo Fuente, el padre Ferrándiz, Ruiz Contreras, M. de Cavia, A. Sawa, J. Nakens y un largo etc.

En general estas crónicas de principios de siglo son bastante literarias, aunque por aquellos años dijera Unamuno que el periodismo mata la literatura. Entre los periódicos destacan: *El País*, *El Imparcial* y *Los Lunes de El Imparcial*, suplemento que insertaba cuentos, críticas, artículos y cuyo director era Ortega Munilla. *Los Lunes* fue el aglutinador de las ideas de los hombres del 98.

La obra periodística de Luquero está dispersa en casi todos los periódicos importantes de la época: *El País*, *España Nueva*, *La Mañana*, *El Globo*, *Vida Socialista*, *La Lucha*, *El Motín*, *Ateneo*, *Vida Nueva*, *Prometeo*, *La Nación*, *Prensa Gráfica*, *El Heraldo Nacional*, de Barcelona, etcétera.

Su ideología es clara. Se siente republicano federal. "Orientado a las ideas modernas, no pertenece a ningún partido político, pero coloca a Pi Margall en una de las cimas más altas de su admiración, con Tolstoi, Zola y Gorki" (1).

(1) *El País*. 30-XI-1912.

Tolstoi es "apóstol evangélico de la fraternidad humana, místico evangelizador de un mundo sin violencias".

Gorki es "el gran cantor de los humildes", "el famoso revolucionario vagabundo", "el novelista de más rebelde complexión que conozco". También hay, sobre todo en su primera época, notables influjos de Kropotkin y de todo el ideario anarquista del momento.

En los artículos de Luquero —La Literatura, dijo Larra, no es sino la expresión de una época—, se percibe inquietud intelectual, pasión por el saber, fe ciega en la razón, lo que le hace parecerse al pensamiento de los institucionistas.

Luquero abomina de los valores establecidos en una sociedad dogmática. Rechaza el clericalismo, "fuerza solapada y ruín, que lo mina todo y lo corrompe todo". Desprecia el convencionalismo, la rutina y toda idea encasillada y proclama "la independencia de espíritu que no comulga con ideales viejos".

Hay cierto paralelismo en estos primeros artículos de Luquero, con los de Azorín "Los Pueblos", publicados en el diario *España* en 1904 y con otros olvidados y recopilados por José M.^a Valverde. En estos artículos refleja Azorín la dolorosa realidad que se vive en los pueblos. Luquero empieza a publicar sus primeras crónicas en 1905. Por estas fechas Azorín inicia esa dirección tan desagradable para muchos, hasta convertirse en partidario de Maura y de la Cierva y de otros.

*Admirable Azorín, el reaccionario
por asco de la greña jacobina.*

Luquero no. Fue siempre más coherente y además sintió siempre más curiosidad por las personas y por las cosas. Hay más vida en las crónicas de Luquero que en las crónicas de Azorín, que a partir de 1905 va a hacer una Literatura a puerta cerrada, hasta convertirse en un extraordinario plumífero de gabinete.

El primer artículo conocido de Luquero es de 1905 y aparece en *Patria*, de Avila, cuando tenía 20 años. Se titula "Aurora", título pleno de esperanza, siguiendo el dictado de Rubén, porque la Aurora es inmortal. Un poco más tarde dirá Machado a Azorín: "Oye cantar los gallos de la Aurora".

En estos primeros artículos defiende la libertad y habla de las ma-
tanzas de S. Petersburgo y cita a Tolstoi que jamás aconsejó la vio-
lencia al que llama coloso del altruísmo y patriarca de los ideales mo-
dernos. Las crónicas son de muy diversos temas: juventud, la rutina,
el caciquismo, el individualismo, temas de arte, de literatura.

Tiene fe en una "Aurora que parece insinuarse en el horizonte,
una aurora de bienestar humano y de fraternidad universal". En va-
rios artículos de 1905 se firma Nicasio de Arévalo.

En "Gestación de hipócritas", critica la falsa educación y ense-
ñanza, basada en axiomas dogmáticos. En estos artículos se consi-
dera "un romántico, un vidente de un más allá que me hace más bue-
no y que me lleva a la palestra del Bien y del esfuerzo, como un nuevo
Quijote".

A Angel Macías, periodista arevalense, desaparecido prematura-
mente, le llama "luchador oscuro y romántico, caballero del Ideal, mi-
rado con recelo por las gentes de estos llanos predios de la prosa".

Enseguida va a aparecer en Luquero el artículo lírico, como "ora-
ción por la llanura".

En 1907 ya era amigo de G. de la Serna y a él le dedica "Las hogue-
ras", publicado en *El Adelantado de Segovia*, el 30 de septiembre
de 1907.

Así lo evocará el propio G. de la Serna en *Automoribundia*:

"Hay una temporada, la más jovial de aquella juventud callejera,
en que descubro y amo el barrio de Santa Cruz, sin saber todavía que
estaba lleno de pasos de Lope, de Calderón, de Quevedo y que por
allí habían andado los teatros del gran ensayo poético del Siglo de
Oro".

"En aquellas calles llenas de tabernas, colmados y sastrerías, pa-
rece haberse congregado el señorío del pueblo castizo —el señorío
del buen madrileño transeúnte, se entiende— y allí me encontraba
en colmado lleno de grandes barricas, con la fe de bautismo escrita
en ellas, con uno de mis mejores amigos, con el hidalgo Nicasio Her-
nández Luquero".

Nos habíamos conocido en las universidades literarias y en los
cafés y él era el señor de Arévalo que vivía eternamente en casas de
huéspedes con dos principios".

"Su comentario a la feria literaria era siempre condigno y honrado, glosando con clarividente sinceridad los aciertos y las vilezas".

"Yo vivía en aquella época la mañana —no sé por qué, quizá porque era muy bonito y bastante honesto el mediodía de aquel tiempo— y me encontraba con ese Nicasio Hernández Luquero que parecía un hijo natural de Felipe IV, y entrábamos en el colmado de las Cubas y bebíamos las mejores soleras, dignificando nuestros pensamientos, refinando hasta la beatitud nuestra ingenuidad literaria".

"Hernández Luquero escribía como Villarroel y componía el artículo moderno, visional y sin moraleja ni retintín elegíaco, con una fantasía de artista. Recordaré siempre sus *Alcotanes en la Puerta del Sol*".

"Amante —más que amante: galán— de los libros, los amaba sin pedirles mucho y desinteresadamente escribía esbeltas críticas en todos los periódicos donde podía".

"Vagante en corte —título celestial— con su chambergo, su media melena y su cuidada barba dorado-castaña, daba optimismo al medio literario y su medical compañía me comunicó muchos ánimos".

"Según su arte de vivir se podía vivir de la literatura sin cobrar y aunque en mi caso eso era inverosímil, porque no tenía rentas de tierras y casas en un pueblo rico, me hizo trocar en verosímil lo inverosímil".

"El caso es que hasta hoy —y decir esto en esta página es un anacronismo literario— vivimos pasado el medio siglo en el mismo compadrazgo literario, compañeros de mentidero, pero sin bilis, él en su Arévalo dichoso, yo en la América dichosa".

"Vivimos reunidos en aquel lejano tiempo en nuestras calles del barrio alrededor de la calle de la Cruz, donde se reúnen los hombres de más pro y toman el vino de la mañana, el vino de la tarde, siempre muy bueno, sin dejar de llevar nota de las copas, vino bien hablado, todos contestes en que hay que llevar la vida con probidad, con sujeción a su contada fortuna" (2).

(2) Gómez de la Serna, *R. Automoribundia*/1, 2.ª ed., Madrid, 1974.

RAMON Y LUQUERO

"En los claustros de la Universidad de Madrid adonde yo iba a escuchar las explicaciones del Marqués de Mudarra y de Ortega y Rubio, en sus clases de Literatura e Historia, conocí y trabé amistad con Gómez de la Serna en 1906". En ese año publicó G. de la Serna su primer libro: *Entrando en fuego*. Entonces vivía Ramón en una casa de la calle Fuencarral, muy cerca de la desembocadura de S. Onofre. Poco después se trasladó a la calle de la Puebla, donde viviría muchos años, muy cerca de la casa de Luquero, que vivía entonces en el número 32 de la calle de La Ballesta.

Con Ramón visitó Luquero muchas veces el Rastro, del que fue Ramón genial cronista y las librerías de lance, como se llamaban entonces, y la feria de libros del Botánico. En estas librerías compró Ramón todo lo referente al Madrid del siglo XIX: folletos, libros, grabados, planos, estampas.

Con Ramón visitó Luquero al escultor Julio Antonio en su estudio de la calle de Jorge Juan.

Cuando Ramón inició su amistad con Carmen de Burgos (Colombine), fue a casa de Luquero, a la calle de la Cruz, para que con ellos asistiese a un baile de máscaras, a lo que Luquero no accedió. Luquero fue asiduo a la tertulia "La Sagrada Cripta", del Pombo y a muchos de los banquetes mensuales como el ofrecido al pintor Picasso, y allí conoció a Bagaría, a Santiago Rusiñol, al malogrado Bacarisse, al explorador español Carlos Luis de Montalbán, sepulvedano, a Pablo Vighi, a Alcaide de Zafra, al escritor ciego Antonio Heras y al hispanoamericano Adalberto Guillén, que pagó la noble hospitalidad de los escritores de Madrid publicando un incalificable libro difamador que tituló *La Linterna de Diógenes*.

LUQUERO, POETA MODERNISTA

Como cada palabra tiene su alma, hay en cada verso, además de una melodía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea muchas veces.

Rubén Darío. Palabras liminares
a "Prosas Profanas".

"El Modernismo más que una escuela es una actitud, un ansia de renovación vital y estética, científica, religiosa y social. Empezó en España e Hispanoamérica simultáneamente, con la generación del 98" (1).

En el Prólogo de Bécquer a *La Soledad*, de Ferrán, están las bases de la poesía moderna y es Unamuno el primer gran poeta de espíritu modernista, sigue diciendo Juan Ramón.

Luquero situó en la cima de su admiración poética a Rubén, que supo no solamente dar forma y musicalidad, sino ese aire cosmopolita del que carecen S. Rueda, M. Reina. En A. Machado se fusionan la forma de Rubén con la filosofía de Unamuno. Los críticos han exagerado el influjo del parnasianismo y simbolismo francés sobre los poetas españoles; aunque esta influencia es patente, no es sin embargo total, y también existen influjos de los místicos españoles y sobre todo de Bécquer.

El parnasianismo se opone a todo lo que no sea arte y belleza; ya lo dice Gautier en 1834. El ideal parnasiano se fija sobre todo en la forma, en la riqueza de la rima, en imágenes plásticas y marmóreas, en el interés por lo clásico, por la belleza ideal, lo raro, lo exótico. Entre los poetas españoles más afines al parnasianismo destacan F. Villaespesa y S. Rueda.

En la poesía de Luquero hay cierto influjo del parnasianismo francés —él traduciría a un parnasiano, Leconte de Lisle—, pero fundamentalmente, la poesía es para Luquero un desahogo romántico, y la naturaleza es un fiel reflejo de sus emociones. Se siente orgulloso de su canto, que no comprende el vulgo:

(1) J. R. Jiménez. *La corriente infinita*. Aguilar, Mad. 1961, pág. 133.

*Es mi negro sombrero flexible y ampuloso
una airada protesta contra cosas de fuera,
y de mi alto lirismo a modo de cimera
corona el serio alcázar altivo y orgulloso.*

Por eso sostiene "reñida quimera con el vulgo".
Villaespesa culpa al medio ambiente:

*Nací para altos fines, pero ahogó mi grandeza
la prosa cotidiana del tiempo en que he vivido.*

También Rubén desdeñó el tiempo en que le tocó vivir.

El Modernismo tiene dos componentes: el romanticismo y el parnasianismo. Un poco más tarde aparece el simbolismo que, según J. R. Jiménez tiene sus orígenes en los místicos españoles y en la poesía arábigo-andaluza y, sobre todo, en la "vaguedad intuitiva de Bécquer". Otro componente simbolista es la música.

J. R. Jiménez distingue un modernismo exterior de "expresión necesariamente precisa y de hermosa impassibilidad objetiva y un modernismo interior o simbolismo, de impresión subjetiva" (2).

A la primera etapa del simbolismo se la denomina con frecuencia decadentismo. Es la etapa que más influye en Juan Ramón y los Machado. El decadentismo se caracteriza por la ausencia de doctrinas fijas y por una atmósfera de vaguedad. Se busca lo nuevo, la música suave en el fondo de los parques:

*Y sonará ese piano,
como en esta noche plácida
y no tendrá quien lo escuche
pensativo, en la ventana.*

J. R. Jiménez

* * *

*Y una dulce melodía
vagó por todo el jardín;
entre los mirtos tañía
un músico su violín.*

A. Machado

(2) J. R. Jiménez. *La corriente infinita*. Aguilar, Mad. 1961, pág. 292.

*Llenarán el aire
ruidos misteriosos
ritmos de la noche.
Una esquila. Otro
zagal. Sus ovejas.
Angelus. El sonoro
correr del regato.*

Luquero. "La Llanura",

5 abril 1910

* * *

*Y como laude a la ancha tierra llana,
levanta un son de esquilas el ganado.*

"Crepúsculo en la Llanura"

Es una fase completamente estática, donde se paraliza el tiempo.

*Bajo el silencio místico la tarde
pone en nuestra alma que en fervores arde,
serena placidez contemplativa...*

Del "Otoño en Castilla".

A los modernistas les atrae la belleza; se discuten las nuevas doctrinas literarias. Belleza es un título de Juan Ramón y la palabra "belleza" impregna la revista "Helios", creada en 1903. La belleza es la que hace que sintamos con nueva sensibilidad la vida y las cosas:

*Belleza del campo apenas florido
y mística primavera...,*

clama Machado.

Si el decadentismo suspira solamente, se queda en la mera vaguedad, el simbolismo, en cambio, quiere construir, quiere llegar al alma de las cosas. "¿Tienen alma las cosas? se pregunta Azorín hablando sobre Bécquer? ¿Nos dicen algo las cosas que nosotros no acabamos de comprender? ¿Hay en torno nuestras fuerzas desconocidas, misteriosas, que nosotros con nuestra limitada sensibilidad no podemos percibir?" (3).

(3) Azorín. o. s. B. N. Madr. 1953, pág. 1.036.

Otra característica del Modernismo es el misterio que habían destruido el Realismo y el Naturalismo, que negaban todos los valores no comprensibles por la razón.

A. Machado nos dice:

*El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta sabe
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto...*

Como Bécquer, los simbolistas se asoman a las profundas simas de la tierra y del cielo.

*... Tengo la inquieta
obsesión del misterio alucinante,
me estremece la ciega
caricia de lo ignoto
y es mi vida una eterna
tortura de dolores presentidos
y de zozobras vagas e inconcretas.
En las constelaciones de mi cielo
luce una estrella pálida y siniestra.*

Luquero

Luquero como otros simbolistas, sabe crear una atmósfera en la que pueda captar la voz misteriosa, el secreto de la vida y de la muerte, el secreto profundo de las cosas.

*Exhala la llanura el alma entera
en este augusto instante religioso,
y se hace más profundo y misterioso
el silencio de la amplia barbechera.*

"Saludo al caminante"

* * *

*Para el sereno reposar del alma
es sedante sin par la noche quieta;
se piensa en una vida toda calma
como la que cantó el fraile poeta.*

"Nocturno arevalense"

Por eso su poesía huye del tráfago, busca la soledad y apartamiento, para recoger la emoción de la hora:

*... religioso el espíritu se efunde
en un ropaje místico de asceta,
y un instante el rebelde queda absorto.*

* * *

*Un mar de ideas locas le confunde
y casi, casi olvida que habrá un orto
que hará sangrar de luz a la meseta.*

"La emoción de la hora"

La poesía de Luquero, más que contar se dirige a la sensibilidad y a la imaginación para captar otra realidad más honda y real que la que vivimos y recurre al lenguaje poético menos preciso mediante símbolos como ya hacían los místicos. Estas verdades espirituales, transmitidas por símbolos, nos dan una visión metafísica del universo. No hay poeta grande sin metafísica, diría Machado. Y como el éxito de los místicos está en haber acertado en los símbolos, Luquero acierta en estos símbolos y en el ambiente místico de las descripciones del paisajes castellano.

*Es incensario de aroma
y un blanco de eucaristía
la olorosa sinfonía
que por mis bardas asoma.*

*Níveo palio que se acroma
el verdor de la enramada,
y el resol y su calina:
ofrenda de albor divina
gaya de oración perfumada.*

"Plegaria del saúco"

* * *

*Bajo el silencio místico la tarde
pone en nuestra alma que en fervores arde
serena placidez contemplativa...*

"Otoño en Castilla"

LA LIRA FRANCISCANA EN LA POESIA DE LUQUERO

Para conocer a un poeta lo mejor es indagar en su temática. Un aspecto muy significativo de su obra poética es el franciscanismo: el amor a los animales y a las cosas sencillas y humildes que nos rodean.

Este aspecto era ya destacado por Galdós en *Misericordia*, donde nos habla del encanto que desprenden las cosas y los seres vulgares. Y Galdós fue para D. Nicasio uno de los escritores favoritos.

En Luquero se mezclan un fuerte ideario anarquista y un claro panteísmo poético y esto no supone ninguna contradicción.

No hay poeta sin metafísica y sin cosmovisión y en Luquero radica en la armonía de la naturaleza y el hombre como centro de ella.

En Rubén Darío, el poeta más admirado por D. Nicasio, en el poema dedicado a S. Francisco de Asís —el varón que tiene corazón de lís— y sus andanzas con el lobo de Gubbio, al que hace hablar y dice:

*Todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.*

Rubén descubre “el alma de las cosas” y su poema “La espiga”, un soneto en versos alejandrinos, tiene sobre otro del mismo título de Luquero, escrito en endecasílabos, un evidente influjo. En ambos poetas la espiga es un símbolo:

*... signo sutil que en los dedos del viento
hacen al agitar el tallo que se inclina
y se alza en una rítmica virtud de movimiento.*

Rubén y Luquero son dos poetas panteístas, que ven la huella de Dios en la naturaleza por la que ha pasado, según S. Juan de la Cruz, “mil gracias derramando”.

En el citado poema hay un anhelo de misticismo:

... Pues en la paz del campo la faz de Dios asoma.

dice Rubén, y Luquero:

*... Igual remanso de oro de Dios.
Luego abrirá su corazón preciso
en generosa ofrenda a los humanos.*

Pero Rubén más paganizante y cosmopolita y por tanto más modernista, canta al cisne al que junta sus anhelos a los de las alas que abrazaron a Leda y es el cisne quien lanza su grito de protesta contra los "bárbaros del norte". Si canta al caracol será "un caracol de oro macizo y recamado de las perlas más finas".

En D. Nicasio no hay nada de mitología y son cantados en su poesía el gallo y el grillo, el gato y la cigüeña, el perro del pastor y la rana.

Esta ternura a los animales es algo relativamente nuevo en nuestra literatura. Y lo más nuevo es el talante. Si los fabulistas hablaban de los animales —la mona o la zorra, el burro flautista o el cuervo— es siempre con un matiz moralizador. Lo nuevo es eliminar lo moralizador de la Literatura. Los animales aquí están vistos en su pura esencialidad, es decir, desprovistos de toda connotación moralizante, aunque no ética. A la ética por la estética van a llegar los modernistas.

Este nuevo espíritu, este nuevo talante, se debe en parte al influjo de la Institución Libre de Enseñanza y al maestro Giner, que tanto amor derrochó a la Naturaleza y a su observación directa. La Naturaleza supera infinitamente al Arte, nos dice Machado.

Este acercamiento a los animales no sólo se da en Luquero, sino también en A. Machado, J. Ramón y Lorca, todos ellos vinculados a la Institución.

A. Machado es el cantor de las moscas, de la mula y de la lechuza. J. Ramón es, tal vez, el poeta moderno que mejor pulsa la lira franciscana: el pájaro, el buey, los gallos erguidos y metálicos, el asno tierno o el perro que "ladreaba" a las estrellas. Y en Lorca es cantada la cigarra borracha de luz y el lagarto "abate del diablo".

En Luquero la gama de animales, el "bestiario", es variopinto: gato, galgo, cigüeña, grillo, mosca y rana.

Los gallos —que ya cantan "apriessa" en *El Mío Cid*, presagiando una conocida imagen lorquiana— se convierten en Luquero en "prego-

nero orgullo de las horas", en "sultán de serrallo", frente a una sumisa grey. El gallo, ligado siempre en nuestra literatura a toda manifestación popular y folklórica —corrida de gallos— y siempre con una connotación erótica, anuncia en Luquero, "arrogante", "un alba de oro", clara huella rubeniana.

Entre los animales domésticos, es el gato el preferido de Luquero, el gato "remolón y suave", de fino figote, desdeñoso y enigmático, en el que Luquero bebe secretos y que está lleno de sabidurías baudelerianas.

El galgo, tan vinculado a nuestros predios campesinos, velazqueño y elegante, también proyecta su silueta sobre la tarde y todos estos animalejos suelen ser símbolos de algo, de esperanza:

*... su nariz husmea a la ventura...
en espera de...*

El perro del pastor, "sin corporal prestancia", el "gozquecillo", también se perfila en la tarde, frente al ocaso ensangrentado.

En los retratos de estos animales hay un lenguaje culto y preciso: ramonear, festón, ribazo, domeñar, hato, clarinear del gallo, balandrán, refocilar, langoroso, numen, gayo, calina (usado como adjetivo).

Si en otros poetas los animales sirven de marco o resaltan algún matiz dentro de la naturaleza, en Luquero son los verdaderos protagonistas y la naturaleza es el ámbito en donde ellos se magnifican.

A veces en las descripciones de animales hay ciertas dosis de humor y de burla, que no es en absoluto desdén. El grillo con su modesta sinfonía no puede competir con el arpeggio de oro del ruiseñor y Luquero le pide:

*... Y con todo tu aspecto clerical,
márchate con la música a otro parte.*

En otro soneto burlesco, la rana desafina con su canto, como la mochuela en la alta noche:

*... pero el lugar que a ti te corresponde
está en un merendero de Vallecas.*

Mas lo habitual en su poesía es la fusión del animal con la naturaleza y con el hombre.

Al buey:

*... tu cerviz poderosa humilde entregas,
y ayuda das al hombre ante las ciegas
lejanías sin fin...*

Y en otro lugar:

*... En los cansados ojos de una vaca
se refleja el paisaje calmo y frío.*

Y todavía más, hay convivencia con el animal:

*... entre un gato y un libro de Baroja.
El gato se adormece y de su lomo
brotan chispas de luz si le acaricio.*

"Nada es —dice J. Ramón Jiménez— la Naturaleza sin amor o sin Dios".

"Con Dios o con amor es nueva siempre, y siempre nos rinde todo su lugar con todo su contenido (atmósfera, son, gusto, perspectiva, color, masa, aroma, sombra y luz) de espacio y tiempo".

Segovia, 1985

Jesús Hedo Serrano

CRONICAS

VIII

El día 1.º de Mayo, domingo, se celebró en el campo de fútbol de San Sebastián, a las 10.30 horas, la inauguración de la temporada de fútbol. El partido se disputó entre el equipo de San Sebastián y el equipo de San Sebastián. El partido terminó con el resultado de 1-0 a favor de San Sebastián.

El día 2.º de Mayo, lunes, se celebró en el campo de fútbol de San Sebastián, a las 10.30 horas, el partido entre el equipo de San Sebastián y el equipo de San Sebastián. El partido terminó con el resultado de 1-0 a favor de San Sebastián.

El día 3.º de Mayo, martes, se celebró en el campo de fútbol de San Sebastián, a las 10.30 horas, el partido entre el equipo de San Sebastián y el equipo de San Sebastián. El partido terminó con el resultado de 1-0 a favor de San Sebastián.

El día 4.º de Mayo, miércoles, se celebró en el campo de fútbol de San Sebastián, a las 10.30 horas, el partido entre el equipo de San Sebastián y el equipo de San Sebastián. El partido terminó con el resultado de 1-0 a favor de San Sebastián.

El día 5.º de Mayo, jueves, se celebró en el campo de fútbol de San Sebastián, a las 10.30 horas, el partido entre el equipo de San Sebastián y el equipo de San Sebastián. El partido terminó con el resultado de 1-0 a favor de San Sebastián.

VIDA

Alegra el sol los paisajes todos; fecunda los campos; desentumece los músculos que agarrotó el frío; tiñe con color de vida los campos que no hace muchas horas se estremecieran al beso frío del rocío; los pájaros alegres esponjan su débil plumaje y desembarazándose en un estremecimiento voluptuoso cantan sus primeras estrofas al amanecer. La tierra toda ha reído.

Cruza la campiña siguiendo por el estrecho sendero el campesino madrugero con su andar firme y reposado, su mirar amoroso para las tierras de sembrado y su diestra sosteniendo descuidada el hastil del azadón que cabecea lento sobre el hombro fornido. Detrás chirrea el carro vacío que arrastra briosas mulas bajo el canturreo monótono del chaval que las guía.

De la villa salen los primeros rumores; las ventanas que miran a fuera se van abriendo, y en más de una asoma una cara fresca, morena y sonrosada, alguna cara cuyos ojos se entornan graciosamente a la primera caricia del sol.

En los jardines despereza sus ramas el almendro que apenas movido por la brisa matinal extiende en el espacio su fragancia de fecundidad y de frescura. Es hermosa la mañana. A la villa llega claro, rumoroso, el sonar del arroyo que se desliza lento deshaciéndose en cristales allí cercano. De la villa llega al campo para fundirse con sus murmulios el primer alentar de sus habitantes.

Ya parecen estar lejanísimos y no tener que volver los días grises en que el cierzo bravío castigaba con ráfagas crueles los nudosos

brazos de los árboles que aún conservaban hojas de obscuro amarillento; ya parece haberse derretido para siempre las nieves de los riscos. Las blancas escarchas de la sombra...

Triunfa la primavera. En este amanecer castellano, en el que el campo reúne en sí al gañán que va al terruño y la moza que va a la ciudad próxima, juntándolos y poniendo en sus almas sentimientos amorosos, en sus carnes hervores nuevos, en sus palabras frases de querer, parece simbolizarse la alegría del vivir con sus risas y sus cantos, con sus triunfos de los colores rojos sobre las marfileñas palideces, el triunfo, en fin, de la vida plétórica de sangre sobre la vegetación triste del invierno.

Es primavera, estación de juventud. En ella las almas mozas parecen buscarse para amarse; en los corazones se manifiesta el ansia de vida de un modo más vehemente, y son sus latidos más fuertes, más anhelantes.

Pero aún hay espíritus donde ha hecho su nido el invierno; aún hay hielo en muchas almas viejas, frialdades y durezas en muchos cerebros jóvenes.

Hasta que amanezca en ellas y en ellos la primavera con sus cantos de amor y el sol fecundante con sus calores de vida, y allí donde hubo nieblas, se extiende un refulgir esplendoroso...

Y aquel día los hombres nos aproximaremos más, nos será más amable el paso por el mundo y entonaremos todos con voz de hermanos un himno de salutación y loores a la suprema diosa Vida.

Nicasio de Arévalo

De *La Lucha*. Madrid, 6 Mayo 1905. N.º 104

Reproducido por *El Despertar*, de Arévalo.

LA RUTINA

Esa vieja, acartonada y repugnante señora, vieja como el mundo, aún tiene una cohorte de adoradores que se prosternan, amasando

con sus rodillas el barro, chapoteado ya por otras muchas rodillas, rodillas de fariseos, de criaturas sin pensar propio.

Será quizá la cohorte más numerosa de las que se reúnen alrededor de los viejos ídolos, la cohorte de la Rutina.

¿Quién no es rutinario? Aun entre nosotros los impugnadores de todo lo viejo tiene adeptos. Adeptos tímidos, despreocupados, condicionales, pero adeptos al fin.

Desde su trono —elevado a expensas de la excesiva bonachonería de los más y de la impasibilidad de los menos— la Rutina nos ha señalado un sendero, y por él hemos seguido como recua humana, recua de bestiecillas resignadas; autómatas vestidos de hombres independientes.

Su autoridad indiscutible ha pesado sobre nosotros. Nosotros hemos admitido esa autoridad. Nosotros la hemos erigido en tal. Y como todo lo arcaico, como todas las instituciones viejas mantenidas en pie por nuestra imbecilidad, vivirá mientras los a ella sometidos quieran, mientras los que hoy son sumisos, sean rebeldes.

Pero, mientras, vive y se la adora.

La adoración en la Rutina ha inspirado estas frases:

“Así lo hemos encontrado y así lo hemos de dejar”.

“Más vale malo conocido que bueno por conocer”.

Y otras muchas.

Frases todas que indican una pobreza de espíritu, una como abdicación de nuestra voluntad, una absoluta desconfianza en nosotros, una empedreñecimiento de nuestro “yo”.

Los rutinarios —es decir la casi totalidad de estas generaciones— se han escandalizado a la menor libertad en el decir, a la más mínima licencia en la rima, al escribir volviendo algo la espalda al diccionario, al pintar olvidándose de las escuelas consagradas.

Es muy desgraciado el país donde —habla Baroja— “no se pueden satisfacer las tonterías que uno tiene”, donde la gestión de cualquiera es tachada de locura al separarse de las roderas señaladas por la Rutina.

Es muy triste vivir entre unos “semejantes” que casi nos imponen la obligación de ir a misa aunque no creamos en Dios, que se mofan

de nosotros si llevamos el traje confeccionado a nuestro capricho, no sujeto al figurín del sastre de moda (moda: imposición del gusto), que nos mira de reojo si al comer se nos ocurre mezclar la sopa con el postre, que en fin, no pueden ver sin indignarse un asomo de rebeldía, en cualquiera de sus manifestaciones.

Los que no han aceptado como dogma la imposición de la Rutina, a más del dictado de locos (bendita locura), han llevado sobre sí la excomunió n de los autómatas, hombres que nunca pensaron por su cuenta, de los que se han ruborizado ante la unión libre del hombre y la mujer, y no se han asustado del adulterio en las altas esferas, de esos buenos señores ortodoxos, de voz campanuda y solemne, católicos en doctrina, conservadores en política, zagueros de todo lo consagrado.

Tiene Rutina numerosa cohorte de siervos.

La idea libre, sin imposiciones, el pensamiento reactio a todo aboetamiento de mano ajena, libre, indómito, tiene también paladines esforzados, fervientes defensores.

Los siervos de la Rutina pertenecen a un ejército del Pasado.

Los que marchan solos, sin que nadie los marque una senda —polvorienta por lo pisada— forman en la Cruzada conquistadora del Porvenir.

Aqué llos caminan entre sombras. Estos van precedidos de la Luz.

Nicasio de Arévalo

De *La Lucha*. Madrid. Agosto 1905. N.º 114

EL FULANISMO

Constituye en España una verdadera calamidad. Si todos los que en las luchas políticas ejercitan *sus derechos* bajo la influencia, advocación y coacción muchas veces —las más, seguramente— de un determinado señor que a su vez sigue las recomendaciones de otro, lo hicieran por su cuenta, unidos bajo cualquier bandera, podría asegurarse que éste sería el partido más numeroso y de más fuerza, y el que, por lo tanto, manejaría el timón nacional.

Causa lástima presenciar, sobre todo en los distritos rurales, las inmundicias, cábalas, preparativos, abdicaciones y teje-manajes, que dan por resultado la entrada en la urna de una determinada papeleta, soltada por mano inocente o asalariada, ignorante del papel que juega y del acto que realiza.

Y no es menos triste oír de boca de los mismos que en su día han de ser instrumentos de ese aborto social que se llama cacique, la confesión franca de que ellos no piensan, ni mucho menos, como el D. Fulano, a quien sirven, sino que sus ideas difieren en un todo de las que sustenta, o cree sustentar, el señor que los domina y les hace caminar en determinado sentido.

La inmensa mayoría de las veces, el fulanista desconoce las ideas del D. Fulano por el cual vota, comete actos contra su conciencia y llega hasta a poner su piel en peligro, pues los fulanistas del otro partido están cortados por el mismo patrón y se conducen del mismo modo.

Sin contar las sorpresas que reciben estos pobres siervos cuando su D. Fulano se ha pasado con armas y bagajes a los otros, y su papel —en toda ocasión ridículo y digno de conmiseración— truecáse por arte de birlibirloque en mojado y completamente inútil.

La frase “yo voto por quien me diga D. Fulano”, tan oída en este pobre pueblo, donde todas las desdichas parecen encontrar tierra abonada, creo que constituye para nosotros un padrón de ignominia; pues además de significar, por parte de quien la pronuncia, un desprecio a su propia dignidad, evita que muchas de estas víctimas del fulanismo mediten sobre el procedimiento más conveniente para sacar a su pueblo del letargo en que le han sumido los políticos del momento, y sobre el régimen más en armonía con el sentir de la mayoría. “¿Para qué me voy a molestar —dicen— en buscar lo que ya me dan hecho? Además, porque yo me meta a pensar en si me conviene encumbrar a este o al otro, ¿las cosas no han de seguir como están? No sería mala tontería”.

Y así discurren millares y millares de ciudadanos, entre los que hay que suponer, pensando con lógica, que hay unos cuantos centenares de cuyo criterio bien orientado podrían esperarse regulares frutos.

Y aunque el fulanismo hace sus enormes levass en la gran masa ineducada, también es muy frecuente ver romperse la crisma por un D. Fulano cualquiera sin ideas, y acaso sin cerebro, a individuos que, por su posición social y antecedentes, debieran discurrir por sí propios. Estos, la mayor parte de las veces sacan del fulanismo la mejor tajada. Son mas vivos, mas, por eso mismo, perfectamente despreciables.

El que acepta un absurdo porque le embaucan, puede ser compadecido. El que lo hace a sabiendas, porque le conviene, es un granuja o por lo menos, un ser indigno.

Sea como sea, el fulanismo —producto de la abyección, el servilismo, la masedumbre, la socarronería, la ignorancia y la ausencia de valor cívico— constituye en nuestra patria una calamidad más.

No hace mucho tiempo que un escritor decía en una revista malograda, que el *paletismo* era un problema digno de estudio. Yo creo que también el fulanismo debía estudiarse. Lo peor que de su estudio y destrucción podría resultar, sería que muchos de los fulanistas de una política nacional les gustase otra a esta contraria.

De todas maneras, y mírese desde el punto de vista que se mire, el fulanismo es una rémora de nuestro pueblo, y su aniquilamiento daría por resultado que una muy numerosa parte de españoles pensara por su cuenta y contribuyese a la regeneración que nos hace tanta falta.

Nicasio de Arévalo

De *Ce Matin*, de Madrid.

7 octubre 1905. Año XXV - 37

LOS SEGADORES

Van llegando. Traen en sus claros ojos escritos poemas de nostalgia. Sus zuecos de madera, sus duras almadreñas tienen, al choclear tierra castellana, toda la pesadez, toda la tristeza de una pena honda. A mí se me antojan sus rudas pisadas aldabonazos sonados en corazones afectos. El paisaje de su tierra, riente, melancólico, dulce, ha

dejado en su retina una especie de asombro para las cosas de esta tierra, áridas, duras, de dureza y aridez desagradables a su alma.

El dicharacho descarado, la burla cruel de otras épocas, les ha hecho desconfiados, tardos e inconcretos en su respuesta. Yo he hablado con ellos. Yo tengo para ellos todas mis simpatías.

La cuadrilla de hombres rubios, de pantalones listados, fuerte palo de tojo que sostiene en el aire el hatillo de su pobre vestimenta, en hila, uno a uno, pintando su triste silueta por esas carreteras, fue ayer escena característica.

Hoy ya el ferrocarril, al lanzar bufido de fuego por sus cauces negros, hace un esfuerzo y a la vez que a otros seres humanos, lleva en su vientre a la cuadrilla gallega. En vagones contratados a bajos precios, entre el ludibrio y la befa de viajeros colindantes, entre apreturas de aprisco y hedores de carne sucia, los pobres trabajadores del Norte dejaron la casa aldeana, cruzaron la parda llanada que se troca en oro a la lumbrecente caricia de este sol castellano, y en estaciones de segundo y tercer orden, apeáronse y marcharon. Y entonces, unos momentos, reprodujeron la escena de que hablaba antes, y recordaron su larga, dolorosa peregrinación de años pasados.

Este, son menos los segadores gallegos. No se hacinan en tan grandes montones por las amplias plazas de los pueblos castellanos. El amable acogimiento, el abrazo fraterno que las repúblicas americanas tendieron siempre a los españoles que trabajan, ha mermado la presa humana a las explotaciones de esta tierra hidalga. Los segadores, los pobres gallegos, que aun en esta época tenían mansedumbre medioevales de hombres que ostentasen estigma de tonsura esclava, y no altiveces y gallardías de humanos que manejan arma corva y brillante han levantado el actual estiaje bandera de hombres independientes, y alta la roja cabeza, han impuesto condiciones a patronos y mayordomos.

“Otros años, señor, —decíanme con el peculiar acento de los que hablan la lengua que honraron ayer Rosalía de Castro y otros mil, y hoy Curros Enríques— otros años ni comíamos lo que queríamos. Este año no nos ajustamos si no se nos garantiza la alimentación y si no se nos asignan jornales decorosos”. Y sus ojos verdes, aquellos

ojos hechos a los dulzores septentrionales, tenían el alegre brillo de quien vindica su dignidad.

Y a mí, al oírles se me comunicaba su alegría y se aunaba la mía a esta clara alegría riente ante cualquier protesta, ante toda manifestación gallarda de un noble sentimiento de rebeldía. Y a un mismo tiempo en un general fruncir de cejas en todos estos afeitados rostros propietarios en todos estos burgueses de la tierra parda que mil veces no inclinada hacia mí a la humilde cuadrilla en imperfecta fila, encorvando el recio cuerpo, sudosa la piel dejando al siniestro rozar de su hoz, las mieses tras sí, en dorada estela...

Van llegando. Traen como hijo del Norte pintado en sus claras miradas un amoroso sentimiento de nostalgia.

Traen como humanos, como trabajadores del siglo XX, escrito en su banderín de independencia, un sentimiento de vindicación humana y en sus corazones, hasta hoy de latir quedo, el fuego de vida de las rebeldías proletarias.

Nicasio Hernández Luquero

De Diario de Avisos.

Segovia, 17 julio 1906 - N.º 2.465

LA FE

¿Vosotros no habéis sorprendido en esas almas de niño —plácidas, ingenuas— que interrogan sobre todo lo que creen absurdo, incomprensible, una vaga desconfianza, un pequeño recelo, cuando les habéis explicado sobre lo que preguntaban, ajustándoos, no a lo que vuestra razón os dicta, sino con arreglo al criterio que sobre ello han formado los sedimentos tradicionales, las doctrinas del pasado?

¿No habéis visto al niño aceptar resignado vuestra explicación, y cuando nuevamente su ingenuidad ha vuelto a inquirir sobre otro de esos puntos oscuros para su inteligencia, y vosotros —que sois cató-

licos, que sois tradicionales— habéis repuesto, quizá algo amostazados: “¡qué chiquillo éste!”, “¡no te ocupes de eso!”, “¡créelo y déjate de lo demás!”, “¡no tienes aún edad...!”, etc., no habéis notado en él una como protesta entre vergonzosa y de contrariedad, con que él mismo se recrimina al ver que sus preguntas tienen un punto de heterodoxia, algo de indiscretas?

Vuestras palabras han colocado a la vista del niño la primera piedra, el primer sillar del severo monumento de la fe. Habéis con esto criminalmente castrado el primer impulso de una inteligencia que se desenvolvía lógica, seleccionando lo que repugnaba a su instinto, aceptando aquello otro que hablaba claro a su entendimiento virgen, sin dobleces, sin recovecos.

Y él no osará desde ese momento deshacer sus nieblas, sus errores, dará como buenas vuestras explicaciones y engrosará la enorme masa de creyentes; su vida formará, por lo anodina, en las de curso vulgar, y confiará al misterio lo que su razón no le diría.

Y esa inteligencia, esas facultades anémicas, irán desde entonces desarrollándose, moldeándose, según un criterio absurdo, ilógico, antinatural.

Y a todos sus pensamientos sobre la vida, la naturaleza, la creación, el hombre, les irá dando una forma extraña, difusa, esa creencia en lo absurdo, ese aceptar sin discutir, ese resignarse a los decretos de una virtud cristiana que tiene su representación práctica en una hembra estirada, seria, cerrados sus ojos a la luz, erguido su cuerpo joven por una genuflexión inexpresiva de quien no sabe de belleza, y por tanto, ajusta sus ideas sobre el exterior a algún principio erróneo, que el ciego no se da cuenta de los colores.

Y aquella es la labor continua, embrutecedora de la fe.

Y los que todos conocemos, sus resultados.

Es a ella, a la que se debe nuestra vida en lo absurdo; es de ella, de la que se mantienen los dogmas que la tienen en sus adoraciones; es el pañuelo que cubre sus pupilas, la tela inagotable de donde salen las miríadas de cendales que impiden la entrada de luz en los cerebros de tanto fanático, de tanto pobre de espíritu...

Por el brutal “creer lo que no vimos”, subsisten las religiones.

Por la adoración en la fe, se ciegan las inteligencias.

Ilumínense éstas, y la fe caerá en el lodo sin perder su rigidez, sin descubrir sus ojos de fija pupila.

Y al pedestal de la fe subirá la razón.

Nicasio de Arévalo

De Las Dominicales.

Madrid, 22 diciembre 1905 - N.º 252

ALMA CASTELLANA

La tierra de Sinesio Delgado, escritor consagrado que la mira con ojos distintos a los que yo uso para ella, y la mía, la del pobre amante de las letras y aficionado literario que traza estos renglones.

Que es una tierra digna por todos los conceptos de mejora, pero a la que llegan, como a todas las regiones españolas, la influencia malsana del pandillaje político, el desdén de las alturas y el peso abrumante de las cargas soportadas con esa resignación que cree virtud Sinesio Delgado y que es, a mi juicio —humilde como mío— una, la más mortal señal del amodorramiento y de la decadencia de un trozo de tierra que no levanta voces reivindicatorias de su antiguo poderío, ni protesta, ni reclama siquiera la migaja de amor del Estado que, como parte de un territorio unido, le corresponde.

Podrá para un verso de égloga, ser asunto magno esa alabada sobriedad y sanidad de alma, con que nuestros paisanos del terruño, resisten la expoliación y el medro a su costa, de los señores que luego de saludarles con palmaditas en su propio tugurio, el día de la elección vuelven descuidados la espalda y riñense de su simpleza; pero, respetable D. Sinesio, es condición que nunca ha sido de mi agrado la del perro humilde que, a seguida de ser maltrecho y echado, vuelve, temblón de miedo, a lamer la planta del brutal apaleante si aquel —¡pródigo!— ha dejado un día que se lamiera su plato, o que rebañara las sobejas del festín.

Esas grietas, señor Delgado, por las que frío y áspero entra el cierzo a herir faces curtidas, y a abatir contra el hielo la llama roja que

florece pobre bajo la enorme campana, en las casucas del labriego castellano, ha dejado, deja pasar continuamente, el rafagazo de odio cínico que sopla el ricachón cacique y vecino a quien un día negará el sufragio inconsciente de su inconsciente derecho de elegir.

El hombre de Castilla, recio, resignado, sigue envuelto en el rudo paño de Astudillo o de Santa María, sin elevar una queja, sin proferir una blasfemia, tranquilo con su suerte —suerte menguada—, viviendo esa vida de somnolencia y de mansurronería en esta larga estepa, gris y monótona como un dolor que pesa eterno sobre una conciencia...

Pero llega el día de peligro, de viento, de tormenta para la unidad de España y —buenos manes, no permitáis a mi torpe pluma un concepto oscuro que pudiérase tener como heterodoxo, para el culto a la Patria que amo como a todas— llega ese día (los Hados no lo quieran) o en el que se cierna sobre nuestra pobreza nacional el poderío de un pueblo fuerte, y del oscuro, del triste rincón castellano “salen estos hombres mal alimentados con almortas, para empuñar en sus manos nervudas los gloriosos estandartes”.

Y aquí otra vez —ésta para verso de epopeya, que el mismo D. Sinesio, cantor premiado de la bandera de la Patria podía holgadamente componer— el asunto que proporciona esta nuestra tierra querida y triste, ese asunto que entusiasmaría al poeta precipitado y que a mí me hace exclamar: ¡Por qué no nacería aquí —Castilla la Vieja— el Loco divino, que también se alimentaba frugal y malamente y que devolvía con acciones gallardas las pedradas de los galeotes, las varadas de los yangüeses y lo que es más hiriente y duro, la carcajada de befa de la oronda burguesía de entonces y del villanaje moral de todas las edades!

Siquiera así —guardadores pasionados de nuestra leyenda— encontraríamos disculpa a nuestra inexplicable conducta en la de esa insuperable creación del genio.

Pero ni eso; nació en La Mancha.

Nicasio Hernández Luquero
Del El Adelantado de Segovia.
18 abril 1907 - N.º 1.325

LABOR DE JUVENTUD

Estas líneas se escriben para un semanario republicano que no sé cómo será. Y se escriben libremente, sin obligados casillajes, a todo vuelo de pensar y con algo del corazón en la pluma, que este periódico que será, mientras no sea, por lo menos, será bueno, pues no hay nada más bello que una promesa no lejos ya de la tangibilidad de lo consumado, mucho más si ella es una promesa de rebelión. Y de esta índole son las promesas vivas de sus fundadores.

¡Insurrección! ¡Gesto gallardo frente a lo constituido, porque es malo lo constituido! ¡Juventud! ¡Lucha! ¡Amor al futuro!

Hay que alinearse frente al enemigo que lo es hoy del espíritu moderno más la inercia de los más que el ataque enconado de los quietos batallones de los menos, siempre en la brecha. Hay que revistar, hay que revulsionar a los nuestros, decaídos lastimosamente so pretexto de desunión o flojedad en las esferas directivas, debilitadas mil veces por el pugilato personal.

Sin que estorben los hombres, hace más falta una bandera donde no se olvide este letrero: *Revolución cultural*; que hoy no se debe ir a la conquista de un mejor estado de cosas con sólo el corazón lleno de fe, vacíos los cerebros de ideas fundamentales. Quédese esa ceguera bárbara para los empeñados paladines de Ayer, en labor ridícula y triste de pretender instaurar en España un régimen maldito y mandado enterrar sin nacer y enterrado definitivamente bajo una ancha capa de oprobio en la huesa, olvidada ya, de los horrores pretéritos...

Se piensa seriamente en esto, y duele saber que todavía late la esperanza en pechos demás exiguos para albergar anhelos grandes, de forjar una juventud, hoy aún frente al cartel y las primeras letras, que luche mañana denodadamente por las causas del pasado. Y aun sabiendo que es empresa loca, bañada en absoluto de imposible, la innegable verdad de que el germen está echado y de que en una atmósfera artificial pudiera dar flores, enfermas, pero flores, es cosa que ha de poner crispaciones en el ánimo de todo hombre de vida paralela a la del siglo, y el enrarecimiento de esa atmósfera es por lo pronto labor inmediata y a la que no puede negar cooperación ningún espíritu orientado noblemente.

Hay, hay ciertamente labor que realizar, y no llega a una palestra de holganza y de inactividad el periódico "joven" que traiga entre sus propósitos este de luchar por el porvenir social y político de España, sin olvidar la gestación de esa revuelta cultural que ya debe arrancarnos definitivamente del imperio de las oligarquías de toda índole y emancipar las almas del peso abrumante y bárbaro de la losa del dogma.

Nicasio Hernández Luquero

De El Reformista. N.º 1

Santander, 1 septiembre 1912

LAS HOGUERAS

*A mi buen amigo Ramón Gómez de la Serna,
el joven y cultísimo literato.*

Yo he visto en acción un capricho goyesco. Y he sido actor de él en esta tierra de la leyenda romancera y bellamente hidalga.

Era cuando niño, en una de estas plazas soleadas y anchas, barridas de todos los vientos, con añosos postes de madera y una que otra reja con arabescos y caprichos recargados de cerrajería; en una de estas plazas que corrí niño y vi luego ya mozo con ojos de artista y con un poco de inexplicable pena en el alma mía, propensa a la pena.

Cuando hacía cerrazón la noche y se nos daba todo con el silbido misterioso y un poco emocionante, monótono y burlón de las lechuzas de la torre antiquísima; con el aleteo siniestro del murciélago que rozaba nuestras caras y se alzaba atontecido recortándose a ratos levemente en el fondo estrellado; cuando aún el Progreso no había puesto en nuestros pueblos el detalle de luz de las bombillas eléctricas, delatando desconchaduras y aleros de casas viejas, que se sumían discretamente en sombra apenas quitado el sol, era cuando nosotros encendíamos las hogueras. Pero no todas las noches. Contadas y ciertas noches.

¡Qué fuerza de evocación tienen estos recuerdos del pasado! Esas mismas noches —sabed que lo eran de víspera de fiesta mayor— se veían florecer en los balcones vetustos de madera y tras esas rejas a que hice mención arriba, unas lucecillas que eran como nosotros nos figuramos las almas de dolor, serenas y tristes, con sus lengüecitas que no alumbran nada, casi nada, e inclinan de un modo inexplicable nuestros espíritus a la melancolía.

Eran las noches en que nosotros, como figuras paridas de la extraña imaginación de Don Francisco, el gran aragonés, saltábamos un instante orlados por la caricia pérfida de las llamas, yendo a caer, entre gritos, del otro lado, casi al umbral de la iglesia, que iba llenándose con las voces mansas, litúrgicas, de un viejo órgano que todos nosotros habíamos entonado y que a aquella hora amenizaba no se qué rito precursor.

(Era cuando yo niño, cuando había más risas en mi vida, cuando yo no tenía una visión perenne de una tristeza en mi corazón).

Me alegraban las hogueras porque eran víspera de una expansión de mi puerilidad, porque a la mañana había de salir con un traje nuevo, apañado por manos queridas y porque con otros chiquillos había de mirar atentamente a los músicos, que también con trajes nuevos, de arrugas denunciadoras de una luenga clausura entre manzanas y tomillo, vanguardaban la procesión y tocaban a la orden de un señor que yo consideraba muy alto, porque no era de la tierra parda como yo y porque leía en unas extrañas hojas pentagramadas y movía los brazos con majestad...

Me alegraban las hogueras porque, sin saber ni explicarnos la causa, aquellas noches nos unían a los muchachos un sentimiento más misterioso, más intenso de fraternidad y, al saltar bordeando el peligro de las llamas inquietas, era un griterío amable, hermano, bueno, el que salía de nuestras gargantas; porque le saltábamos en un turno riguroso, jovial y pacífico y porque luego, al extinguirse, un poco tétrica, un poco misteriosamente, girábamos los rescoldos en torno a nuestras cabecitas, y ya algo más tristes nos despedíamos dejando una mirada larga para el montoncito de ascuas, una mirada larga como alimentada de un presentimiento algo inquietante y que

pugnara por hacerse rancho en nuestras almas felices de pocos años.

Y tengo yo esta idea del presentimiento porque mis días de pesimismo alimentan constantemente la visión clara de aquellas noches de hogueras que se iban apagando y de lucecillas tenues, tristes como almas de dolor tras la ventanas rejadas y los pobres balcones de madera, y la tengo porque mi alma, como en la serenidad augusta de mi pueblo viejo, hay una hoguera de ilusiones, de esperanzas, de entusiasmos, que como aquellas la saltaban jugando, mis quimeras —niños gozosos— en una desaforada danza goyesca y que ya —¡pobre hoguera, que anunciaría no se qué fiesta interior!— se va apagando, se va apagando...

Nicasio Hernández Luquero

De El Adelantado de Segovia. 30 septiembre 1907

GESTACION DE HIPOCRITAS

Baroja, el gran Pío Baroja fustigó hace tiempo con toda la frescura y contundencia de su prosa de nervio, la austeridad, esa austeridad estúpida de que se ha revestido siempre y ahora más que nunca la sociedad española de todas las clases.

Y él aludía, en aquel artículo a que hago referencia, a los austeros que se quejaban de que un organillo parándose frente a su balcón cortara el hilo dorado de sus lucubraciones fatuas y empalagosas; a los austeros que nos cierran los cafés y los teatros a horas fijas limitándonos los momentos de expansión que nosotros espontáneamente queremos "regalarnos"; a los del gesto serio, imbécilmente arrugado frente a todo y más frente a lo nuevo, que desdennan sistemáticamente porque les hiere en lo hondo la ajena labor de avance, y su impotencia egoísta y cobarde se rebela...

Yo aquí, ahora quería hablar de la austeridad que nos creemos en el deber de imponer a los niños. En la casa, en sus juegos, en la escuela...,

Nos molesta que el niño exponga su criterio, a las veces mejor orientado que el del padre y el de la madre en cualquier asunto de monta escasa tratado en su presencia; le echamos con cajas destempladas de nuestro lado, cuando hablamos con los amigos; no por temor de que a su imaginación virgen pueda abrirse con nuestras conversaciones la rosa de la iniciación, sino para satisfacer descuidados nuestro deseo secular de hablar soezmente, barbarizando. Pero ¡ay si es él, el niño, el que aventura un juicio por luminoso que sea sobre alguna de esas cosas que nos hemos obstinado en que no deben aprenderse, ni es lícito razonar sobre ellas hasta que el bozo nos negrea el labio superior y ya en casa se preocupan de las quintas!

Entonces oye el imperativo "¡sit!" el índice en cruz con la línea de la boca y la advertencia brutal de que no inquiera, y acepte como buenas todas las explicaciones que a nosotros nos ha dictado la hipocresía y el prurito de que los chicos sean austeros, seriotos e ignorantes.

En la escuela nuestros maestros cooperan a la formación de estos caracteres que hacían indignar al escritor citado arriba, con el sistema rutinario de enseñanza; con la repetición machacante de los mismos axiomas dogmáticos en cuestión de doctrina; hasta con las canciones de música desdichada con que suelen despedirse de la cotidiana sesión de escuela que, por culpa del procedimiento, lo suele ser en España de martirio mental y embotamiento del espíritu.

Y hay otro capítulo en esta gestación de austeridad en el alma del niño: el destierro de la risa de sus labios rosados.

Le obligamos a que ante nosotros hable en una actitud excesivamente respetuosa, cuando no de humildad; a que frente al maestro reprima la jovialidad propia de sus años bellamente inquietos; a que jamás ría sonoramente —más tarde le decimos que es de mal gusto y poca educación— y por una a modo de reacción que yo aquí no explicaré, ríe ante el prójimo en ridículo y ante la víctima del engaño. Por una a modo de reacción, escasa porque nos ve a nosotros reír cruelmente.

Y mientras hemos ahuyentado de sus labios la risa sana, la buena risa, llena, sonora, y clara, ha brotado en su espíritu furtivamente, como el jaramago, como la ortiga, la otra, la risa de burla, la que a Paul Adam hizo decir de todo la risa que era innoble.

Ahondando un poco se descubre fácilmente que la Iglesia con proscribir de su dogma la alegría y el amor ha sido la cooperadora de más eficacia en esta tarea de entenebrececer nuestros espíritus en la edad de niños y de crear cuando hombres esos caracteres austeros, de seriedad de burro, estúpidamente austero y estúpidamente serio, incapaces de admirar la belleza sublime de la corona de risas, que el filósofo prusiano arrojaba sobre nuestras cabezas como símbolo de sana jovialidad y fuerza creadora.

Nicasio Hernández Luquero

De La Enseñanza Madrona. Irún, octubre 1908 - N.º 3

UNA CARTA

Sr. D. Angel Macías Rodríguez; en Arévalo

Mi querido amigo y compañero:

Tu noble, altísimo propósito de desbrutalizar cerebros secos y prestar un poco de pasto selecto a los ávidos de gustarle, en esa querida y pobre tierra de prosa que ha educado a sus hijos —¡qué pena!— en un sórdido sentimiento de goce y suma satisfacción sólo ante la positiva y oronda realidad de los cuartos sonantes y las rentas sanas —quien sabe a costa de cuantas escrupulosidades no tenidas en cuenta— es un propósito acreedor a la más sincera loa.

Y yo, amigo, te loo sinceramente.

Crea, sí, una revista... Pero una revista libre, que huya como del morbo de todo aire de ñoñez, que no tenga el hilo de su vitalidad en tensión el capricho tácito de sus mantenedores pecuniarios —los suscriptores—. Una revista moderna, de espalda violentamente a todo convencionalismo y a toda idea encasillada.

Rompe muchas cuartillas que te entregue el correo y donde tras-

luzcas con tu claro raciocinio y tu buen golpe de vista, cualquier visible o encubierta idea de pan llevar o chabacanería, ¡qué, vive el cielo, se cuecen abundantes bajo muchos cráneos de apariencia!

Abre en puerto franco de amplitud hospitalaria a cuantas tendencias novadoras quepan por sus anchos, las columnas liberales de tu publicación en germinal. A todas las tendencias: literarias, artísticas, sociales, poéticas, de la ciencia o de las cosas, de la ciencia absoluta, del recto, libre, espontáneo sentir de los hombres sanos...

Proscribe asimismo de sus páginas los consabidos, malolientes: "Hemos saludado con gusto...", "En breve se verificará...", "Se proyecta para la brevedad...", "Ha visitado nuestra casa...", "Ayer cumplió...", "Reciba nuestro pésame...", siempre que la cosa llegada, la por llegar, la proyectada, la que te visite, la que "esté" en efemérides saliente, la que haya muerto, no sea una alta cosa de espíritu, o esta misma cosa: un espíritu alto, selecto y noble...

Ten indiferencia para los dogmas; indiferencia, no rencores; ni frecuentes, sino escasas acometividades sañudas. Toda cosa siempre en blanco de ataque, aun cuando la merezca eternamente lleva la conmiseración a ciertos espíritus, de por sí poco analíticos. Y esto puede perjudicar, que son mayoría.

Haz, pues, querido Macías, una labor progresiva, inusitada ahí, de peso, fecunda, de rebeldía. Crea una revista moderna, no un periodiquín más, provinciano, y si esto lo presumes imposible o topas positivamente con la imposibilidad a las primeras gestiones, y no miras —¿quién sabe de circunstancias en vivires ajenos?— nada con ojos de buen señor práctico, hazme caso, no la crees. Asesínala en embrión... Resígnate y echa un desengaño más, una nueva ilusión rota al cesto de todo soñador que se estime tiene a este triste fin, y que alguno ¡ay! a pesar de nuestros años de juventud, tantas veces miramos melancólicamente, casi llenos.

Perdón por la homilía.

Te abraza fraternalmente.

Nicasio Hernández Luquero.

De *La Moraña*, de Arévalo. 3 diciembre 1908 - N.º 14

LA ENFERMITA

Marfilóse su cara; agrandáronsele sus ojeras violadas; se avivó su inteligencia; tuvo —más que antes— un culto para las flores.... Lloraba después que las amiguitas hablaban de amor y de trajes nuevos; miraba a su madre de un modo doloroso; bebía con delectación los oros del sol poniente que besaba los cristales de la galería...

Robaba la palidez de sus manos largas, de uñas combatidas, transparentes, el prestigio a los mármoles de Benvenuto; su cabello encajaba cada vez más holgadamente entre sus crenchas azabachinas la mancha espiritual de su carita, donde pincelaba un tono desvaído la flor enferma de los labios.

Un poco —siempre en el crepúsculo tardal— cortaba algunas flores del jardín diminuto de su casa de las afueras. Y entre los bojés y los macizos de rosas y de tiestecillos, encarnaba la jovencita la visión ideal de un poeta doliente.

Un día, más jovial, más alegre, cortó lirios y pensamiento y flores pálidas; todas las flores que hablan a la mente de tristeza o de una sedante calma en una pieza donde las ventanas están muy entornadas y dormita una madre...

Y de este ramillete en su violetero, alto, esmerilado, sencillo, hizo como una auto-ofrenda. Porque le puso al lado de la nota pura de su camita de virgen y aspiró contenta la gloria de su olor.

Ya en el lecho, que casi alteraban sus ligerísimas curvas núbiles, recibió como siempre el donativo inapreciable de un beso. El beso de su madre que luego de salir y cerrar la llave de la luz, siempre lloraba, lloraba largamente.

Aquella noche, retiró las flores y las puso en el vitral de la ventana abierta que encuadraba el campo verde y lejano, porque las flores en las alcobas asesinan dulcemente.

No volvió, en muchos días, a vestirse la niña. Venían amiguitas a verla y su madre, constantemente hacía puntilla a la cabecera del lecho.

Ella hablaba de vestidos nuevos, azules, con sus amiguitas y tenía fija la idea de un viaje a pueblos costeros, donde correría jugueteando como una niña menor. Se pondría morena y una vez a la semana, iría a la capital con amigos veraneantes, porque sería en el verano...

Y tejía feliz, esperanzada, la urdimbre cariciosa de un ensueño de amor.

Y la enfermita no dejaba el lecho.

Se obstinó en abandonarle un día de sol que reía en los tonos verdes de mil verdes del campo encuadrado por la ventana, la vistió su madre y con las amiguitas bajó al jardín para renovar por sus manos las flores del violetero.

No pudo. Recibió en su sillón bajo la caricia del sol, cernida por la copa de un abeto, la caricia de olor de las flores profusas y pareció adormecerse. Después charló algo de cosas risueñas, luego besó a su madre y un poco después arregló el ramo que sus amiguitas formaron. Le puso en el violetero y se hizo, nuevamente, como una auto-ofrenda. Porque le colocó al lado de su sillón bajito.

Donde luego —un poco— dijo las últimas palabras de esperanza, de trajes azules y de excursiones futuras. Y se durmió para lo Ignoto.

Al día siguiente, bajo el sol, azulearon los lazos de un ataúd blanco; y los tonos tristes de unos pocos lirios morados, como las ojeras de las Vírgenes enfermas, destacaban obscuramente...

Nicasio Hernández Luquero

De Gérmenes, N.º 9. Alicante, 1 marzo 1909

ALEJANDRO SAWA, MUERTO

Hasta el nombre le tenía triunfal —ha dicho un periódico—. Sí, triunfal como su postura hermosa, aristocrática, de artista exquisito. Triunfal como su prosa, que a la de nadie se parecía. Triunfal como su espíritu refinado, selectísimo, que sentía mareos ante todo lo vulgar. En vida, triunfal, en medio de su orgullo de bohemio voluntario, paseando con majestad olímpica sus harapos dignos de desterrado en un ambiente hostil a su interior mundo ideal; en muerte, envuelto en la blancura sencilla de un sudario, triunfal de aspecto, con sus rostro de perfil clarísimo, como iluminado aún por la luz interna que encen-

dió esplendorosamente de los más puros matices toda la magna urdimbre de sus soberbias quimeras.

¡Oh, cómo llegó a impresionarme la pobre cámara augusta —porque allí yacía la envoltura carnal de un espíritu que yo tanto admiré, hierática, en una palidez divina—, la cámara pobre donde exhaló entre una locura postrera, horrible de varios días, la etereidad de su último aliento el poeta amigo de Verlaine!

Llegué, atravesando un zaguán pobrísimo, de portón viejo, de una sola hoja y ascendidas unas limpias escaleras humildes, a la puerta de un interior de estos del Madrid antiguo, que caen a un patio de corredores.

Una joven llorosa, su hija Elena, me franqueó el paso sentido el leve tintineo de una campanilla que yo hice sonar apenas, con emoción.

El cadáver del artista admirado, que nunca traté, descansaba en una sencilla caja negra sin hachones, ni emblemas religiosos, velado su último sueño por mujeres afectas —su Juana, que tantas veces nombró cariñoso en su bello prosar, su hija, su hermana— y por la mirada fría de algunos retratos, con dedicatoria los más: Zola, Hugo, Musset, Poë y uno grande afectuosamente autografiado del "Pauvre Lelian".

De Alejandro Sawa he leído siempre con algo de admiración religiosa unos renglones sublimes en que habló —más de una vez— del Verlaine muerto, que él besó en París, en la rue Descartes.

¡La impensada probabilidad de que, el tiempo por medio había yo de trazar estas líneas de dolor sobre la huella que dejó en mi ánimo la presencia de su palabra, como el del maestro borracho tendido en la humildad de un cuarto pobre, ornado de retratos queridos y de una nutrida colección de pipas usadas por el poeta en cooperación estética a su aspecto singular!

Y cómo la cámara mortuoria de Verlaine sonó el beso con que selló últimamente su amistad literaria y su cariño al que hoy se tiende aquí envuelto en blanco lienzo del que destaca la cabeza iluminada, marfilina en esta sonó el beso puro y horro de inspiraciones de orden espiritual, con que nimbó la frente del poeta una niñita que aún no sabrá leer y que conocería al ciego noble de verle de algún brazo ami-

go trasponer el umbral o cruzar los pasillos de esta típica casa de vecinos...

¡Pobre Sawa! Como a él Mme. Kautz la amiga de Verlaine, a mí su Juana con acento extranjero, su hermana, su bella hija Elena, me decían el horror de su padecer y el milagro por el cual, aún nos daba a veces la sabia magnética de sus últimos trabajos, un poco tristes, lógicamente tristes y atormentados, cuando una esbelta mujer extranjera, elegante, rubia, emergió de la oscuridad del angosto pasillo, mezcló en un abrazo sus lágrimas a las tristes de la compañera del poeta y orló de flores silvestres de casto aroma el ataúd sencillo...

Ya se habían ido del cristal de un balconcito estrecho los tonos suaves del crepúsculo. En la estancia, en silencio, sólo era luminosa la frente blanca del artista iluminada aún, diríase, por la luz interior que encendió esplendorosamente de los más puros matices toda la urdimbre de sus soberbias quimeras, la luz que iluminó el cerebro creador de los hermosísimos libros *Declaración de un vencido*; *Crimen Legal*; *La cima de Igurquiza*; *Noche* y *La mujer de todo el mundo*.

Nicasio Hernández Luquero

De *El País*, de Madrid, 8 marzo de 1909.

Reproducido fragmentadamente por *Juvenalia* de Arévalo

JUVENTUD, DIVINO TESORO...

¡Oh, si esta crónica mía pudiera ser un clarinazo! Un clarinazo sonado en los oídos de los jóvenes escépticos, de los acomodaticios, de los neutros, de los sedentarios...

Yo me diera por el mejor pagado de los hombres con el triunfo relativo de mover una fibra de los nervios flojos de esta juventud de estufa, discreta, ordenada, conservadora de mil estupideces que integran la urdimbre falsa de toda la tela social, tejida en telar de siglos con hilos de rutina y de convencionalismo, de acatamiento al ayer negro y funesto.

Pero ni el más hábil buscador de resortes espirituales dará con el propio a mover la infinidad de almas de veinte años que han hallado su casillero propio en la quietud, en el indiferente encogerse de hombros, en el criminal no hacer, en el gesto neciamente compasivo para la labor de los honrados, de los pocos infatigables...

Es de pena la impresión que se saca de bucear en estos espíritus de jóvenes fosilizados, sin entusiasmos por lo alto, apáticos y blandengues cuando no cargados con toda la embarazosa impedimenta del Atavismo.

Son creyentes sin un estudio, ni siquiera una ligera excursión por los campos de los axiomas dogmáticos, de las indiscutidas afirmaciones religiosas; son adoradores del pasado sin conocerle y por el hecho de ser una cosa consagrada; tienen una flexibilidad de médula tan acentuada, que les inclina frecuentemente ante todos los absurdos y en la violencia de la genuflexión servil no dan de cabeza en la losa dura porque el cerebro no les pesa.

Y luego en la vida cobardemente viven con el temor a desentonar y liman la suya, la cepillan, y su vida sin altibajos, monótona, igual, es para los cerebros adocenados la norma, la unidad de medida, el patrón arbitrario. Y se hacen los rebaños, sobre las mesnadas, se elevan los logreros, los malos pastores, que son los de la misión triste de amasar juventudes como la normal, temerosa de Dios y sus ministros; juventud de muchachos discretos con el temor eternamente sobre la cabeza a ser heterodoxos, a discrepar un ápice de las rodadas hechas por el carro pesado de la Rutina, la Ignorancia y la Fe.

He incluido entre los jóvenes entorpecedores de toda labor de avance, entre los jóvenes a cuyo oído, a poder, haría yo llegar el estridor de mi llamada a los escépticos, y dirá alguien: Estos no merecen verse cruzado el rostro por el látigo chasqueante de una crítica violenta en grupo con los ortodoxos, con los acomodaticios.

Y yo creo que sí y más inexorablemente. En este grupo de escépticos forman con frecuencia manojos de intelectuales de los que ven el desangre lento de todos los manantiales de energía de nuestro pueblo y callan, callan criminalmente, delictivamente, pudiendo ser su voz una voz de resurgimiento desentonecedora y vivificante.

A veces se mueven los menos escépticos del escepticismo inte-

lectual ambiente y vuelven a la cómoda quietud, no sé si enrarecido su ímpetu sano de un momento de divina inspiración regeneradora en la atmósfera infeccionada por la inercia de los más, o si ganados por el miedo de moda a caer en culpa de cursilería, pronunciándose liberalmente.

Todos, escépticos cucos, acomodaticios, heterodoxos de reata, masa entorpecedora...

*Juventud, divino tesoro
ya te vas para no volver...*

dijo un altísimo poeta, y es lo lamentable, que no podremos, en nuestra actitud de pasividad, dolernos de que se nos vaya.

Nicasio Hernández Luquero

De *Vida Nueva*. Madrid, 30 marzo 1909

ORACION POR LA LLANURA

Pensaba dejar la aldea y quise quedarme con una impresión caliente, directa de la Naturaleza, del aire que orea nuestra vida lejos de las vidas complicadas de ciudad.

A la sazón yo leía; mejor, acababa de leer un libro en un altozano.

La campaña ilimita; la mancha negra, verde, verde intensa de los pinares cercanos, no tan cercanos para evitar que sea sombra algo confusa la sombra suya; la veta rojiza, sangrienta que dejó el Sol en su puesta; el rebaño ramoneante; la canción lejana del gañán enamorado; el verso de mil ritmos del río argenteo, espejo sin mácula de una noche que comienza, vistiendo la gala brillante de un estrellar claro; decían a mi alma el más claro poema de paz, la más serena estrofa de poesía geórgica.

¡Mi tierra! ¡Mi tierra en sueño!

Son mis labios rezadores de una oración no aprendida, sin palabras, porque aún no ha salido del alma, por este ambiente, por esta gloria de paz, por este venero que ahora surge blando al ritmo armonioso de una noche silente, bella y cruzada por aire sutil de poesía.

Tiene la tierra —el surco en reposo— el cansancio tranquilo y fecundo de la buena madre que ha luchado el día de trabajo por el bien del pan para sus hijos activa y feliz y ahora duerme resignada y venturosa.

Tiene el viñar aún bajo, de verde hoja rastrera de mil rumbos sobre la arena blanca, la promesa generosa de su jugo para la alegría del alma y el reto juvenil de las risas locas de mujer muchacha...

Tiene el regato parado, la ternura del más limpio cristal sereno y transparente, turbado por el salto alegre de la rana croadora en vigilia de ruidos asombrada del paso peregrino sobre el polvo del sendero...

Tiene la lírica armonía de los mil ruidos distintos la campiña —mi campiña castellana— de los mil ruidos distintos en el fondo silencioso de la noche...

Tiene por dosel, el dosel estrellado de la bóveda azul, inmensa, inmensa, inmensa...

Y bajo ese dosel, este campo amoroso de mi tierra es templo.

Ya dije la paz; ya dije la armonía de los mil ruidos bajo el cielo; ya dijeron mis labios, ungidos de amor por todas las cosas del alma, una oración no aprendida por este poema, el sereno poema de la llanura larga, sin límites, como una esperanza resignada, silenciosa y fuerte como una buena madre de sufrimiento.

Nicasio Hernández Luquero

De Impresiones. Valencia, 3 julio 1909 - N.º 64

¡ABAJO LA GUERRA!

Tiene hoy el poeta que poner cejilla a la fluencia plácida de sus rimas hechas serenamente de sosiego y de amor a todas las cosas de paz, de sol fecundo, de tierra en germen, de ojos acariciantes en caras luminosas de mujer, para plañir con los que plañen ahora en esta tierra nuestra de todos los dolores y todas las mansas resignaciones, que es España la muy amada.

Un ramalazo negro de fatalidad, madre de cielo azul, de sangre

hirviente, de leyenda férrea y dorada, madre ingenua y dolorida, ha estremecido otra vez la médula flebilísima y llevado a tu alma eterna, niña y gigante, una novísima aflicción. En tierras de Mogreb, el ala fatídica roja y sombría del odio que los civilizados llamamos guerra, ha hecho dosel —humo de pólvora, vaho cálido de sangre, vertida en fiebre de matar, alaridos de dolor y de blasfemia— a aquellos campos ardientes, silenciosos y dilatados.

Y ya la arena roja se ha enrojecido más con la sangre de españoles y con sangre de mogrebinos muertos en lucha. ¡Que toda es sangre habida en lucha!

De la razón de derecho a verter esta sangre de humanos en tierras lejanas entienden los políticos y los estadistas. De la justicia horrible de llevar al sacrificio santas juventudes a desangrarse, a campos de horror, dejados sin brazos campos amorosos que devuelven gratos en frutos hechos de oro o de un verdor magnífico, la caricia del que curó de ellos afanosamente en días crudos y en todos los días, saben mucho las madres y creemos saber algo los artistas.

A esta defensa de ahora que hay que hacer en suelos africanos de unas minas que no son españolas, por pechos españoles, y a una agresión de la barbarie indígena que ha hecho cadáveres de hermanos unos días atrás, se ha llamado a las reservas.

¡Un dolor! ¡Una pena y una triste justicia ésta de arrancar al campo y a los hogares, al taller y a la garra de la fábrica, estos pechos y estas almas que habían guardado entre membrillos, como una remembranza honrosa de su mochez, el colorinesco uniforme!

Los hay casados; al pie de los trenes ha hecho un coro tierno y desgarrante el llanto de muchas almitas de pocos años, a la partida crudelísima del padre indumentado extrañamente. Y a esta fecha se hacen los yantares, entre lágrimas de mujer y lágrimas de niños sin “hombre” en mil casucas pobres y en otras desde unos días ni se hacen yantares, y al sorbo edificante del vino de la tierra ganado frente a ella en la lucha de siempre, ha suplido en la ausencia del “hombre” el sorber de los propios llantos.

Se han pedido las reservas. Han comenzado los embarques. La lira inmensa del alma de las multitudes que tiene en su cordaje todos

los tonos y todas las cadencias, impresionada justamente, ha vibrado ya a tono de horror y de odio santo a la sangre.

Y en Barcelona, frente al "Cataluña", a punto de zarpar repleto de soldados para Melilla, de una muchedumbre llena de dolor y de indignación hermosa, ha salido como un clarinazo glorioso rajando los aires este grito sacrosanto: ¡Abajo la guerra!

Y en Madrid, en el centro oficial de la Península, en plena Puerta del Sol, sin la visión electrizante de un vapor que se lleve la sangre de los campos y la paz de las casas pobres, también espontáneamente ha salido de una algarada súbita el mismo grito santo: ¡Abajo la guerra!

Y a los labios de esos hombres de corazón magnánimo, que nutren las filas de las izquierdas radicales, un amor de grandes románticos al Bien Universal, ha empujado las primeras bellas palabras de paz en mitines y conferencias.

¡Abajo la guerra! Este grito, que pudieran —¡pueden tanto!— hallar discutible estadistas y mandones, suena como el más bello poema en los labios de las madres y en los labios de los niños que vieron, vestidos extrañamente, partir hacia un suelo lejano a los padres reservistas.

Y como para el corazón no tienen la menor elocuencia esa razón de derecho a manchar con sangre de humano las llanuras africanas, ni esta otra de defender con pechos españoles unos terrenos de producción pertenecientes a extranjeros, yo, a toda voz de pulmón, honrándome con mi ignorancia de leyes que aconsejan muerte, grito con los generosos, con las madres de los soldados, con las mujeres y los hijos de los reservistas: ¡Abajo la guerra!

Nicasio Hernández Luquero

El Despertar castellano, 26 julio 1909

APUNTE DE VISION

Mi balcón da frente a una buhardilla alegre que se alza por sobre el nivel de los tejados fronteros como una paloma.

Y yo algunos momentos de mis días pienso con delectación que allí tiene un trono sereno la dicha.

Veréis:

A las veces surge un hombre canoso que traspone el umbral y salta al tejado, el cual recorre cuidadosamente apoyando sus pies en unos macizos a propósito; riega unas plantas, las espurga, las toca, las mima cariñosa, paternalmente...

Luego una mujer —su mujer— de buena edad, salta, tiende en unas cuerdas tensas entre caballetes de madera ropas lavadas, albisimas, que ondean al soplo del viento como banderas de paz.

Canta una codorniz que cuida el señor canoso, sano, de la pipa —¿había olvidado decir que mi hombre tiene una pipa? Sí, una pipa grande y humeante— y un canario que canta en bravo pugilato con la codorniz, y luego cuando el sol arde en rojo en la cortinilla de la puerta-ventana un gato lustroso, negro y blanco, uno de esos buenos gatos que amó Baudelaire, se tiende en las tejas y cuando un movimiento voluptuoso remueve la voluptuosidad del animal, suena argentino su brillante collar de cascabeles.

Y por si no complaciese todo esto a un descontentadizo, que pidiera para remate del cuadro de dicha que enmarca esta ventana rodeada de pájaros y flores, risas de niños, a veces —dos a la semana— aparece la gloria rosada de una carita de chiquilla y el busto leve de líneas apenas insinuadas de una jovencita morena clara.

¡Esta gentil parejita que a mis señas y mis saludos ríe...! Ríen, se ocultan; la jovencita, cuchichea con la pequeña y son complementos —o alma— del aroma de dicha que exhala la blanca, riente buhardilla vecina...

Nicasio Hernández Luquero

De *La Verdad*, N.º 44. Soria, 27 noviembre 1909

Rep. en *El Pueblo*, Valencia.

LA NOCHE

La que se tiende serena, solemne, como si en ella vibrara el silencio; la estrellada; la recogedora de los mil ritmos misteriosos

—élitros de insectos matizados innúmeramente, flauta cercana del sapo músico, silbo agorero de la corneja en la torre secular—; la que pone en calma el corazón y acicate en el ensueño; la tuya, la noche mía.

La que recogió —yo niño— los miedos por todas estas cosas que hoy hablan al espíritu en un bello lenguaje que nosotros, soñadores, comprendemos por un divino privilegio de comprensión que nos llega de lo alto; la que es una página grande, grande y virgen que nosotros llenamos escribiendo en su fondo azul, negruzco, gris, de los infinitos tonos todas las quimeras, dictadas por el ensueño de un divino insomnio cuando frente al plafón maravilloso urdimos en éxtasis la trama complicada e ingenua de nuestras locuras, locuras pensadas, locuras al papel.

Yo sólo me he sentido grande en mi pequeñez y en mi pobreza, frente a la noche en mi llanura bendita, más inmensa cuanto más en misterio.

Y es que no se paga con la vida el bien de sentirse frente a la noche, en una serena de otoño, como bajo un templo de maravilla construido para nosotros, y allí decir nuestro rito, rito religioso, religiosamente...

¡Las noches! En las algo claras y en las más negras, la negrura del pinar en el fondo se hace más densa y en un formidable avanzar de navío apagado en el océano soledoso y tranquilo, al acercarnos... Y en las caliginosas del verano, de reposo, de ardor que la tierra devuelve en un hálito manso de respiración sana, la raya del horizonte se abre a intervalos con la claridad de un relámpago amarilloso, tranquilo, que no inquieta porque no es de tormenta, porque diríase el incienso granado en el pebetero enorme de incensar la solemnidad divina de este templo de noche, de maravilla, regalado a nosotros los que le sentimos en su grandeza para soñar y tejer bellas quimeras.

Bellas quimeras... Porque y tengo la buena locura de pensar que no se fraguaría el crimen frente a un noche serena, a campo abierto, como se fragua —casi siempre en noche— en la complicación ciudadana de la urbe o en la zahurda infecta sin una claraboya a la grandeza inmensurable del cielo estrellado que nos diera al menos una muestra rectangular del infinito magnífico y aprendiéramos a verle.

Vosotros sabéis de esos espíritus recios, nobles, santos, de que está como constelada la historia de mi tierra, tierra de espíritu; vosotros conocéis sus místicos y yo os digo que hoy los hay bajo las capas labriegas de estos hombres atezados, de rostro ceñudo, que rara vez sonríen sobrios — ¡esto appena! — hasta de risa... Bien; a mi se me antoja que estos espíritus se ilustraron frente a la noche y los que leyeron todo, todo absolutamente lo que la noche serena les dictó, fueron las altas figuras de la Historia, que conocéis, y los limitados que no lo leyeron todo frente a la noche, que también tiene una faceta de melancolía, de misterio y a algunos no se da toda, son estos espíritus últimos, buenos, sobrios, filósofos incompletos, que, en la sobriedad, rara vez sonríen.

Aprendamos, hermanos, a leer en la noche. Arranquémosla su misterio, lo mismo en las serenas, heladas, transparentes de invierno, que dan una sensación de herida por acero; que en las caliginosas, de reposo, estivales, en que la bóveda protege y aduerme, a la tierra en descanso y después de su parto, esquilmado el rastrojo, las eras llenas del bien de pan que le arrancó a la tierra para nosotros y el horizonte roto a intervalos por la claridad de un relámpago amarilloso, que no inquieta porque diríase el incienso quemado para incensar la solemnidad de este templo de maravilla, que es la noche, tu noche, tierra mía...

Arranquemos el misterio a la risueña de primavera y a la serena de otoño, frente a la cual, creo yo — en mi buena locura — que se forjaron las almas que llenan la historia de mi tierra castellana y se hicieron sobrias y buenas estas otras limitadas que no se lo arrancaron todo, y en su filosofía incompleta, sobrios de risa — ¡esto appena! — rara vez sonríen.

Nicasio Hernández Luquero

El Pueblo de Alicante. 2 junio 1910 - N.º 49

BÀROJA, CANDIDATO

Si yo escribiera estas cuartillas en escéptico, con “pose” o para “epatar” al burgués, como ahora se dice; es decir, como se decía tras

la frontera hace ya largos años, ahora consignara que ser concejal y ser un animal inferior son cosas análogas, y haría al leyente el obsequio de una larga ristra de paradojas que le encantarían en razón inversa de su criterio, pues sobre esto de las paradojas habría mucho que hablar y quizá hablado todo se desabrigaran algunas reputaciones y más de dos quedarían al cierzo y en una muy propia desnudez. ¿No es esto, alto D. Miguel de Unamuno?

Pero como hablo sencilla y naturalmente de un hecho que de seguro será discutido, pero que un instante de intimidad y charla conmigo mismo me ha regocijado sanamente, dejaremos en el baúl los chispazos de artificio y hablaremos de él con brevedad y con respeto.

Pío Baroja, el autor escéptico, pero siempre valiente, de *Camino de Perfección* y de *Paradox, Rey*, presenta su candidatura a concejal en concepto de republicano aliado con los socialistas, por un distrito de Madrid.

La personalidad del ilustre novelador tiene varias vigorosas características, no siendo la menos acusada su odio acendrado y agresivo al colectivismo de los devotos de las doctrinas de Marx.

No obstante, España, amenazada del brutal empujón liberticida e intolerablemente autoritario de los conservadores que abandonaron el poder, se aprestaba a la lucha, electoral por ahora, no hay otro remedio, pero de fuerzas sopesadas y conscientes, de fuerzas robustas de cerebro y de corazón, y al torbellino de la lucha llega un hombre que nadie esperaba, porque tiene su solio en un terreno muy lejano y para abandonarlo habrá tenido que descerrajar una soberbia portezuela de marfil.

Y, no obstante, el viajero ha llegado airoso, sin desdenes para lo que él ha zaherido cuando lo ha estimado propio y ahora va a estar en su contacto, y con un altivo mote de independencia y de orgullo por otra parte que no desmienten su brava ejecutoria de individualista convencido. Porque ha dicho algo de esto al ser interrogado por un periódico:

“Yo soy escritor antes que nada y no dejaré de serlo por ser concejal; y advierto a mis electores que así como no admitiré de la Administración ni una entrada de teatro ni un billete de tranvía, no pospondré mi trabajo de literato al de munícipe, ni trabajaré como otros prome-

ten, noche y día por el bien de mis administrados... Yo no vengo a ser austero; yo me río de la austeridad..."

Y dice estas frases de perjudicial sincerismo el alma hasta cierto punto sencilla del novelista-candidato, seis días antes de la lucha.

Pero la aparición de Baroja en el palenque de la política, conocido su horror a estas cosas y a todos estos valores, da la medida de nuestro estado, que se va abriendo ante nuestra empobrecida existencia nacional.

Ayer Galdós, el patriarca; más luego Dicenta, el mal hallado con las diplomacias y las suavidades a que obliga la convivencia entre adversarios, a quien no detiene en su labor la contundente terminación de una crónica periodística, pero cuya gestión puede ser entorpecida si la interviene un hombre bravo y un hombre inteligente; ahora, Baroja, el escéptico, del brazo de sus combatidos los socialistas, ante el amenazante descalabro de la Patria, que lo paga todo...

La noticia al principio me sorprendió, después me causó regocijo.

Las cercanas elecciones —ha dicho próximamente un cronista en el flamante diario *La Mañana*— se diferencian de todas las demás en que presenta su candidatura por Madrid, Pío Baroja, el autor de *El Mayorazgo de Labraz*.

Nicasio Hernández Luquero

Madrid, diciembre 1909

ANGEL MACIAS

Particularmente el otro día, y por *España Nueva* después, he conocido el proceso y prisión del humilde escritor revolucionario.

Este bravo luchador, caído dando la cara en la brecha, denodada y oscuramente en el medio adverso de una arcaica ciudad castellana, es todo un romántico caballero de Ideal.

Vive, si es vida la suya, atenazado por mil dolores físicos y otras mil escaseces materiales, como una flor exótica, mirada con recelo por las gentes molientes de estos llanos predios de la prosa, un poco

abandonado de los suyos, y otro poco agriada su exquisita sensibilidad de artista puro por la aceda convicción de que allí no se le comprende y por la imposibilidad de poner en viaje, no ya sus ensueños de poeta, de un más allá sumamente equitativo, pero ni siquiera sus breves ambiciones de otra vida mejor, lejos del predio triste... Ya os he dicho que Angel Macías es pobre y está enfermo.

A esta última triste circunstancia debe hoy el haber ahorrado la nueva desdicha de ser conducido desde Arévalo —donde lucha hace diez años, enviando trabajos llenos de ideas y de clarividencia a todos los periódicos democráticos de provincias— hasta Irún, donde ha visto la luz el artículo nefando. ¡Toda una peregrinación siniestra que acaso hubiera dado al traste con la exigua energía física del admirable y oscuro guerrillero de las causas altas!

¿Para qué hablar del vacío que en torno a estos caracteres extraordinarios se hace en los poblachones castellanos, sucios de toda la roña tradicional, recelosos y adversos a toda intrusión de idea nueva?

Angel Macías lo ha explicado mejor que yo lo hiciera, en algún centenar de trabajos, que, recopilados y en orden, darían justa toda la psicología del presente de esas españolas ciudades viejas, como la que, hospitalaria de fuerza, cobija sus ensueños de rebelde.

Los suyos y los míos, fraternas nuestras almas y unidos nuestros entusiasmos, cristalizaron desde el reducido y espinoso círculo, que podría hacer rancho ante nosotros en varias empresas románticas en pro de la Libertad y del Progreso, que desenvolvimos en el ambiente hostil de que he hablado, y de las que pudo salir triturada nuestra debilidad, pero fresca y pujante la fe que aún nos dirige por el campo de todas las heterodoxias.

Ayer fue el que firma, hoy, es él el caído; y para el luchador humilde pido a todos los buenos radicales un respeto y una ayuda. Para los que quieran, aquí está la Redacción de *España Nueva*...

Macías es pobre, tiene mujer, tres hijos niños, y está enfermo en la cárcel. Su dirección es ésta: Angel Macías Rodríguez, escritor, Arévalo (Ávila).

Y sería muy bello que la primera retribución a su callada labor pro-

pagadora de pensador y de incansable, saliera de las voluntades libres de sus buenos correligionarios...

Nicasio Hernández Luquero

De España Nueva - N.º 139

Madrid, 20 marzo 1910

PARRAFOS CORDIALES

*En el primer aniversario de la
fundación de JUVENALIA.*

Yo, aunque de ordinario vivo en Madrid, soy provinciano: llevo la provincia en el alma. Allí hay humildad exenta del prurito pretencioso, santa llaneza en la vida corriente y si —raro es, pero ocurre— un alma sencilla y buena se dirige por ásperos derroteros de Arte es irremisiblemente un devoto de él ferviente y denodado que se aferra valerosamente con todas las corazas del sacrificio y de la resignación, y ya está en vías de ser el desinterés y el sacrificio mismos. Son predios de prosa y cerrazones hoscas contra todo afán de belleza innovador y recio estos trozos de terruño nuestros; viven en ellos los reclutas del ideal como en una tierra donde estorbaran y, no obstante, se hacen al dolor y a la amargura de ser incomprendidos y no sueltan ya los arreos de defender causas ajenas ni se destocan para nada el trozo de yelmo romántico, glorioso y fúlgido que en un momento audaz e inspirador tomaron como defensa contra caricias de yangüeses.

Ser artista y querer hacer partícipes a sus apacibles convecinos de la capital, del pueblo grande de la provincia, de su ensueño de Arte, es algo que coloca al muchacho —se sabe que es, en general, patrimonio de inteligencias de menos de veinticinco otoños estas bellas perspectivas— muy cerca de la buena o mala yerba que han pisado los héroes. Por eso admiro yo tanto a los que en cualquier medida consiguen vencer las escolleras de inconvenientes que ante sus entusiasmos cálidos se tienden entorpecedoras, e imponen al fin un

bello credo artístico digna y serenamente en un predio provinciano de éstos a que antes me refería. Y si el valiente es nativo del propio predio ya la hazaña me parece incurso en méritos de canonización.

Por eso amo tanto *Juvenalia* y admiro tan de corazón a mi compañero Baeza.

Su periódico nació seguramente al calor de un entusiasmo hon-do y sincero y él consiguió, alimentado de esa llama, darle vida, una vida quizá humilde, quizá aperreada, pero gloriosa y ejemplar ciertamente.

Yo supe de los dos, periódico y director, en la tranquilidad de muerte de mi provincia castellana; allí donde anhelos fraternos de los míos habían cristalizado también —y no en lejanos días— en empresas románticas análogas a ésta de dar vida a una hoja llena de nuestras ensoñaciones y habíanse estrellado contra una ancha muralla de estulticia; allí donde, lejos de la baraúnda cortesana, se me apereza el espíritu y los nervios se me sedan. Allí supe de los dos por oficios generosos de intermediación cordial de un excelente novelista de hoy, y desde aquel punto es algo mío *Juvenalia*, y Carlos Baeza es algo también muy aledaño de mi mundo interior.

Cuando me llegan sus cartas llenas de una letra metida, elegante y clara, me preparo a recibir un saludable hálito de cordialidad, de franco optimismo, de esperanzas rosadas, y opuestamente, una desalentada queja de idealista sano rozado por una piedra aleve de los yangüeses de turno.

Y me escribía en un tono desolado y triste como de quien ve desdeñar con inconsciencia algo bello y alto de que generosamente y con dolor se hiciera donación graciosa. Y es que yo tengo de este singular Baeza la idea de que es bueno como el pan candeal de mi tierra castellana.

Por otro lado, tiene sus motivos de orgullo y no sé si estará orgulloso y esto será parte a mantener sus entusiasmos y su atrayente *bonhmie*.

Baeza ha traído a las columnas de su periodiquito un plantel de firmas que para todos los días quisieran muchas hojas diarias de las de brillo tradicional: Francés, González Blanco, Gómez de la Mata, Rigabert, Olmedilla, para citar solamente madrileños, que suelen ser más parcos en prodigar los frutos de sus péñolas miniadas.

Y de manos, munificentes y amigas, el infante, nacido con dolor, ha llegado a cumplir un año lucido y fresco. ¡Quiera el destino que llegue a cumplir tantos como yo deseo desde mi buena voluntad! porque, ya lo he apuntado y no caerá en prolijidad repetirlo para colofonar estas líneas: *Juvenalia* es algo de mi espíritu, y Carlos Baeza es como un hermano ausente...

Nicasio Hernández Luquero

De *Juvenalia*, de Cartagena - N.º 37

10 mayo 1911

UN BOHEMIO RURAL

— I —

El pueblo era un pueblo grande, de esas dimensiones de pueblo que roban a su ambiente el sutil aroma de poesía que suele exhalar la paz eglógica de una aldea chiquita, apacible y dormida en las vidas de sus morantes; un pueblo muy español y, duro es notarlo, algo anti-pático, sin el aroma dicho y sin el pulimento justo a hacerlo digno del calificativo éste que se emplea para los casos propios en las gacetas de la Prensa, y suele ser aquello de "La culta villa de...".

Se vivía en este pueblo una vida de prosa muy tenida en gran concepto por los sensatos; y tramaban los más de éstos las más astutas tramas para despellejarse, y sabían más de justicia que D. Justo, el escribano, y jamás habían dado la menor importancia a una rima bonita, ni se habían mayormente ocupado de otra cosa que de esa esencialísima de los intereses y de los pleitos.

El café era un oasis en este desierto de las preocupaciones de las gentes, y en el café se debatía invariablemente de política, de esa política fea, sin ideas, de los pueblos, y otras veces de los buenos machos de perdiz.

Y, no obstante — ¡ved qué guasas del Destino! —, en el seno de esta sociedad sentada y dentro de este agarbanzamiento de costumbres vio la luz una mañana risueña del mes de las flores, de las pocas

flores que brotaban en un huertecillo del cura y en las lindes de las tierras dedicadas a panujos, este peregrino personaje, a quien pusieron en la pila el nombre de Eulogio, y por legítimo derecho había de usar en el siglo los honrados apellidos de Gómez y López, que por vía de padre y madre, respectivamente, le correspondían.

Era aquel un honorable carretero —que es castellanamente el que construye, que no el que guía estos pesados armatostes de viga central, y a los que sólo suelen uncirse mulas de empuje y esbeltos remos—, y entre oscuras virutas de encina y fragante olor de maderas nuevas vivió sus primeros años, churretoso, feo y cabezudo, nuestro héroe, y bajo el banco de su padre, más de una vez, en jugueteo, olió sin querer las alpargatas de los tertulianos del taller, que era también, como el café, bolsa de tasación de los sucedidos del lugar, y ágora donde invariablemente se hablaba de política y de machos de perdiz.

Fue Eulogio, desde mocoso, avivado y despierto; ponía un interés desmedido en las discusiones de los hombres y miraba siempre con toda admiración de sus ojos legañosos al que se imponía en los debates por el vigor de sus pulmones o por la contundencia de los nudillos, que casi algunas veces hendían en los acaloros las superficies lisas de las tablas recién garlopadas. Le seducía la letra de tal cual periódico que llevaban al taller, casi siempre para arbitrar las cuestiones en última instancia, y a las primeras semanas de escuela, a la que decidieron llevarle para que no estorbara en casa, se distinguió. Un señor maestro, en pago, le acarició la cabezota, y ésta fue el blanco en lo sucesivo de todos los enconados coscorriones que no sabían dónde distribuir todos los miembrecillos rudotes de aquella sucia g zapera.

Así que nuestro amigo esperaba la hora del asueto con pavor, y al llegar no se lanzaba con los otros chicos a deshacer los corros alborozados de las niñas que salían de su escuela, situada enfrente, en la misma ancha plaza, soledosa a otras horas del día, sino que, como un corzo, tomaba una callejuela, y esto no obstante, más de un día le rondó en la carrera el zumbido de algún canto pelón la rotunda cabeza o algún aleve chinarrazo la miedosa agilidad de sus canillas escuetas... Y siempre, siempre llegaba a su casa intranquilo y sofocado.

“Este chico jamás te valdrá para nada” —había dicho a su madre en tono de sentencia uno de los asiduos al taller, quizá un poco temeroso de que el tiempo hiciera del mozalejo un competidor serio de su vagancia inveterada, que habíale dado ejecutoria.

Y como en torno a la sentencia del asiduo, giró de sucesivo en aquella casa una hostilidad patente, siempre cernida sobre Eulogio, que realmente, y en rigor de verdad, mostraba una enemiga franca a los cachivaches del oficio paterno, y rabiando, rabiando sería si una que otra vez meneó el bote de la cola o aguzó con la azuela una mala cuña de haya a cepillo rezongante una tableja costera.

Por lo que cada día mostró el más decidido apego, fue por todo ejercicio de imaginación, y devoraba papel que cogía por la calle y se tomaba al vuelo la letra de todo romance que salía cascado de entre la mueca inquietante y bufa del tío Basilio, el coplero, que lo era el de más nombre de toda la comarca, y aun me quedo corto, pues componía y “musicaba” sus tonadas que ha cantado toda una generación castellana de treinta años.

— II —

Y ocurrió que, por lo menos para un largo trecho, el muchachuelo no valía para nada; pero así, para nada en absoluto; pues un día trajéronle entre los amigazos que otros solían rondar con sendos cantos pelones a la salida de la escuela su cabeza excesiva, con esta colgando, deszaleado y maltrecho, y sin otra señal de vida sobre sí que un mirar aborregado y tonto de sus ojillos rojizos, de ordinario vivaces y avisados...

Y el buen Eulogio no volvió a asombrar a los compinches de su padre con las lecturas de tan buen aire leídas, ni volvió a descifrar la maraña de las cartas soldadiles, ni recitó de corrida y con buen tono los romances pícaros del tío Basilio, ni hubiera podido con presteza hurtar la pedrada de sus canillas escuetas, cual solía, pues sencillamente una pícara parálisis selló su lengua e invalidó su cuerpecillo desmedrado y débil.

— III —

Aquí podría muy bien el autor, para el orden de esta historia, escribir aquella frase tantas veces leída en otras de esta índole y nunca con mejor ocasión y justicia que ahora: “Han pasado algunos años”.

Sí, han pasado; y, ¡pardiez! que no en balde para el desarrollo del espíritu de nuestro hombre, ya que no para el absoluto desentumecimiento del cuerpo, que tal quedó de desmazelado y tundido de la maldita contrariedad del mal aire o lo que fuere.

Junto a un espléndido estercolero que había en el corralón a donde abocaba el taller del tío Lucas, que entre unas y otras cosas dio a la tierra el tributo de su corpachón, fornido un tiempo, ya cuarteado a última hora por achaques y malillas, cultivó Eulogio su espíritu excepcional de vago sin suerte, leyendo en desorden cuantos papeles, libros y librejos llevábanle amigos y él podía recabarse, y bebiendo, ¡ay! tampoco en verdad con orden de lo tinto y de lo rubio, sin despreciar gran cosa tampoco por falto de matices el incoloro y traslúcido aguardiente, que llaman también pita y dicen que es la más refinada golosina si da en gustarse.

Eulogio aleaba lentamente. Y al fin pudo semiarrastrar, trasladar su cochambre y su cabeza llena de proyectos de basurero afecto, donde yacía entre periódicos hasta la solana callejera. Ya hablaba y asombraba como cuando niño a los tertulianos de entonces, ya mer-mados, y a la generación su contemporánea ya muy en guisa de roturar la tierra madre y serviría con amor, como lo hacían, según era tradicional de todos los hijos del lugarón.

— IV —

Eulogio había ya por su pie ido hasta la taberna, y allí de buen grado pagáronle refrigerios, en que no era parco, todos sus amigos, y muy particularmente los mozalbetes, sobre quienes tenía ya el forzoso privilegio de la edad y este otro de su florida labia para lo que por allá se usaba.

Leía con todo fuego los trabajos literarios de aquellos periódicos que fueron vida para él en el largo pausar de los años transcurridos en mudez e invalidado, y al fin se decidió, y con un borricuelo, las más veces prestado, o a pie lisamente, recorrió igual que tío Basilio, pero con la etiqueta voluntaria de algo temido y audaz que repele instintivamente el espíritu lugareño, con la etiqueta de hombre de ideas nuevas, aquellos pueblos pequeños de al lado y llevó su entusiasmo con-

tagioso y sus papeles hasta la villa grande —que era cabeza de partido— los martes de mercado tradicional.

Dicho en buen romance de ahora, que se hizo corresponsal y vendedor de periódicos liberales, legadores a veces a la historia futura, si son bien rojos, del nombre de alguno de aquellos, y por primera vez leyó nuestro amigo un clarísimo Eulogio Pérez López, seguido del nombre de su pueblo, que por tan raro modo se hacía notar en la lista de corresponsales morosos de *El Cencerro*, *La Tralla* y *La Revancha*.

Eulogio, romántico, borracho y listo, habíase tejido su aureola; pero casi todas las noches se acostaba sin cenar.

Hay algo muy hondo y hostil en estos tipos andariego en la idiosincrasia de nuestros pueblos, y sólo aparentemente son aceptados sujetos del corte extraordinario del protagonista de esta historia vez, que un día tomó el tren y salió por primera vez de su predio para abrazar en Madrid al protagonista político de un hecho que le incendió de entusiasmo frente a una jarra de alcohol y en medio de la chusma admirativa o burlona, que seguía entre carcajadas a pasajera aprobación la perorata sugerida del bohemio...

— V —

Volvió de Madrid con la mano ociosa ungida por la veneranda del tribuno.

Era noche de quintos. Habían primero corrido el pueblo en parranda, llenando de coplas viejas la paz del ambiente sereno, y ahora les empujaba el tabernero a terminar la noche por las calles. Eulogio endilgó una arenga y bebió una jarra. En el tren no había comido. De su estómago exhausto subía a su cerebro una ebullición precipitada, traducida allí en quimeras, en ensueños y en absurdas ideaciones.

Partió la ronda —borrachos todos— y Eulogio con ellos, frenético, feliz, cabalgando en la quimera. La faz enérgica, severa, estatuaría del tribuno no se iba de su pensamiento, y en su diestra semiencongada creía sentir palpar la blanca y contundente del hombre glorioso aquel que la blandió cien veces en acusación o en amenaza contra los detentadores de las grandes soberanías.

Proseguía la ronda, bebiendo y cantando bárbaramente:

*Vivan los quintos de este año
y los del año que viene.
Vivan sus padres, sus madres
y sus novias, si las tienen.*

Eulogio bebió de diez botas.

— ¡Viva la República!, rugió después espumajoso.

— ¡Viva!

— ¡Que beba más!

— ¡Aguardiente ahora!

Y empinó el bohemio hasta el fondo de un frasquillo azul que le alargó un quinto.

Agonizante otra copla carraspeada, semiafónica, llegaron a una esquina. De la ventana algo alta de una casa blanqueada, destacóse brava moza, envuelto en rojo pañuelo áspero el busto fuerte y alto, al ruido bestial de la ronda.

— ¡La República... Viva la República!, rugió como un poseso Eulogio López, y en una inclinación grotesca saludó a la garrida, y cayó al mirar a lo alto, ebrio de vino y de locura.

No hubo una sola risa.

Sonó escalofriante el golpe seco del cráneo de Eulogio al partirse contra un poyo pulido y blanco de la calle. La moza cerró de un ventanazo el cuarterón abierto, y la ronda, entre traspiés, terrores súbitos, abandonó en la noche el cuerpo del bohemio.

* * *

Así finaron los días de este hombre de ayer, que de vivir hogaño hubiera leído a Baudelaire, y emborrachándose de ajeno, y hubiera carecido de ideal por ser bohemia triste, sin él, esta bohemia de ahora...

N. Hernández Luquero
De *El Liberal*, 20 octubre 1912

DE NUESTRO INDIVIDUALISMO

¿Es el cordón pétreo de murallas de que se circuyen sus ciudades el que ha hecho a Castilla para siempre reacia a intromisiones espirituales de otros pueblos, o es la propia convicción de que el nuestro es el más lleno de fibra, magro y enjundioso de todos los espíritus regionales?

No lo sé, y fuera la inquisición de este punto además de interesantísima, labor para buceadores de almas de esos que se llaman Unamuno, Maeztu, Baroja, Cejador, Ortega y Gasset, entre los vivientes o para aquel arcaz inmenso de ideas e inquietudes que fue el cerebro de Joaquín Costa y pidió llaves, muchas, para el sepulcro del Cid... No lo sé, pero es ello para un curioso de alma castellana, horro de sesudas meditaciones sobre libros y documentos de Pasado sólo avizor a la vida porque la vida le llena de visión y de enseñanza, de tristezas y de serios pensamientos, el más tentador de los temas y de su sola consideración nace, larvado aún, el anhelo de llegar al fondo de aquella mirándonos en la propia.

Y a mí de la contemplación de mi alma y del alma de los castellanos, en cuyo contacto mental he vivido más de cutio, he sacado la impresión definitiva de que ese rico sedimento de un individualismo rebelde que constituye nuestra característica, será siempre, por otro lado, un lastre remoroso y fatal para el anhelo socializador y mutualista que de algunos años acá las unas, y de muchos lustros sobre toda la vida en las demás, ha metido por las arterias y organismo todo de otras provincias españolas una vivificadora corriente de salud nacional hecha círculos y sociedades mutualistas, entidades de apoyo, libros, folletos y periódicos inspirados en la idea acumulativa y de cooperación al acervo común, sea éste de la índole que fuere.

¡Pero id a un castellano, castellano viejo por añadidura, metiéndole en el caletre ideas de socialización!

No he tenido curiosidad de leer estadísticas políticas, ni sé si las hay de esta clase: pero creo que de las provincias de Castilla la Vieja no nutrirá excesivamente sus filas el partido socialista, no obstante ser la suya una labor gestora, pacífica y perseverante, de resultados visiblemente eficaces, y de ser el nuestro hoy por hoy un carácter co-

lectivo opuesto a lo inestable y de aventura y apegado con exceso al quietismo y al reposo, a la rumia prudente de nuestras ideaciones.

Pero es que somos, individualmente, expeditivos, inquietos e indomables. Nos subleva la disciplina y nos aniquila socialmente el orgullo personal. Yo creo, con toda honradez, que es anarquista el alma castellana y que, como tal, es un alma la nuestra aislada y mística, hermosa y rebelde, creadora y destructora de sí misma; impotente hoy, por sí, para elevarse.

Odiarnos el cooperativismo, aunque sea el mental, y el espíritu gregario y proselitista, si ha existido alguna vez entre nosotros, ha huido definitivamente.

Aquí, en Madrid, aunque la distancia no sea suficiente a ahuyentar afectos e impresiones de la tierra que nos dió la primera luz o donde se nos formó la individualidad, se deja notar, a poco se observe, nuestra enemiga al pacto, al acuerdo y a la socialización y nuestro amor a vivir sólo del calor inicial de nuestra alma, siquiera éste sea un calor insuficiente y nuestra propia iniciación va de un íntimo derrotero equivocado.

Aquí —hablo de castellanos y en especial de arevalenses— nos duele el contacto y nos huimos tácitamente. Quien tenga el valor de confesarlo reconózcame la razón y recuerde si alguna vez no esquivó el saludo del coterráneo y si su adiós, pasajero y de puro cumplimiento, no encontró, quizá emparejando con él, el más disimulado anhelo de desentenderse en el paisano saludado; reconózcalo y diga, en conciencia, si no es de algo impreciso e irrazonado lo que le imbuye a proceder de tan extraña manera.

Yo, que por razón de mi vida errátil, fría, de hombre sin hogar, he topado, por fondas, posadas y casas de huéspedes, con las más diversas representaciones regionales, he observado en todos sus individuos un deseo o mejor, instinto de unión que les lleva a constituir la tertulia, el círculo, el núcleo defensivo, podríamos decir, al redor de cualquier aspiración o afición común —la literatura, el arte, el comercio, el toreo, el juego o la bebida, sencillamente— y al objeto los andaluces, los catalanes, los gallegos, los asturianos, estos últimos sobre todo, se buscan y se alían fuera de su región. Los castellanos viejos, no. Que se me diga por los que viven o han vivido en Madrid donde hay una simple tertulia de arevalenses.

Quizá esté vacía de socios la Casa de Castilla o no sean castellanos la mitad, pues recuerdo que a la reunión convocada hace años para construirla e incorporarla a la de León acudimos ¡16 personas! de todas las ocho provincias consideradas como Castilla, prescindiendo de la división histórica, y de aquel destartalado caserón de la calle de Silva fuimos cautelosamente eliminándonos cuando vimos que se iba a encargar a nueve de una comisión de propaganda.

Algún lector podrá argüirme, inavisado o ligero, que hago del alma de nuestros coterráneos, que me inclino a creer el alma de la región, un retrato sombrío del que pudiera traslucirse que, fuera del terruño, los castellanos sienten entre sí desvío o animadversión mutua.

Y no es así; y jamás osaría yo la insinuación de tan baja reticencia, pues sobre ser, como digo, la nuestra un alma solitaria y dada a la prudente rumia de sus frutos íntimos, altiva y serena, ecuánime y austera, jamás ha podido alimentar semejante sentimiento pues muy difícilmente puede esa mala pasión arraigar allí donde por todo lo dicho al correr de la idea y de la pluma, no hay el indispensable choque de espíritus ni el necesario choque de ideas, eslabonazo indispensable para el brote de toda luz creadora...

Es, sencillamente, que llevamos en nuestro fondo un alma individualista por excelencia un poco fogosa y un poco anárquica, que ne las individualidades elegidas o tocadas de genio podrá ser provechosa a la Nación y a la Raza, pero nunca a la colectividad regional cuyo desentumecimiento y acertada orientación reclama de los hijos todos interesados en estas dos grandes empresas, más contacto, más cohesión y más armonía.

Nicasio Hernández Luquero

Heraldo de Arévalo - N.º 5

Madrid, 29 julio 1911

LA MELENA DEL POETA

*Con motivo del reciente 82.º Aniversario
del natalicio del ilustre escritor*

Estoy perplejo ante las cuartillas, la tinta, la pluma y el magín torturado. Quiero decir algo del egregio Florentino Sanz y yo no sé qué decir.

Como no poseo la erudición fácil al revolvedor de Bibliotecas y como a mi pesar no la tengo yo lo suficientemente nutrida al objeto de enfrascarme en sus amenos escondrijos de papel impreso y siquiera, siquiera, adquirir ese barniz cultural de diccionarios enciclopédicos y guías salvadoras, que constituye las más veces el título envidiable de hombre ilustrado, siquiera sólo sea de los de pan llevar, en esta tierra de holgazanes de la literatura y del estudio meditativo, no pueden ser éstas mis líneas, pobres de homenaje a la memoria del poeta paisano, ni una lección ampulosa de crítica severa, ni un estudio minucioso de su obra escrita, ni ninguna de estas cosas trascendentales, sino la sencilla expresión del vago sugerimiento que hace a mi mente, una cosa trivial, propia a tratarse por un hombre de la trivialidad del que escribe y que adornaba la persona gloriosa de Florentino.

No es achaque de literatura; es detalle de embellecimiento físico muy propio de aquella buena época que él vivió. Quiero hablar de su melena, es decir, quiero pensar en su melena, que es como la cimera gloriosamente heráldica de su casco de nobleza de la Rima, de ese airón romántico que coronó tantas cabezas soñadoras de la pasada edad, mientras dejo en estos renglones la más fragante flor de homenaje que cortar pueda en el jardín de mi alma. Porque es para el recuerdo de un exquisito tejedor del más fino y despreciado tejido. Porque es para el recuerdo de un exquisito tejedor de poesía.

Eulogio Florentino Sanz paseó su melena romántica por cenáculos literarios y por saloncillos de teatros y en unos y otros su orgullo natural y su altivez tenían un gesto bello y de consciencia del propio valer.

Todos sus biógrafos han hablado de esta saliente cualidad de su carácter. Era altivamente noble con su figura fea, su indumento descuidado y su melena abundante; esa melena trovadoresca que yo me

finjo con Emilio Carrere, otro evocador en esta época del sentimiento bohemio y caballeresco de ayer y que siente por este paisano nuestro una admiración diversas veces verbalmente expresada, el más alto timbre de prosapia lírica. Aquella melena que aureoló las faces soñadoras de tantos rimadores —Bécquer, Zorrilla, Musset, Heine, el admirado de Florentino— y que a la del vate arevalense daba ese tinte audaz y decidido de quijote que se observa hoy en su acaso único retrato.

Pienso en esa melena que a principios del siglo que expiró, flamearía airosa por las calles de la vieja Arévalo, de esa Arévalo, que en tan poco tiene a los poetas, siendo así pecadora de ingratitud con la memoria del egregio hijo suyo.

ANGEL MACIAS

Ha muerto en Arévalo, donde nació, rendido a los horrores de una dolencia crónica, pertinaz y cruel, este modesto luchador del ideal, tan repleto de ideas, tan modernamente orientado, tan consecuente, tan irreductible, tan bueno.

Quienes no sepan de toda la enorme marejada de odios, de preocupaciones, de sarcasmos, de fieras hostilidades que en torno a estos admirables paladines oscuros forman la rutina, el estancamiento mental y la fuerza de la mohosa costumbre en esos anchos cercados de prosa que se llaman viejas ciudades españolas, no pueden darse exacta cuenta del calvario agrio que, encerradas en ellas, una vida tan llena de ansias, de anhelos insatisfechos, como la del pobre Angel Macías, ha de recorrer diaria y forzosamente.

Porque este atormentado espíritu rebelde, de una enorme inquietud mental, progresivo, vivacísimo, había por siempre de estar hundiéndose en un ambiente que le repelía, que no era el suyo, por fuero tiránico de una dolencia que le tenía inválido y por esa otra tragedia de ser pobre.

Sin el bagaje cultural de Angel Macías, sin su amor al estudio, sin su perspicacia, sin su serena visualidad del porvenir, muchos espiri-

tus que a su tiempo no tuvieron las alas atadas por estas fuertes ligaduras que he dicho antes, han labrado su huerto y de él han cogido frescas rosas y muy sazonados frutos.

Con los artículos dispersos por los periódicos republicanos de esas provincias españolas, periódicos que eran su más cándido amor, y por muy contados de este Madrid, que fue la obsesión perenne de sus sueños de ancho horizonte, habría para llenar más de un bien nutrido tomo de sagacísima psicología castellana, porque Macías era, ante todo y sobre todo, un escritor enamorado de su tierra, mejor dicho, un hombre que en fuerza de amarla, la flagelaba constantemente en lo que él creía viciosa corcova espiritual, formada de una constante humillación al pasado tiránico, al yugo del dogma y al señor cacique.

Federal ferviente, pero abierta su alma a todas las más audaces conquistas del pensamiento, heterodoxo sincero, la única vez que la cárcel —él triste y como siempre enfermo— le abrió sus puertas severas fue por censurar con acre violencia las transigencias católicas de ciertos republicanos.

Y así, con la fe indomable del consciente, ha vivido su vida triste de treinta y tantos años este luchador incansable, que fue hasta ayer lo que malamente le dejó ser el medio, que no es, en verdad, lo que pudo haber sido, y del cual tuve la honra de llamarme su hermano de espíritu.

Nicasio Hernández Luquero

De *El País*, 16 enero 1913 - N.º 9.331

EL SOCIALISTA

El partido socialista ha sido en España, desde que se organizó, un ejemplo vivo de fe, de perseverancia, de austeridad y de seriedad política.

A un frente ha tenido y tiene a un hombre de la rectitud moral de Pablo Iglesias, y en sus filas de vanguardia forman Jaime Vera, Verdes Montenegro, Morato, Barrio, Besteiro, Quejido, García Cortés y

otros muchos entre los militantes, los de la lucha; compenetrados con él viven multitud de intelectuales: catedráticos, escritores, médicos, artistas, ingenieros, industriales progresivos, obreros inteligentes...; tras de éstos una buena parte de la masa consciente que puebla los tajos del trabajo manual en la ciudad y el campo.

Es un núcleo formidable que tiene voz propia y el derecho a elevarla públicamente. Y así lo venía haciendo desde bastantes años atrás, pero en un radio de acción difusa, si bien extenso (los socialistas son los que con más frecuencia han usado —acreditando su nombre— del derecho de reunión) no completo, ya que no todos los ciudadanos españoles que ignoran algo suelen ir a donde se les convoca para enseñárselo verbalmente.

El folleto barato, la hoja gratuita, el semanario de corta tirada en alguna capital de provincia —difícil allí la difusión de los que salen en Madrid— era propaganda insuficiente... Y desde ayer el partido cuenta aquí con un órgano importante en la Prensa: *El Socialista* es diario.

Decir periódico diario es decir fecundísima siembra de ideas, familiarización con las masas, sondeo claro de opinión.

A partir de ayer los socialistas han entrado en franca conversación con el público... burgués, que para un socialista debe, lógicamente, ser la masa, sin que esto sea una paradoja.

A partir de ayer el señorito distraído podrá mejor hacerse cargo de las luchas proletarias, y el político truchimán oír, sin querer, la voz de una parte de nación que tiene derecho a intervenir a diario en la contienda pública.

A partir de ayer el trabajador y el burgués que no guste de leer reseñas de crímenes pasionales, elogios de cupletistas, información de toros, prosa vacua de revisteros de salones, tiene un periódico propio...

Todos los hombres progresivos, aunque no sean socialistas, deben saludar con simpatía la llegada de este portavoz de un ideal sustentado por tantos compañeros nuestros en odio a la mohosa rutina y a mil brutales preocupaciones del pasado, al palenque de la lucha cotidiana.

Se hace muy necesario renovar el ambiente.

Yo, que ni soy socialista ni pienso pedir nada a cuenta de estas líneas a la Cooperativa de la Casa del Pueblo, he sentido ayer, al hojear el primer número de *El Socialista* diario, una inefable sensación de oxígeno aspirado, de aire puro en calle limpia. ¡Y es que estamos tan hartos de cuquería escrita con pujos de honrada sinceridad!

N. Hernández Luquero

El Pueblo. Valencia, 5 abril 1913

LA CASTILLA LITERARIA

Casi hondamente dolido a la irreparable circunstancia de que haya acunado mi niñez el ancho y viejo solar castellano, un buen amigo mío, madrileño, que hacia el Norte no ha pasado de San Antonio de la Florida, me plañía no ha mucho y muy luego de leer crónicas en que hablan de Castilla todos los escritores que no la conocen:

— ¡Qué horror, su tierra...! Ni un árbol, ni un pájaro; tan roja, tan desolada...

— Ciertamente, ¡qué horror! estuve a punto de repetir, asintiendo, ya que a nada somos tan accesibles los espíritus perezosos como a aceptar y dar por buenas las cosas insistentemente repetidas. Y os digo, en verdad, que hube de hacer un serio esfuerzo para reaccionarme.

* * *

¿De dónde ha salido la bárbara leyenda? ¿Con qué ojos de mala fe, o totalmente adormecidos, por ver luz sino frente a la vida fría de las páginas impresas, miran la Castilla madre esos cronistas absolutamente cerebrales, horro su pecho del más leve estremecimiento cordial?

¿Por qué no se han puesto ellos en viaje a través de esos caminos y esos sotos, bajo el palio verdinegro de los pinares, interminables, rozando los dorados, descansando a la vera de los serenos regatos, gustando la fruta agridulce de los pomposos majuelos, recibiendo en estío la serenidad augusta de la noche incomparable del llano sobre

la parva crepitante, asistiendo a las maravillosas puestas del sol en la madura otoñada...? ¿Por qué no se han puesto ellos en viaje antes que echar al vuelo la amañada fantasía?

¿Por qué gratuitamente, han olvidado que de Guadarrama al Cantábrico —para sólo hablar de Castilla de allende El Pardo— el espíritu de la raza, el alma del suelo no sólo es hierro, sol, aridez y fatiga, buenos elementos líricos para el desempolvo de nuestra heroica leyenda y para gala y relumbre de vates postizamente vigorosos?

Castilla, riscal, bravamente empenachada de blanco en Peñalara; ondulante, fértil, roja, rica de panujos, parda, austera, en las provincias de la meseta; velada de la niebla melancólica en la Montaña, asomándose al mar en Santander, circunstancia olvidada —¡gran pena!— hasta por el mismo admirable “Azorín”, reúne en sí cuantos elementos de belleza pudiera anhelar para urdir su elogio un cantor de ahora que la cantara con el alma. Pero la tierra bendita de nuestros amores, ilustrada ayer por las vidas gloriosas de santos, poetas, místicos, guerreros, maestros de la jácara, leguleyos, hidalgonos, siente el dolor de verse, de unos años acá, maltraída, quizás con muy generoso intento, pero menguada y rutinariamente, por un centenar corrido de panegiristas literarios de un solo tono y cuadrícula, que se creen sus descubridores y en posesión del “alma de la llanura”, cuando, acodados en el pupitre del Ateneo o en la mesa de la Redacción, traman esos secos, helados elogios de la tierra del romance, barajando los vocablos sol, silente, parda, misticismo, ardiente, “Angelus” y otros de la sobada cuerda.

Para estos buenos cronistas Castilla es una tierra que pasó. Ni sus habitantes viven vida de hoy, ni han menester más que del aroma de la leyenda para nutrir sus cuerpos y para llenar sus exigencias. Elevarse en voz de queja a los poderes, pongo por derecho, parecería desentonado a alguno de estos señores literatos y, sobre todo, fuera de carácter. Por algo ellos usan en sus lucubraciones castellanizantes la bonita palabra sobriedad, envoltura anfibológica del áspero concepto de hambre digna.

Y que eso, nuestra... sobriedad, solemos llevarla los castellanos con cierta elegancia siglo XVI, no deja de ser cierto, desgraciadamente.

Lo que omiten los cronistas de la citada cuerda, y lo omiten porque sencillamente no les ha preocupado al hacer literatura, es que Castilla, en su abandono de siglos, vive por sí digna y altamente, siendo el trozo de España que menos carne da a la expatriación irreflexiva y ambiciosa, nutriéndose de su fibra de pasado, siendo aún el granero de España y otros pueblos y el arcaz cerrado de las energías nacionales.

Hay más que el sol, el polvo y la herrumbre —rapsodia lírica del ayer glorioso—, merecedor en la Castilla vieja del comentario escrito en esas revistas y periódicos de nuestros pecados literarios, y tienen, por ejemplo en Macías Picavea, en el fondo de las prédicas de Costa, en las investigaciones filológicas de Cejador y en el verdadero espíritu de la raza, “visto”, sentido de cerca, los poetas y cronistas loadores de esa falange de improvisados, una cantera explotable de la más variada y rica vena.

¿La verán? Quizá diesen en ella si muy por lo serio se lo propusieran; pero da justo pábulo a nuestra desconfianza la adquirida convicción de que ante un pinar inmenso, verde, de una maravilloso verdor de mil tonos, en la provincia de Avila, o ante las jugosas y extensas riberas del Duero o el Pisuerga, o en presencia de un activo negociante de Valladolid, los cantores al uso hablarían, sin embargo, de la árida estepa interminable, de la monotonía desesperante y el famélico hidalguelo, imperativa invitación viviente al recuerdo de las negras horas pretéritas...

Nicasio Hernández Luquero

El Liberal. 20 mayo 1913

UNA VISITA DE CHICHARRO (Desde Arévalo)

Esta ciudad dorada y sobria, castellanísima y desdeñosa de su propio espíritu, ha albergado durante unas horas a Eduardo Chicharro, el pintor enamorado de la llanura inmensa, de su cielo y de sus tipos, que ha venido hasta aquí atraído por el prestigio de este ambiente y por su ansia insaciable de emoción.

Y a fe que a fondo pudo beber de esta última por las calles arcaicas y tras los recovecos románticos de este pueblo el ilustre director de la Academia de España en Roma.

Acompañado de dos de sus mejores discípulos y de unos amigos más, todos fieles de la religión del Arte, Chicharro vivió unas horas —muy pocas, ciertamente— el encanto poderoso que exhala esta ciudad de ayer.

Pisó con respeto casi religioso estas calles humildes, tras cuyos pretilos, en la hora encantada del anochecer, se dijera que acecha la leyenda; recibió en su retina prodigiosa el espectáculo de este campo interminable, lleno de majestad y de imponente silencio, solemne, solemne y se extasió ante todas estas ejecutorias de un pasado glorioso, que son nuestro castillo derruido, nuestra muralla, nuestras torres de San Martín, nuestra incomparable plaza de la Villa —incomparable de vetustez patinosa, y de prestigio hidalguesco— nuestro viejo casal de San Pedro, que le dió sensación de barrio moro, lleno de sol y de abandono; nuestra ermita de Gómez Román, nuestras rancias casas solariegas...

Y vio también —y plañó sinceramente dolorido— el despego nuestro por las cuestiones del espíritu, la falta absoluta de sentido artístico, revelado en tal cual profanación cometida en cosas y edificios viejos, notables y tuvo para todo este desdén, para toda esta lamentable indiferencia, un elocuente gesto, que contrajo un instante su rostro de señor sencillo, apacible, que no se dijera rostro hecho a reflejar los múltiples estados de ánimo que seguramente ha de determinar en hombres como Chicharro el mágico aletazo de la inspiración.

¡Qué lástima y qué atrocidad! —exclamaba el maestro autor de "El brujo de Burgohondo" ante una blasfemia de yeso que encubre desde hace algunas docenas de años el acabado encaje árabe dose-lador del coro de Santa María. Y después decía un caluroso elogio del modo de hacer arte en el siglo XVI, y miraba, elogiándola, la urdimbre fina, rara y un algo descolorida ya, de una tela india que hay cubriendo la entrada de una capilla.

Chicharro es un enamorado del espíritu de la raza, que no se revelará en muchas ciudades castellanas con más vigor que en ésta, y en tal sentido lamenta frecuentemente en el curso de su amena charla el posterior mistificamiento del tesoro artístico del siglo XVI.

Esta odiosa irrupción de barroquismo y cursilería del siglo XVIII pone frenesí en el ánimo de Chicharro y le hace pedir una hoguera para un deplorable angelito y unos fioreros y volutas de talla del más chabacano gusto que, adosados al hermoso retablo de la clausurada iglesia de San Miguel, róbanle fuerza, elegancia y severidad.

— ¡Qué sorprendente rojo el de la capa de ese prelado, a pesar del sol de esa ventana lateral, que se lo está comiendo! —decía ante una tabla representativa de una bendición de primera piedra. Y nosotros sentíamos al oírle el rubor de nuestra indolencia.

— Y eso, ¿acabará por perderse, maestro? —me aventuré a preguntar al artista admirable.

— Casi seguro, si no lo cuidan ustedes.

¡Ustedes! Me dolió la pluralización, porque la censura a que acompañaba era justísima. ¡Nosotros! Nosotros, ilustre Chicharro, somos los hombres de las capeas, de la “cantarada”, que aquí llamamos “costumbre”, de los alborosques, de los seis golpes de los machos de perdiz, de las agrias discusiones por una torpe jugada de tute. Aquí no vibra una fibra cordial a impulsos de una emoción de arte, ni suele decirnos más una figura atormentada de Rivera que una de esas molduras tan en boga en la moderna edificación repentista.

Nosotros dejaremos en abandono el retablo de San Miguel, que se está perdiendo; quizá veamos tranquilos algún día la demolición de los formidables arcos de piedra que elogió por tan sincero modo su juicio autorizado, y seguiremos olvidando que la ermita del arrabal de Gómez Román, que aquí nombramos corrientemente El Lugarejo, es la construcción tipo del románico de ladrillo en esta España que, según dijo usted ante nosotros, “hay que pintar, porque es el único país pintable”.

Hay que pintar España. Muy bien; pero se me hace que por cuanto respecta a algunos trozos de la Castilla madre, hánse de dar prisa Chicharro y sus compañeros de pincel si quieren pintarlos antes de que pierdan aire y aroma, que el tiempo destruye; la memoria nuestra es ingrata con el pasado, y no es en Municipios y Diputaciones precisamente donde ha pedido albergue el espíritu de amor a lo bello, a lo evocador y a lo sugerente.

Venga, pues, el admirable Chicharro a esta ciudad a pintarla y a sentir con cuantos la amamos —ya que de venir ha hecho promesa espontánea—; pero venga pronto, antes de que ya no se vean de puro descoloridas las tablas de San Miguel, antes de que la plaza que evoca el recuerdo de que Arévalo fue la villa más famosa del reino se llame por el nombre de un indiano rico y antes de que las pocas casonas venerables que quedan aún ungidas por la pátina de los siglos se vean maculadas hórridamente por esa pseudo pintura imitación ladrillo nuevo, que es el canon estético de nuestra culta burguesía.

N. Hernández Luquero

26 noviembre 1913

CENACULO DE AUSTEROS

Abre el espíritu a un valle de serenas perspectivas, de vez en cuando, la adquirida seguridad de que en este vivir de crasa prosa hay aún quienes ofician de corazón en puras aras de ideal y rinden parias a los hombres muertos que honradamente le sirvieron. Y son la memoria de éstos y su noble actitud de aquellos ejemplos que a la fuerza han de confortarnos y hacernos olvidar nuestro negro pesimismo, este negro pesimismo que negramente también viene alimentando nuestros inevitables tratos con la realidad inmundada.

Y fue un alto idealista el fallecido Anselmo Lorenzo. A su muerte quizá algún periódico, justamente bondadoso con su memoria, urdiría unos veinte renglones "de Redacción". Y en ninguno de los gráficos que sirven rigurosamente la actualidad vimos la efigie apostólica del estoico.

No obstante, Anselmo Lorenzo representaba algo muy depurado y muy etéreo en el mundo falso de nuestras actuales democracias. Representaba la severa persistencia de los puros, de los sin facha, sobre la tubamulta de merodeadores de todos los credos y todas las filosofías. Y por esto quizá haya estimulado mucho su memoria el que ciertas gentes corrientes no hayan depuesto póstumos honores sobre la tierra recién removida de su tumba de proscrito.

Pero hay otros hombres —contados— que podrían y debían oficiar en una misa laica en honor de Lorenzo, y así lo han hecho ha poco, cuando ya las cenizas del intachable anarquista tenían reposo de algunos meses. Lo han hecho requeridos por ese bendito romántico sin enmienda que se llama José Nakens. Y juntos, en una admirable cooperación de consecuencias y nobles austeridades, paralelísimamente, sin proponérselo de acuerdo, han llenado de conceptos nobles, alentadores, sugerentes y limpios, las humildes páginas de *El Motín*: Roberto Castrovido, Cristóbal Litrán, Juan José Morato, Ricardo Mella, Gabriel Alomar, el propio Nakens...

He aquí un concurso selecto de intelectualidades, que podrá llevar pánico a los corrillos del actual fariseísmo español, y que es, no obstante, una nobilísima plana mayor de nuestra honra das letras de lucha. Difícil hubiera sido al espíritu de Anselmo Lorenzo la elección de otros hombres más acreedores a honrar su recuerdo. Y muy difícil también que fuera hallada tribuna más propia a este sencillo homenaje que esta tribuna de *El Motín*, limpia de todas las máculas que suelen enlodar a veces —¡tántas, por desdicha!— las columnas de otras publicaciones en servicio constante de bajas polémicas y concupiscencias altas.

Anselmo Lorenzo era un puro, un austero, un hombre cuyo tránsito por la tierra debiera ser mucho más conocido por nuestra actual juventud, aún no muy amante de estudiar en estas vidas ejemplares, horras, por imperiosas exigencias íntimas, de alharacas y oropeles, blancas, llenas de apacible luminosidad. Por eso al conjuro de su nombre habían de unirse, para honrarle, hombres de la estructura moral de los citados.

Y por esto, al espíritu asqueado por el espectáculo corriente de nuestra vida política, sin ideales y sin altas orientaciones, ha de tonificar forzosamente la nota admirable de que me hago eco en estas líneas, que no sobran hombres tan dignos de ser celebrados, después de una vida de lucha y de trabajo, como el desaparecido Anselmo Lorenzo, ni tampoco se aunan a menudo, para el sentido homenaje a una virtud y a una memoria sin mancha, figuras de la egregia estirpe moral de José Nakens y Roberto Castrovido...

N. Hernández Luquero

España Nueva. Madrid, 17 enero 1915

ELVIRA, LA ESPIRITUAL

Este es el título de una bellísima narración de Emilio Carrere, admirable poeta de la vida triste, aperreada y pintoresca de las pobres vestales del amor barato. Y Elvira, la espiritual, es en aquella historia conmovedora una de estas mujeres sin fortuna, carne macerada por el sufrimiento y almas en el continuo torcedor del fingir.

Ahora también ha salido a la superficie la vida de ignominia y dolor de una Elvira de existencia real y atormentada, de una Elvira aventurera sin ventura, que ha muerto en un nido de desamparo, hostel ayer de lujurias pasajeras, con el cuello partido de una enorme cuchillada.

Mientras nos dice la justicia qué mano de canalla segó los sueños de Elvira Mateos Madrigal, ya que va siendo desechada la primera hipótesis de suicidio, nos queda sólo en pie, como una estatua de piedra, permanente y muda, expuesta a la contemplación serena, el destino fatal de estas almas de infortunio que anidaron en una carne de placer.

Elvira Mateos, la pecadora degollada de la calle del Tesoro, era, según quienes la trataron o vivieron cerca de su vida de aventura, una pobre mujer joven, romántica y sentimental. Se pasaba las horas ante cándidos novelones, en cuyas páginas postreras tiene una rosada apotheosis la virtud y el bien y en una mesa de las que componían su ajuar de entretenida, se ha hallado un libro de versos melancólicos y lúgubres.

Quizás Elvira Mateos tenía un alma delicada, en potencia para ser selecta, y sufría del dolor de un más allá que ella no explicaría exactamente. Quizás a su primo Ciriaco Santiago —aroma de presidio— y a D. Manuel Martínez, podría mimarlos desde un plano superior. Quizás...

Vamos nosotros, por lo pronto, a deshojar una flor de sentimiento por todas las almas de estas tristes pecadoras, ingenuas, doloridas, sin oriente, que viven obligadas al contacto con todas las lacras del espíritu y la materia, enterneciéndose como buenas colegialas ante una escena de folletín donde triunfa el amor honesto y la virtud cristiana y un día fatal han de aparecer con el cuello partido de un enorme navajazo.

Y vamos también, porque así nos place ahora, a llamar a esta desdichada Elvira Mateos, la posible inmolada a la brutalidad masculina de un "chulo" repelente, Elvira la espiritual...

N. Hernández Luquero

De España Nueva. 3 abril 1915. N.º 3.313

YERMOS DE LA GUERRA

Hay que llorar copiosamente sobre una porción de ruinas amontonadas ante el maldito genio de la guerra. La ruina de las ciudades, la ruina de los campos, la ruina del sentimiento, la ruina de unos cuantos valores morales que eran algo en la conciencia colectiva... De todo, de la riqueza material, del tesoro cordial de los pueblos, ha sido un rasero inicuo la contundente espada germana.

Había que llorar desoladoramente y sin embargo... Se nos han hecho los ojos al espectáculo diario de nuestras revistas gráficas, llenas de fotografías horribles, de campos devastados, de viviendas desmanteladas, donde asoma por el caprichoso boquete de una pared rota el detalle nimio, pueril, conmovedor, de un hogar donde ayer rió la dicha; de montones de cadáveres desnudos, en actitudes pavorosas, roídos, descarnados; de iglesias demolidas, donde ofician de pesebres los altares y donde duermen, entre pajas, un sueño intranquilo y triste, heridos y prisioneros.

De esta hecatombe monstruo, sin arte y sin belleza, no va a quedar sólo como una reliquia deshonrosa el enorme yermo de la triste y admirable Bélgica, inmolada al embate cruel de la metralla alemana; va a quedar un yermo pequeñito en cada corazón viviente, va a quedar nos un yermo donde crecían hasta ahora las flores del sentimiento, de la piedad, de la dolida compasión... Se nos han hecho los ojos a todas las narraciones increíbles y, forzosamente, vamos haciéndonos duros de alma.

Y así ya, en esta posición sentimental, un poco triste, de acorchamiento e indiferencia, nos ha sorprendido la última nota trágica de

este escalofriante pugilato de tragedias. Quiero referirme a la criminal destrucción del Lusitania. No se ha medido exactamente la magnitud de este desastre; no hemos cobrado perfecta cuenta de lo que el hecho significa en estas turbias infancias de un siglo que se presintiera luminoso. En días del casual hundimiento del Titanic, bajado a los fondos marinos por el choque con un escollo natural, vibró la lira emocionada de casi todos los corazones, y hubo loas escritas para aquellos admirables semejantes nuestros que murieron oyendo las notas de un vals, satisfechos de haber cumplido su deber de salvar a las mujeres y a los niños. Hubo, sí, loas escritas y muchas lágrimas tembladoras en los ojos de quienes las leímos. Entonces, aún no nos había insensibilizado esta terrible catástrofe de Europa ni padecíamos la aletargadora borrachera de la sangre. Alemania afilaba en silencio sus espadas y nutría sabiamente esas pequeñas bombas que habrían después de hacer una planicie sangrienta de la hermosa nación de Alberto I y un movedizo cementerio de las aguas de los mares. Alemania se aprestaba a convertir en yermo todo el campo en que pisaran sus soldados y preparaba, sin saberlo, el yermo pequeño de nuestros corazones.

N. Hernández Luquero

De *El Globo*, de Madrid. 12 mayo 1915 - N.º 13.609

Publicado también en *El Pueblo* de Valencia. 16 mayo 1915 - N.º 8.440

TRISTEZA DE LA CIUDAD

Se escriben estos renglones en la tabla de mármol de una mesa de café. Fuera llueve incesantemente, monótonamente, como ayer, como anteayer, como hace dos meses, como hace tres meses...

La tristeza del invierno ciudadano se acentúa más y más en esta atmósfera viciada y azul de la sala amplia. A través de los cristales se ve pasar a los transeúntes, cabizbajos, malhumorados, chorreando los paraguas con llanto gélido que el viento pugna por meter en las caras hoscas.

Los desamparados golfillos que llenan las calles a todas horas, los mendigos innumerables, llevan los pies descalzos y ateridos, las facies como llenas de angustia y el cuerpo tiritando. Alguno traspone la mampara, alza el rojo cortinón y suplica desde la puerta una limosna, sin atreverse a entrar. No tardará en despedirle un camarero.

La calle, un fangal en los trechos desempedrados y una superficie resbaladiza y brillante en los trozos solados de asfalto.

Comienzan a parpadear los primeros focos y en su torno finge la lluvia un cendal plateado y difuso.

Ahora es cuando, al decir de un ilustre cronista, "Madrid se disfraza de ciudad fastuosa".

A esta hora y otro día, quizá. Hoy, no. Hoy es Madrid un poema urbano de tristeza lacerante que oprime un poco el corazón.

Hace unos días leíamos en *Ensayos*, de Miguel de Unamuno, cierto trabajo escrito hace 15 años y referente a la tristeza de la Corte. ¡Qué fuerza de verdad, que un honrado sincerismo que no allanase a la rutina de la dorada leyenda de regocijo lacerante, de constante alegría de Madrid!

No tiene aquí, en efecto, el espíritu de serenidad que en la provincia. No goza tampoco el individuo en la Corte de esta tan cacareada independencia: el ambiente nos acaricia al principio, nos engaña, nos apresa y nos seduce. "De mí sé decir que en la Corte no sé defenderme de mí mismo —escribía en 1902 el fuerte y sabio vasco—, cada noche me retiro en Madrid a mi alojamiento proponiéndome no volver a tal o cual círculo a oír estas o las otras simplezas o ingeniosidades —esas de siempre—, las que se sabe ya uno de memoria y sin embargo al día siguiente, salgo y me llevan allá las piernas, mejor dicho, me lleva ya la sollicitación del ámbito".

Sí, es eso, se pierde en la gran urbe mucho del tesoro de la voluntad; se anula mucha energía; se diluye estérilmente mucho vigor. ¡Y no digamos del fracaso de la ilusión, del brusco choque con la realidad de los espíritus deslumbrados por el espejismo de la gloria! De esto no hemos de hablar.

¡Tristeza ciudadana! ¡Melancolía de una vida falsamente gozosa! Dolorosa monotonía del tiempo, donde todo en instantes nos es hostil, ingrato y zurdo! ¡Cómo contribuir a hacer amar la mansa y suave

vida de provincia que un día abandonamos, quizá un poco desdeñosamente!

Vamos a firmar estas cuartillas. Fuera sigue lloviendo, como ayer, como anteayer, como hace unas semanas, como hace unos meses...

Se piensa en que Verlaine pudiera escribir su languideciente y dolorosa rima en un estado de ánimo parecido al nuestro:

*Llueve en mi corazón
como llueve en la ciudad.*

Nicasio Hernández Luquero
En *Heraldo Nacional*. 14 febrero 1917

EL POETA OLVIDADO

Días pasados, el lunes 11, se cumplieron noventa y tres años del natalicio de un glorioso arevalense: Eulogio Florentino Sanz.

No son, en verdad, con la memoria del escritor insigne, muy cariñosos sus paisanos, ni los que manejan la péñola en esos predios amados suelen tener prontas a resbalar de sus puntos evocaciones devotas, ni glosas admirativas. No recuerdo que ese nombre preclaro haya sido escrito en letras de molde en ese pueblo de Arévalo, sino por los que componíamos la romántica redacción de *El Despertar*, hará unos once años, y por el difunto D. Florencio Zarza, que en tanto tuvo siempre el recuerdo del vate.

Nosotros dedicamos un número del periodiquito de referencia, al autor de la *Epístola a Pedro*, y me es grato rememorar aquí los días que precedieron a la confección de aquel ramillete fragante de ingenuidades santas y de fervores sentidos.

Angel Macías se dirigió en sendas cartas a varios de los escritores vivientes a la sazón, y que hubieron tratado a Florentino, y como no le contestaran, o los más lo hicieran sin remitirle unas cuartillas oportunistas, el incansable guerrillero de todas las rosadas utopías renegaba pintorescamente.

En el extraordinario, nuestras evocativas literaturas, llenas de trémula admiración, vieron la luz al lado de un pseudo-retrato del poeta. ¿De dónde copiaría Pérez Serrano, el llorado Félix, aquella faz extraña, que nunca pudo ser representación exacta de la de Florentino? ¿Quién le facilitó el falso original? No sé; ello es que el error no quedó circunscrito al radio de pequeña difusión en que se envolvía el modesto semanario, sino que el dibujo se asomó a las columnas de un diario de Madrid y encabezó una edición económica del *Don Francisco de Quevedo*, publicada por *La Comedia Semanal*, y para la que el propio Pérez Serrano urdió una breve nota encabezadora.

Séale perdonada al buen Félix la pequeña mixtificación iconográfica, en gracia a su buen deseo, ya que él sería el primer sorprendido en su fe infantil, llena de vehementes y cálidos entusiasmos.

En Madrid ha glosado galanamente la figura y la obra del poeta el sugestivo Emilio Carrere, y Pedro de Répide ha deslizado su nombre en varias de sus bellas crónicas madrileñas; pero quien quizá haya ahondado más en el espíritu elegante del ilustre arevalense, entre los escritores jóvenes, es —sin temor a incurrir en yerro— el cultísimo Díez Canedo, que oportunamente señaló los precedentes florentinianos en ciertas poesías de Gustavo Adolfo Bécquer, publicadas en *El Museo Universal*.

Es de ayer este escritor en cuyo recuerdo se urden estas líneas, y se dijera que duerme en la muerte hace muchos siglos, o que su nombre no irradiara una luz de prestigiosas azulosidades.

Arévalo le tiene en un lamentable olvido, sintomático de nuestro carácter, y revelador de un espíritu colectivo sólo muy someramente sensible a las emociones de Arte.

Juraría que ahí no han leído sus producciones —una sola de sus producciones— diez personas entre las letradas, y que del pueblo sería perfectamente desconocido sin la afortunada, aunque tardía, iniciativa de poner su nombre en el tejuelo de una de las calles de aquel que le vio nacer.

Tampoco tuvo suerte con sus panegiristas, pues el académico señor Casto y Serrano, que habló de él en la sesión celebrada para recibir en la Española a D. José María Fabié, henchido de la más honrada devoción hacia el poeta de “El color de los ojos”, indudablemente, co-

metió todo género de desmanes sintácticos en los juicios que le sugirió nuestro paisano; juicios que son, por otra parte, una de las pocas fuentes donde nos es dado beber a los devotos de su nombre, de su estro y de su obra.

¡Malaventurado soñador, flor castellana de altivez y escepticismo, séate leve el inconsciente desvío de quienes debieran amarte, aunque como discreto que fuiste ya le tendrías incluido, de antemano, entre las cosas descontadas...!

N. Hernández Luquero

Madrid, marzo 1918.

De *La Región*. Areválo, 17 marzo 1918

UN CRUZADO DEL IDEAL

Hace mucho tiempo que, a través de la letra impresa, venía interesándome la personalidad rebelde de Alberto Ghirardo.

Bonafoux, el anarquista sentimental, que ha sonreído con simpatía inexplicable a las negras hazañas del militarismo de Guillermo II, había dedicado algunos párrafos cariñosos a la obra propagandista del indisciplinado escritor del Plata.

Un día vi en una tienda de libros usados un ejemplar de *Triunfos nuevos*. Le compré y le leí con singular deleite. Alberto Ghirardo, por cima de su estilo limpio y libre de las melosidades y extravagancias de otros rimadores de allende el Océano, tenía una fibra latente que tremaba a un noble compás de protesta contra el privilegio, contra la injusticia y contra las crueldades legisladas.

Había un aire sano de puras indignaciones pasando a través de aquellas estrofas, llenas de amor a los tristes, a los injustamente preteridos; había un gesto duro para todos los vejámenes dictados por los directores, y un insulto santo para todos los privilegios; había canciones de amor para los humildes, para los apóstoles decididos de todas las nuevas rosadas... Había una loa en sonetos para el alma de santa de Luisa Michel.

Un día leí no sé dónde que Ghiraldo había venido a Madrid, y no mucho después deduje su perfil suavemente triste de soñador de todas las bellas utopías, entre los que integraban un nutrido grupo de artistas. Ya había visto antes su retrato en una revista ilustrada.

Hoy un poeta joven, de elegante estro y de forma noble y española, Juan González Olmedilla, me ha presentado al soñador argentino. Soñador y luchador. De soñador de todos los credos del futuro es su libro *El peregrino curioso*, recientemente aparecido. De luchador es la empresa que en la actualidad ocupa sus horas. Alberto Ghiraldo quiere dar vida en este Madrid frívolo y superficial, pero noble y bueno, a un periódico que ya dirigió en Buenos Aires: la revista *Ideas y figuras*.

No sé si sus gestiones, llenas de fe y de entusiasmo, se verán coronadas de éxito y el público acogerá con amor la revista en ciernes ("En ciernes", señor Valbuena). Lo que sé, y es de lo que casi preferentemente iba a decir en estos renglones, es que *El peregrino curioso* es un libro excepcional en este tiempo de cobardes adaptaciones, de flexibilidad de espinazo al convencionalismo y de eunuquismo intelectual.

Alberto Ghiraldo elogia sin cejilla la obra de Francisco Ferrer. ¿Quién, ni los que se llaman comulgantes de los credos laicos, se atreve hoy al panegírico entusiasta? ¿Quién, si los mismos unidos el sacrificado de 1909 por el nexo de las ideas afines, dieron por bueno el marchamo de mediocre que hubo de asignarle cualquier desenvuelto definidor de los que aquí nos usamos para ornato de nuestras columnas periodísticas?

En el libro de Ghiraldo se reseñan, con pocos comentarios, todos los incidentes de la vida nacional de estos últimos agitados meses de huelgas, de inquietud, de hambre y de insensatas pasividades ante los terribles acaecimientos de fuera de fronteras y de los no minúsculos del solar de nuestros dolores y de nuestros cariños.

He dicho que el libro no abunda en comentarios. ¿Es que los hechos reseñados les necesitan por ventura?

Alberto Ghiraldo ha venido no ha mucho de la República Argentina —creo que dije ya—. Vendría, como buen nieto de la "augusta abuela" España, y a sonreír en su noble regazo. Y ha tenido que lle-

narse forzosamente sus ojos claros, hechos a las exuberancias vegetales, jugosas y lujuriantes de la Pampa, con las visiones fatídicas de un año español triste, lleno de negruras y de hosca cerrazón de horizontes.

Por esto quizá, Ghiraldo, además de *El peregrino curioso*, ha tenido que componer un librito titulado *Cuentos de la angustia*.

N. Hernández Luquero
De *El País*. 26 abril 1918

DE LA BOHEMIA DEL POETA BARRANTES

Un buen amigo de ayer, de la época rosa de nuestros felices romanticismos, me alarga la revista admirable y me señala una firma.

He dejado la copa y he puesto mis ojos en el nombre: "Pedro Barrantes". Ante estas palabras hay una crucecilla. ¡Quién se acuerda ya de aquella vida de fervor por los ideales rojos, por la poesía y por el arte, derrotada y maltrecha! Se dijera que el poeta murió hace décadas, que fuera un hombre de tiempos pasados, pasados...

Y, sin embargo, el triste vencido, el soñador débil para la tentación de la vida fácil, del alcohol y de las peligrosas impresiones, no hace aún media docena de años que sonaba su esqueleto largo, apenas tapado por una piel curtida y magra, por las calles cercanas a la redacción de *El País*.

Pedro Barrantes, como Alejandro Sawa, como Dicenta, como Manuel Paso, ofrendaba con perniciosa frecuencia en el ara debilitante del desorden, y su numen robusto, vigoroso y fluido se resintió en sus tratos asiduos con el alma, levemente azulada, de las bebidas gratas y asesinas.

Recién llegado a Madrid, conocí al poeta de *Anatemas* en la redacción de *La Lucha*, que por entonces dirigía Eduardo Zamacois. Derrumbado sobre la mesa, embutido en un estrecho impermeable polvoriento y lardoso, que no podía quitarse porque no llevaba americana, recitaba, borracho, las musicales décimas de una escena del Tenorio.

Se ayudaba en su existencia triste con el producto de sus versos y narraciones, y aún no había hipotecado su libertad poniéndola, por un corto paquete de calderilla, a disposición de jueces y carceleros, como responsable inconsciente de delitos ajenos penados por la Ley de Imprenta. Alimentaba una decidida inclinación por la poesía macabra, y por sus estrofas pasaban sepultureros que imprecaban a los cadáveres de las amadas, y se decían en sus poemas emociones de una noche de amor en la estancia donde hubo de cometerse un crimen espantoso...

Y su traza y extraño modo de caminar en sus horas de embriaguez, parecían rimar en cierto modo con sus gustos de un satanismo literario algo inocente de puro artificial.

Pedro Barrantes era un espectáculo doloroso en las altas horas de la noche, cuando, por ejemplo, abandonaba una taberna muy frecuentada por él y sita en la calle de San Bernardo. Con movimientos de polichinela desarticulado, segaba la acera, rígido, pálido y espectral, avanzando de un modo peculiarísimo su mentón audaz y prognático.

Sin rumbo, como atraído por el peligro, le he visto precipitarse contra un tranvía, que hubo de frenar para no atropellarle, y otras veces, tras una noche borrascosa de alcohol y terrible insomnio, le he contemplado sin fuerzas, desecho, casi muerta su mirada vivaz, recibir el beso del sol, como un consuelo, en la calle de Alberto Aguilera.

Y este hombre tuvo, no obstante, un temporal resurgimiento. Fue una época en que halló en su camino una mujer, pasional preocupación suya de otro tiempo más feliz, y a la que legalmente unió su miseria y su cariño... Un escritor admirable, de talento y reflexión, nada desdeñoso tampoco para la caricia falsa de la musa que vive en el fondo de las copas y los toneles, mi amigo Edmundo González-Blanco, me habló de aquellos días venturosos de Barrantes.

Yo llegué a verle por las calles, aseado y con mejor prestancia. No sé si cuando la Muerte le hizo la visita que todos esperamos, podría recibirla en un hogar limpio, y ni si sus párpados tendrían el consuelo de ser cerrados por la mano blanda y suave de la mujer que volvió a encontrar en el camino...

¡Pobre Barrantes...! Su vida de rimador y de bohemio apenas si ha sido glosada algo burlescamente en la prosa gentil de Emilio Carrere.

Fue un poeta y un soñador. De su modalidad de rebelde, de inadaptable, podrán dar una idea estas paradójicas palabras con que está ilustrada su silueta de hombre enemigo del orden, en uno de los libros policíacos donde figuraba su ficha antropométrica: "Arenga el populo en las tabernas, excitándole al regicido y a la matanza. No se le cree peligroso".

N. Hernández Luquero

Nuevo Mundo. 8 noviembre 1913

COMO NO ESCRIBO MIS ARTICULOS

El amable dardo irónico de un buen compañero mío se clavó una vez en mi natural perezoso, con esta ingeniosidad:

— Tú, amigo Luquero, deberías escribir el poema de la inacción.

Y de muy buena gana lo hubiera escrito si ello no exigiera... tener que escribirlo.

El admirable Julio Camba ha podido decirnos cómo compone sus artículos. Dice que se mete en su cuarto por las tardes, provisto de unas cuartillas y que de allí, haciendo esfuerzos, sale, indefectiblemente, uno de esos trabajos periodísticos suyos de tan sutil y personal encanto.

Yo también me meto en mi cuarto casi todos los días dispuesto a escribir un cuento, una crónica o un soneto. Y al efecto, traigo ya de la calle el asunto casi redondo, planeado el desarrollo y semidescontadas las dimensiones del trabajo, sobre todo si se trata del soneto. Ya en la absoluta soledad de mi habitación, cierro las contraventanas para amortiguar los ruidos del exterior, enciendo la luz y comienzo a pasearme nerviosamente. El tema que se me ha ocurrido en la calle, cada vez me parece mejor, de más oportunidad, más simpático. Mentalmente tengo casi contruidos los períodos, cinceladas las estrofas, "visto" con claridad el final. No hay sino empuñar la pluma. Y, en efecto, voy a empuñarla. Pero no la empuño.

Mis cuartos de fonda siempre me han parecido molestos, mal orientados y nada a propósito para la meditación y el sosiego, y con-

secuente con esta duradera obsesión, al ir a dar forma escrita a mis modestas ideas, me parecen siempre detestables. Paralelamente a este sentimiento que me hace pensar en habitaciones de sol, amplias y con horizontes dilatados, comienzo a encontrar menos ingrata la cancioncilla de moda que entona la hija del alcalde de barrio, mi vecina, y que llega a mí a pesar de mis precauciones.

El súbito hallazgo me distrae gratamente unos minutos y aplazo el comienzo del artículo o de la poesía para media hora más tarde. Sin embargo, he dado el paso importante de tomar la pluma, que se me ha secado ya una vez.

Julio Camba coge un sombrero, una finca rústica, un lago poético, estufa de cok, las obras de Tolstoy, y con esos elementos urde una columna de prosa que siempre le sale bien aunque él por modestia no lo diga.

Yo cojo cualquiera de esas cosas, y lo primero que se me ocurre es que voy a escribir una tontería, desflorada ya de antemano por algún querido compañero de letras. Y el temor me hace vacilar, porque, ¿qué será lo que aún permanezca inédito a estas fechas? ¿Qué emoción, qué tema, no habrá hecho vibrar gloriosa y fecundamente a algún cerebro privilegiado...?

Ya he dicho que yo suelo enamorarme de los asuntos que se me ocurren, y que los paseo por la habitación de mi casa de huéspedes como podría pasear a una novia por los altos del Hipódromo. Pero luego mi innata modestia me aconseja creer que pueden no ser un asombro de originalidad, o hallarse admirablemente diluidos en la linfa clara de esos autores poco conocidos en España y donde suelen ir a beber nuestros más ilustres hombres de letras. Y sería horrible ser tachado de plagiarlo aquí donde esa acusación sólo ha caído severamente sobre don Ramón del Valle-Inclán.

Por esto, sin duda, y no por la abulia que tanto me reprochan mis conocimientos, es por lo que muchas o casi todas las veces, después de mojar la pluma y dejarla secarse sucesivamente, vuelvo a mojarla, abro de nuevo las contraventanas, apago la luz eléctrica y comienzo a poner en orden los libros de un estante, a repetir la canción de las vecinas o a cepillar concienzudamente mi flexible.

Hoy he querido sobreponerme a ese temor que suele atenazarme las manos, para confeccionar un artículo que me pide mi culto amigo González Rigabert, con destino a *Vida Moderna*, y tampoco lo he conseguido.

Apenas si, a diferencia del delicioso Camba, que ha podido contar cómo escribe sus artículos, he podido yo dar una idea de cómo no escribo los míos, con alguna sinceridad.

¡Y cuidado si la cosa se prestaba a presumir de meridional y a la exhumación oportuna de aquello de:

*Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...*

del gran poeta moderno!

N. Hernández Luquero

Publicado en *Heraldo de Zamora*. 21 junio 1922

DE UNA EXCURSION A GREDOS

El Morezón, Portilla Bermeja, Risco Moreno; Los Galayos, Cervejón, Almeal de Pablo... Estos nombres tan poco familiares a las memorias españolas, son los de algunas abruptas eminencias de la maravillosa crestería de Gredos, tan soberbia, tan bella y tan escasamente conocida.

Se diría que este hermoso ramal de la Carpetovetónica, extendía su áspera silueta a una distancia insalvable del Madrid de los turistas y de los amantes de la Naturaleza en todo su salvaje esplendor, o que su acceso fuera poco menos que imposible. Y no es así, ello, ciertamente.

Sin un considerable esfuerzo, y por bastante menos dinero del que nos costaría tal cual moderada noche "Montmurtresa" en el Palace Hotel, o una contrabarrera de abono, en determinados casos, podremos hallarnos ante el espectáculo emocionante de los neveros perpetuos de la famosa laguna y de la plazoleta de Almanzor. La rela-

tiva incomodidad de pasar cuatro horas escasas en un automóvil de línea —el de Avila a Arenas de San Pedro, que os deja en la Venta del Obispo, en pleno puerto de Menga-Muñoz— está muy sobradamente compensada por las gratísimas impresiones que recibe el viajero. Desde esta admirable venta, llena de un intenso aroma de ayer, se va en un cochecito hasta Hoyos del Espino, que es donde tiene su central la Sociedad de turismo Gredos-Tormes.

Hoyos del Espino es un pueblecito riscoso, tendido sobre una ladera del Tormes y rodeado de una tupida vegetación de pinos albares. Desde cualquier de su encuestadas callejas se divisa una gran estación verde de mil tonos, dividida caprichosamente en bancales de regadío y la placidez silenciosa de su humilde caserío descansa a la sombra de la colosal osamenta negra formada por la sucesión de cimas y cabezos, de empinados roquedos y de agujas bravas, en cuyo torno enreda sus vedijas desmelenadas la niebla blancuzca. Es un paisaje de la provincia de Avila insospechable para los de la idea cerrada y rectilínea de que Castilla es un erial seco y polvoriento, bueno para urdir sonetos sin vida en cualquier cenáculo madrileño, o por la reflexión de que sí puede prestar sobradamente la intensa poesía de Manuel Machado:

*El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas.*

.....
*¡El ciego sol, la sed y la fatiga!
Por la terrible estepa castellana...*

etcétera.

Desde Hoyos del Espino se hace con comodidad la ascensión a los ingentes picos serranos, puede visitarse la laguna y volver a pernoctar al pueblecillo.

El autor de estas líneas es un hombre de llanura, nada “entrenado” en empresas de turismo, en marchas ásperas y en resistencias portentosas. Y, no obstante, realizó con toda comodidad el viaje de la Comisaría de Turismo hasta el famoso circo de Gredos.

Un caballejo serrano aparejado por el guía, que no ha de abandonarnos hasta el fin de vuestro itinerario, os deja en una altura —pasada la pradera de las Pozas— desde donde la laguna parece un mengua-

do charco. El panorama que allí se os ofrece es de una grandiosidad que sobrecoge. “Toda aquella crestería —dice el autorizado *montañero* José Fernández Zabala— semeja una triunfante catedral gótica con agujas que admiran por su equilibrio; torres de portentosa idealidad; estatuas, grifos y gárgolas de prodigiosa filigrana... una hermosa sinfonía de piedra que, como gigante, domina la quietud y el silencio secular de la austera meseta de Castilla la brava.

En efecto; los elementos de paisaje que la integran son tan diversos, tan bellos, que con haber caminado cuatro horas por entre montañas que son un impagable regalo de los ojos, se comprende el cuidado de los guías clásicos que os mandan cerrarlos unos minutos para que súbitamente os hiera de emoción el sorprendente y prodigioso cambio. Estáis ante el circo de Gredos; avizoráis el Morezón, con sus 2.400 metros de altura, a la izquierda; más a la derecha el Cuchillar de la Ventana, y tras él la triple cresta de los Hermanitos. Completan el sistema en este trozo el Cuchillar de las Navajas, el Almeal de Pablo, Risco Moreno, Cerro de los Huertos y otros picos principales, y, sobresaliendo de todos, la ingencia bravísima del Almanzor, el más culminante de los peñascales de la sierra —2.600 metros sobre el mar—, y desde donde se dominan varias provincias españolas, la sierra de Francia y la de la Estrella de Portugal.

Bajo el cielo azul y límpido de una mañana de este último agosto, tuvo ante sí esta maravilla el autor de estos renglones. Los neveros, deslumbrantes bajo un sol sin rigor en aquella altura, tenían un grueso de cuatro a seis metros en las gargantas de las laderas y formaban bóvedas fantásticas de alabeada techumbre por el natural deshielo, interrumpido durante muchas horas del día. Bajo ellas permanecimos unos minutos, y bebimos leche, ofrecida por los pastores al uso de la égloga. El silencio y la serenidad del paisaje eran inmensos, religiosos. Unas horas en este medio templán y sedan el espíritu prodigiosamente. Pasadas muy a su placer, como no entraba en sus cálculos prolongar la excursión hasta el Almanzor esta vez, el autor de esta somera reseña volvió a Hoyos, tras cuatro horas y media de cabalgada, a las nueve de la noche.

He hablado al principio de la poca atención que merece esta sierra de los turistas españoles. Esta inexplicable indiferencia contras-

ta, no obstante, con el entusiasmo propagandista de unos cuantos nombres enamorados del turismo, del paisaje y de la belleza, paladines que merecen bien de cuantos espíritus sientan el santo prurito de una emoción pura, serena e inefable.

Son estos entre otros, los señores don Justo Muñoz, comisario de la Sociedad Gredos-Tormes; don Hilario Tames y don Juan González, de Hoyos del Espino, y aquí, en Madrid, don Angel Cabrera, autor de interesantes trabajos sobre la cabra montés de Gredos; el notable periodista de deportes antes citado en este artículo, el señor Amezáa, y don Ramón González, delegado en la Corte de la Sociedad Gredos-Tormes, admirable "dilettanti" de la fotografía y autor de las que ilustran estos apuntes.

N. Hernández Luquero

De La Nación. Madrid, 13 marzo 1918 - N.º 498

(Fotos: Ramón González)

UN PUEBLECITO DE LA SIERRA: HOYOS DEL ESPINO

La reciente excursión regia a la admirable y soberbia Sierra de Gredos, donde D. Alfonso ha permanecido varios días, presta una grata actualidad a este pueblecito encantador, tendido en la más hermosa ladera del Tormes y rodeado de una tupida vegetación de pinos albares.

En él está instalada la central de turismo Gredos-Tormes, y de él han hecho, como ahora el Monarca, punto de partida para la interesante ascensión, cuantos enamorados de las bellezas naturales de España han querido gozar del soberano espectáculo, de intensa pujanza y bravía grandiosidad que ofrece el conjunto de riscos audaces —Portilla, Bermeja, Morezón, El Casquezazo, Almeal de Pablo, etc.— que integran la maravillosa crestería conocida con el nombre de Circo de Gredos.

Hoyos del Espino se tiende en la margen izquierda del Tormes, y tiene una altura de 1.584 metros sobre el nivel del mar. Lleva hasta el

precioso pueblecito un camino divergente de la carretera de Avila a Arenas de San Pedro, que arranca de la Venta del Obispo, interesante hostel en pleno puerto de Menga-Muñoz, lleno de un intenso aroma de ayer, con su hogar enorme de amplia campa humera, rematada al exterior en un esquilón, que se tañe en los anocheceres invernales para oriente y guía de los pastores perdidos en la nieve. En esta venta hizo un descanso el Rey de España, con motivo de una anterior cacería a Gredos, el día 6 de julio de 1911.

Desde cualquiera de las encuestadas callejas de Hoyos se divisa una gran extensión verde de mil tonos, dividida caprichosamente en bancales de riego, y la placidez silenciosa de su humilde caserío descansa a la sombra de la colosal osamenta negra, formada por la sucesión de cimas y cabezos, de empinados roquedos y de agujas bravas, en cuyo torno enreda sus vedijas desmelenadas la niebla blancuzca.

Es un paraje de la provincia de Avila, insospechable para los de la idea cerrada y rectilínea de que Castilla es un erial seco y polvoriento, bueno para urdir sonetos sin vida en cualquier cenáculo madrileño o con la refleja que de sí puede prestar sobradamente el estilo intenso, fuerte y preciso del poeta Manuel Machado.

Partiendo de Hoyos se hace con comidad la ascensión a los ingentes picachos serranos. Dentro del mismo día, volviendo a pernoctar al pueblecillo, puede visitarse la Laguna Grande, a 2.060 metros, desde donde avizorar el Morezón, Cuchillar de la Ventana, la triple cresta de los Hermanitos y el Almanzor, el más culminante de los peñascos de Gredos —2.260 metros—, y desde donde se dominan varias provincias españolas, la Sierra de Francia y la de la Estrella, de Portugal.

Si la curiosidad de los turistas españoles se viera más acuciada por el anhelo de visitar este hermoso ramal de la Carpeto-Vetónica, el delicioso Hoyos del Espino sería un pueblo de tanta fama como muchos pequeños de nuestras costas, que no le sobrepujan en especial encanto y agreste belleza.

Y lo sería si cuantos aman el paisaje y la fuerte emoción de la Naturaleza brava, maravillosamente virgen, pusiesen en la empresa de inclinar el turismo hacia los riscos de Gredos el mismo entusiasmo de unos cuantos hombres de buena voluntad, que merecen bien de

cuantos sientan el santo prurito de una emoción pura, serena e inefable. Me refiero entre otros, a los Sres. D. Justo Muñoz, D. Hilario Tarnés Oña y D. Juan González, vecinos del pueblo que nos ocupa y fundadores de la Sociedad Gredos-Tormes, de que hablé al principio de estas líneas, los cuales, ayudados desde Madrid por los Sres. Amézúa, D. Angel Cabrera, Fernández Zabala y D. Ramón González, delegado en la Corte de la entidad citada, han sido los verdaderos paladines de esta noble cruzada por la atracción del turismo a la más bella y característica de las sierras españolas.

N. Hernández Luquero

De Blanco y Negro - N.º 1.475. 24 agosto 1919

EL AMABLE LIBRO VIEJO

Desde hace unos cuantos días extiendense ante las verjas herumbrosas del Jardín Botánico, los habituales tenderetes de libros viejos, que son un grata escuela de otoño de Madrid. Yo ya he ido a recorrer las simpáticas barracas, cediendo a la fuerza de una costumbre tiránica, dominadora, del lector impenitente que hay en mí.

El vicio del libro es una cosa más fuerte que nosotros, arrastrante, arrolladora y no barata. Creo que tenía mucha razón Laurent Tailhade cuando escribió que, con el de la anarquía, es el más caro que puede domeñar al hombre. ¡Pero y el suave encanto de revolver los infolios, de hojear las amarillas revistas, de examinar, una por una, las láminas venerables!

Junto a los puestecillos frágiles de ripia y arpillera, ante los derrengados mostradores que son tres tablas apoyadas en viejos caballetes, todo un mundo pintoresco de eruditos, bibliófilos, bibliómanos, presbíteros y escritores —sombreros absurdos, pantalones raídos, ojos cansados, sotanas pardas— pulula y se encorva en los gratos atardeceres dorados, bajo la copa de los árboles de verdes ya un poco desvaídos.

Hay, frente a los queridos volúmenes, muchos cándidos entusiasmos de lector que busca una emoción callada entre las hojas de este librejo de gualda cubierta y canto roído por la polilla; muchos semblantes jovialecidos por la inefable satisfacción de acariciar un ejemplar raro, acechado largo tiempo, y el malicioso prurito, que se confiesa a un compañero de monomanía —entre una sonrisa algo inocente— de jactarse con la íntima convicción de haber hallado “una ganga”.

¡Ingenua, simpática y fácil psicología del sincero amante del “bouquin”! “Azorín” la comprende porque es un incansable mero-deador de estos puestos de la feria otoñal y porque ha sido de los más afortunados amigos del libro viejo. Sin estos impagables paseos sinuosos de la dulce emoción de que digo, no se hubieran escrito las bellas, sentadas, apacibles páginas de *Un pueblecito*, ni hubiéramos tenido ocasión de saborear placenteramente la noble prosa de Don Dionisio Galavis y Nidos, el lontano y culto párroco de la iglesia de San Martín, de Arévalo, y más luego de una de Riofrío, de Avila.

También Pío Baroja debe buenas horas a los libros viejos, y es frecuentísimo verle en las barracas de la calle de San Bernardo, en las lóbregas tiendas de la de Jacometrezo y en una humildísima que no suele ser permanente, de la calle de Tudescos, esquina a la travesía de Moriana. Hoy, lejos de Madrid, en su casa de Vera del Bidasoa, quizá añore los puestos otoñales del Botánico, con los que tan bien armoniza su traza horrosa, humilde y un poco descuidada. Yo noto su falta estos días que visito la feria, y veo a los habitantes de este mercado, afectísimo a nuestros fervores por el libro viejo: a Román Salamero, a Luis Bello, a Germán Gómez de la Mata, a Oteyza, a Zozaya, a José A. Luengo, a Alfredo Crespo, al querido Gómez de la Serna.

Así como, según el autor de *El mayorazgo de Labraz*, hay lectores buenos y malos: los cachazudos, los sin paciencia, también da margen a muy curiosas variedades de comprador la afición al libro viejo. Ramón Gómez de la Serna persigue acuciosamente todo infolio que se refiera a la vida de Madrid en el siglo pasado, y así se le ve caminar bajo el peso de unos imponentes volúmenes, ilustrados con frecuencia por el grabado en madera, que luego examina lleno de amor en el vecino café de Oriente.

Díez Canedo tiene una experiencia completa de las librerías de viejo y de estos tenduchos de la feria, y difícilmente se le escapa nada interesante; ha conseguido reunir la biblioteca más nutrida en revistas inspiradas por el renacimiento literario que se inició a raíz del desastre colonial; baste saber que posee todas las fundadas por el eminente Villaespesa y una lista de las que dejó por fundar.

Constantino Román Salamero, el inveterado comprador, es un ecléctico en la materia; el mismo día adquiere un Tratado de obstetricia del siglo XVI, una tabla de logaritmos y *El Discreto*, de Gracián.

Gómez de la Mata busca obras francesas de autores modernos y se le dibuja una sonrisa de triunfo si consigue adquirirlas encuadradas en tela. Llegaría al paroxismo de la felicidad si las lograra a precios más baratos que José Luengo, un frecuente compañero de excursión por librerías y tenderetes; pero semejante anhelo bordea los límites de ensueño de la más rosada utopía.

Más tipos curiosos ofrece la clase de amantes del libro viejo; pero renunciamos a su análisis.

Basten estas líneas para saludar la aparición de las amables tiendecillas a la fila de las verjas del Botánico.

¡Oh gratas, amables barracas de la feria de otoño! ¡Tenéis el suave y caricioso encanto de lo que vela, de lo que relata u oculta una emoción agradable! Con vuestra humildad, con vuestra destartalada presencia, tan pobres, tan desaseadas, atraéis a los buenos, a los sabios, a los estudiosos, a los poetas y a las mujeres soñadoras.

No es triste ni bajo vuestro sino.

Nicasio Hernández Luquero

De Heraldo de Madrid. 12 octubre 1919

EL POETA CAMPESINO: JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

Hubo un día de enero de 1905 —precisamente el que la fe consagra al bello poema ortodoxo de los Reyes Magos— en que un pueblecito humilde, perdido en tierra extremeña, cerca de las tristes Hurdes

—El Guijo de Granadilla— lloró las fecundas lágrimas de una pena nobilísima sobre el cuerpo frío de un hombre excepcional. A la aldehuela dicha, señaló el Destino para recibir el último aliento de José María Gabriel y Galán, el sereno poeta de los llanos.

No hubiera pedido su espíritu, enamorado de las serias perspectivas, de las soberanas puestas de sol, de los alabeados lienzos de tierra labrantía, sudario más grato y más amado para su cárcel de carne. José María Gabriel, castellano de Frades, provincia de Salamanca, hijo de padres labradores, igualó en su amor y en su sentimiento de poeta natural, la tierra de Castilla madre —pardo y grave sayal de franciscano— con la encendida Extremadura, solar de conquistadores.

Oriundos de Cáceres algunos de sus abuelos, salmantino su padre. Gabriel y Galán bebió el amor a la llanura, a su espíritu y a sus gentes desde la cuna labradora. Por eso sería difícil hallar una diferencia de pasión, de cordial entusiasmo por cosas y almas de las dos regiones cuando se comparan las poesías de *Castellanas*, con las poesías de *Extremeñas*. Es esto algo que habla muy elocuentemente de la ecuanimidad mental del inspirado cantor de *El ama*, del vigoroso y penetrante poeta de *El Embargo*.

A Gabriel y Galán le está olvidando, sin justicia, la juventud literaria de los días actuales. Proféticamente lo anunció la perspicacia de doña Emilia Pardo Bazán, al poco tiempo de extinguirse la vida sencilla del poeta. Porque fue la suya una vida de absoluta sencillez, llana y austera como los campos castellanos, que cantó magistralmente.

Gabriel y Galán ha sido sólo un poeta campesino. Ha sido, dicho más exactamente, el poeta campesino. No tenía inculcado, para su dicha, el amor a la estepa a través de los libros confeccionados junto a un choubersky o en el silencio frío de una biblioteca de Ateneo, sino que le ardía en las venas de su alma, porque era la llanura toda su vida y cantaba a la tierra nutriz de la besana, porque él, con la propia mano que escribió *Los pastores de mi abuelo*, había algunas veces oprimido la mancera. La vida al raso lo era todo para él. Lo dice en carta dirigida a un amigo suyo:

“Mis tareas del campo consumen casi todo mi tiempo. Como que ordinariamente salgo del pueblo muy de mañana y regreso a él por la

noche. Charlo por los codos con mis criados, les pregunto de lo divino y de lo humano; ellos me preguntan de todo; creen que yo no ignora nada; me respetan y sobre todo, me quieren. Mientras ellos trabajan es cuando escribo versos. Todos los hago en el campo, tumbado en el santo suelo, a la sombra de una encina... En mi casa, en la mesa de despacho, viendo delante plumas y chirimbolos, soy incapaz de escribir un aleluya".

Se ve aquí diáfananamente al labrador salamanquino, de posición media, que vigila a sus criados, que vive con ellos en una constante relación y que no hurta el cuerpo a cualquier labor manual.

*Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas rejas;
el suave rodar hacia los lados
de la mullida tierra;
el alentar pujante de los bueyes
de cuyos bezos charolados cuelgan
tenues hilos de baba transparente
que el manos andar no quiebra;
aquel pausado y firme
crujir de sus pezuñas gigantescas;
el crujir dormilón de las coyundas
que el yugo pulimentan;
un aliento de brisa, tan suave,
que apenas se menea;
un hondo y general rumor de vida
y un ruido sordo de pujante brega.*

¡Qué lejos este poeta de los portaliras urbanos de redacciones y cenáculos! ¡Qué fuera del cuadro que automáticamente nos fingimos para orlar un concurso de poetas de hoy o la personalidad aislada de alguno de ellos!

En un epistolario delicioso de ingenuidad y transparencia espiritual, que no hace mucho dio a la luz pública la admiración y el cariño fraterno de un amigo de su infancia, el poeta de *El Cristu Benditu* se queja de los seis o siete días que hubo de pasar en Madrid, mimado y honrado por escritores y periodistas, tras el resonante éxito de su poesía *El ama*, y dice que volvió al Guijo "más cansado que si hubiera estado segando trigo".

Y volvía dichoso a sus llanadas, abiertas a los cielos; a sus galgos y a sus ovejas, a su vida de libre y honda naturaleza, frente al libro nunca cerrado que supo leer tan provechosamente.

“¿Qué irá a buscar el poeta en las hojas de herbario de un Diccionario de Academia? ¿Hojas secas, bien clasificadas?”, se preguntaba Juan Maragall, el sensitivo exquisito que supo dolerse del dolor de *La vaca cega*, hablando del autor de *Campesinas*. “No —añadía—. El poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido”.

Allí fue, en efecto, Gabriel y Galán, para darnos luego la gracia fresca de su *Sibarita*; y allí buceó para sacar las estrofas espontáneas y donosas de *Varón*; allí nutrió el vigor y la delicadeza de su numen creador de *Las Repúblicas*, de *Las sementeras* y del estupendo poema titulado *El Embargo*.

Galán vino a la vida literaria muy poco después de iniciarse en la lírica española el renacimiento pujante impreso por Rubén Darío y secundado por Marquina, Villaespesa, Juan Ramón, los hermanos Machado, y en aquel coro de voces acordadas al ritmo nuevo de las tendencias traspirenaicas, de estrofas aromadas de algún perfume que Galán no conocía, su plectro castellanísimo ni se confundió con el de los nuevos cultivadores, ni ninguno de ellos pudo desdeñarle justamente. Porque por cima de las pasajeras formas, de los moldes mutables, está inmanente y eterna la esencia de la poesía y de la emoción que perdurará siempre en *El ama*, lo mismo que en *La Marcha triunfal*, igual en *Lo inagotable* que en el *Soneto a Margarita*.

La vida campesina de Galán, tan lejana a los choques y a las palpitaciones de la que se vive en las ciudades populosas, forjó favorablemente su manera; el aislamiento le favoreció, aunque restara universalidad a su poesía, que hubo de desenvolverse lejos de rozamientos y luchas sociales. Sin embargo, como era un hombre bueno, lleno de “un viejo sentido del deber”, que nunca será viejo, ya sintió en sus soledades queridas un honrado impulso rebelde cuando compuso *Mi vaquerillo*, y cuando elevó su voz trémula en favor de los

... miseros hermanos
de las montañas jurdanas.

Gabriel y Galán no era, por otra parte, lo que se llamó antaño un ingenio lego. Había cursado en Salamanca y en la Escuela del Magisterio de Madrid, y, como el desventurado Almafuerte, regentó escuelas públicas en Piedrahíta y Guijuelo, aunque, con más fortuna que el triste argentino no tuviera que envolverse, para dormir algo abrigado, en la bandera que izaba en el balcón del aula los días de fiesta oficial.

En Piedrahíta, en Guijuelo y en el pueblo donde murió, ejercía este poeta natural, de la estirpe de Fray Luis y de la hechura lírica de Mira de Amescua, un envidiable y simpático patriarcado, a pesar de su evidente juventud.

Días después de su muerte, el respeto y el cariño ciego que aquellos campesinos con quienes partió el pan de su casa y a quienes regaló el otro pan suave de su espíritu selecto, rondaron alerta y con armas el humilde cementerio aldeano, por temor a que el cadáver de su poeta fuese robado y trasladado a Salamanca...

* * *

Bien amado de los suyos fue el cantor de Castilla, sobre cuya tumba no estará mal un ramo silvestre de flores de rastrojo en este fúnebre aniversario.

N. Hernández Luquero

De Blanco y Negro. 9 enero 1921 - N.º 1.547

EL PASO DE LOS OPTIMISTAS

Son las diez de la noche. Habéis cenado. Hiela muy seriamente, y el suelo brilla como una lámina de estaño. Embozados hasta los ojos o con el cuello del gabán subido, corréis a vuestra tertulia del café, "a tomar un 19", a velar a un amigo enfermo o a jugar a la lotería de cartones en casa de una de vuestras cuñadas. Podría fallar, en el terreno de la hipótesis, quien dijera determinada y exactamente que os dirigís a uno de los sitios predichos; pero yo me aventuro a apostar que ván del café de Pardiñas, donde, posiblemente, se regala con la terfanda de lana el ala de vuestro flexible.

La vía pública os hostiliza con bravas caricias de ventisquero, y cada bocacalle es un puñal. Esta es la hora terrible para los príncipes de la Casualidad, para los magnates de la Pirueta, para los bizarros paladines del Azar, que de todos estos modos llama Emilio Carrere a los sablistas ilustrados. Esta es su hora terrible, porque hay muy pocas personas heroicas que se lancen a la calle, y con el vaho que empaña la superficie interior de los cristales de cafés y restaurantes, no pueden sus altezas advertir desde la calle qué amigo saborea el aromático mora, o quién se debate en un espasmo de voluptuosidad ante un "entrecôt" sangrante.

Vais como una flecha, pensando que en la Argentina andarán los ciudadanos en camiseta —¡qué cosa bárbara, che!—, y de repente os sorprende un rumor semiarmónico que se acerca. ¿Será posible? Os detenéis un instante y vuestro asombro se cuaja. Por la calle adyacente, rígidos, marciales, ceremoniosos, se acercan los individuos admirables de una estudiantina en avanzada gestación. Bracean rítmicamente, jacarandosamente, terciada al pecho una leve bufandilla, que en su día —¿tendrá necesidad, señores, de decir que se trata de los del Carnaval?— será substituída por una manta de bandido legendario. Vienen a cuerpo "gentílico" —que dice un ateneísta amigo mío—, y de sus bocas sale el aliento en sendos chorros algodónados. Estos maravillosos seres de excepción, campeones del más rosado optimismo, tórtolas candorosas del humor inofensivo y pintoresco, os han impresionado tan hondamente, que como si vuestra voluntad, hipotecada, obedeciera a la conminación tiránica del dedo de Onofreff, les seguís con decisión absoluta.

Perdida la voluntad, habéis ajustado el ritmo de vuestros pasos al de estos ciudadanos, que raspan alternativamente, y en dos tonos, la parte áspera de un rallador, y, sin notarlo, os halláis en la calle de la Peña de Francia. Como os ha tomado el vértigo de que va poseído el espíritu colectivo, ritualista de la estudiantina, no recordáis que os asaltó la idea de uniros a estos hombres singulares en lo alto de la calle de Fuencarral.

Habéis hecho paradas en seis tabernas de otros tantos distritos, donde solemnemente, religiosamente, sin mirarse unos a otros, tantos sin sonreirse, han entonado con una musiquilla hórrida, coplas

contra el Clero y alusivas al impuesto de inquilinato, y ahora os dirigís a cantar ante el balcón de la novia del primer rallador, que tiene su domiciliado en la calle de Torrijos.

Vais desalados, sin aliento, pero heridos ya en vuestro amor propio de seres bípedos. ¡Adelante!

Sin embargo, os faltan las fuerzas, decae vuestro ánimo, y a la una y media de la madrugada, impotentes para más, os tendéis en un diván del café de Paradiñas, donde, posiblemente, se regala con la tercera refacción nocturna el pulcro escritor Gómez de la Mata. La faccioncilla de valientes, el cortejo de los ilusionados, sigue su itinerario, inalterable de marcialidad, admirable de orden y simpático de estoicismo. El garboso cuarentón que la capitanea, sin perder el paso, digno, ritual, magnífico, se enjuga unas gotas de sudor...

Y a vosotros, que ya habéis pedido un café con media, os parecen comparados con estos peregrinos conciudadanos vuestros, unos optimistas de pecho, D. Antonio Zozaya y D. José María Salaverria.

N. Hernández Luquero

Mundo Gráfico. 9 febrero 1921 - N.º 484

POETAS AMERICANOS

Se nos invita, tácitamente, a sentir al ritmo del corazón de Hispano-América, a cuantos hablamos la lengua madre, en esta época de glorificación de una fecha luminosa e imborrable: el 12 de octubre de 1492.

Haga cada cual la evocación que más plazca a su espíritu de español en esta conmemoración del hecho sin par que abrió a la Historia derroteros nuevos y dio sangre y savia españolas a un dilatado continente ignoto.

Yo voy, líricamente, quedamente, y en una voz de encendida cordialidad, a urdir ahora la oración admirativa a los hombres que me han llevado a sentir honda emoción de lo bello, diciendo en frase española, que servía pensamientos florecidos más allá del mar, el len-

guaje eterno del poema. Digo que voy a recordar a alguno de los portaliras que en estos tiempos han hecho continua la corriente espiritual de España a América, por medio del verso, y tanto y tan altamente han contribuido al intercambio de ideas y de sentimientos entre la vieja madre y las jóvenes repúblicas emancipadas.

¡Paz dulce y suave en las regiones del Infinito al inmenso Rubén Darío, el cincelador de *Los cisnes*, el inmortal orfebre de *La Cartuja*, el sonoro, onomatopéyico y fuerte forjador de *La Marcha triunfal*!

Dejó los moldes nuevos de una poesía más honda, más diversa y más cercana a nuestra alma moderna, y la muerte selló sus labios, antes de que pudieran comenzar un balbuceo senil, decolorado y dementidor de la palabra lírica que ya dijeron, en su abrasada Nicaragua.

¡Paz dulce y suave también a Amado Nervo, el preocupado del Enigma, que ya se habrá hecho claridad frente a su espíritu, libre de la cadena que nos ata a los días mortales! ¿Quién rezará por ti el "Padrenuestro" dolorido que tú rezaste al rey Luis II de Baviera?

¡Paz dulce y suave a Emilio Bobadilla, el profundo espíritu, de los sonetos amargos y dolientes, el acro crítico de la cultura depurada!

¡Paz dulce y suave a José Asunción Silva, el lejano suicida sombrío!

Y vosotros, Vargas Vila, Ugarte, Chocano, José Gálvez, Carrasquilla, Juana Ibarbourou, Valencia, Carlos Luis López, Sassone, seguid dando brillo al habla en que dicen sus sentimientos e inquietudes rítmicas ahora Villaespesa, Valle-Inclán, Los Machado y Juan Ramón Jiménez.

Hay un lazo de unión inconsciente, y sin embargo profundo, del que no suele hablarse en esos actos tan reiteradamente celebrados bajo la fría y rígida ceremonia oficial, que nos acerca, sin embargo, a la América que nosotros queremos: es ésta la voz de los poetas hermanos que tantas veces ha sonado en los ámbitos de nuestra Península y se ha deslizado en oídos españoles desde las líneas impresas de los periódicos y los libros. Elevada atracción de almas, espiritual acercamiento, por el que tanto han hecho también los poetas americanos que no mental, sino personalmente, han abrazado la condición de huéspedes de nuestra España y madrileños de nuestro Madrid.

Rubén, con su aspecto de eclesiástico extranjero; Santos Chocano, con su gallardo porte españolísimo; Vargas Vila, pensativo y ensi-

mismado; Felipe Sassone, altivo, jovial, sonriente, muy contento de su cabellera frondosa, prematuramente gris, han sido unos y siguen siendo otros, ornato selecto de las calles de la villa pícaro y buena que acogió como a algo suyo a don Francisco Goya y Lucientes, el rudo aragonés y quiere y mimó a estos hijos ilustres de la Indias Montañas.

¡Y vaya si la residencia en Madrid les place a los poetas de América!

Pedro de Répide una vez, con el doloroso motivo de hallarse en peligro la cabeza del insigne Santos Chocano, habló de la aclimatación del vate de *Fiat Lux* a la vida jacarera y entonces literariamente pintoresca de la capital de España, y Rubén Darío, el incomparable liróforo de *Cantos de vida y esperanza*, en su *Autobiografía*, no deja ocasión de hablar con elogio de Madrid y sus gentes, aun cuando aquellas cuyo trato cultivó con especialidad, pertenecían a la no muy bien avenida república de las Letras.

Amado Nervo era también un madrileño, de vida elegante, un poco mundana, y su amor por Madrid le ha dicho en muchos capítulos de la recopilación póstuma de algunos de sus trabajos, titulada *Los Balcones*.

Así, por encima de los proyectos de aproximación político-comercial y paralelamente a todo efusivo impulso de los hombres liberales que no estiman la independencia de las Repúblicas trasatlánticas como un desgarramiento, la voz emocionada de sus poetas y el sentido fraterno de sus estrofas, seguirán siendo —por méritos del espíritu inmortal del habla de Castilla— el nexo más puro, más elevado y eficiente entre España y América Latina.

N. Hernández Luquero

De *El Norte de Castilla*. Valladolid, 9 noviembre 1921

EL LIBRO

De por vida estoy unido al yunque de la letra impresa. No quiero decir que me halle a disgusto. Al contrario. Es ella una esclavitud llevadera. Pero el yunque tira tenaz, inexorablemente.

Yo —como tantos otros también— no podría vivir sin esta dulce tiranía. Vamos a decirlo de una vez: no es el yunque que golpeo continuamente y gustosamente, el yunque del escribir: es el yunque del leer.

El veneno de los libros me embriaga, como al morfinómano la morfina, como al alcohólico el alcohol. Y como a ellos, me embriaga encantadoramente.

“Hay que comprender el verdadero valor de los libros, usarlos sin que en uno cause mella esa tendencia inmovilista que en la mayoría engendran, y ser de los que saben leer y además saben pensar. Los libros son para que nos inspiren, para que nos sugieran ideas”.

No sé si me ajustaré cuando leo el contenido substancioso de estas palabras de Pompeyo Gener.

No sé tampoco si el estatismo indudable de mi vida estéril tendrá su origen en el letal beleño, amoroso y dulce, destilado en mi alma por los libros. De que la poca vida de sugerencia que vive en mí me la han prestado las literaturas dilectas, respondo seriamente. Y no sé si decirlo será una ingenuidad, tocando en consecuencia de clavo pasado. Creo que no, pues hay quien tiene en su alma un caudal de energía de iniciativa y de fuerza interior muy suficiente a servirle de motor íntimo sin ayuda alguna de estimulantes exteriores.

Podemos y debemos complacer al hombre a quien la lectura del libro más insignificante no inspira una inquietud, una divagación o un comentario.

Y podemos y debemos compadecer más a quien no conoce el placer de ensimismarse en unas páginas impresas.

Ese horror a la soledad, padre del horror del juego y del horror de la taberna, no puede sentirlo el hombre amante del libro. El fantasma amedrentador del aburrimiento sólo debería existir para el hombre que no goza leyendo, para el desdichado a quien los libros no dicen nada...

Dejemos nosotros, mientras tanto, que nos inunde el candor del libro cándido: que nos inquiete el libro filosófico; que nos deleite el libro de narraciones; que ponga escepticismo en nuestra alma el libro escéptico; que nos enseñe el libro de ciencia; que prenda alas a nuestra carne mortal el libro de poemas...

Y bendigamos la hora en que el azar o el buen amor de los nuestros colocó en nuestras manos el primer libro.

Sencillamente, al realizar este acto humilde, abrió nuestro espíritu al mundo de la Belleza, de la Ilusión y del Bien.

N. Hernández Luquero

La Vanguardia, de Buenos Aires.

5 noviembre 1916 - N.º 3.356

HISTORIA DE UNA POESIA DE CURROS ENRIQUEZ

Hay destellos sueltos de la espléndida lumbrarada en que suele quemarse el numen creador de los poetas, a los que toca la dicha de una prolongada durabilidad, circuida casi siempre por esa aura simpática y envidiable que es el puro y rendido amor del pueblo. Y si no siempre es la obra perfecta e indiscutible a la que el soberano espíritu de la calle concede su buen homenaje de fervorosa pleitesía, siempre podrá advertirse en ella la más alta temperatura cordial y una viva y sangrante espiritualidad que busca las zonas propicias en el alma de la multitud.

A este género de obras del espíritu pertenece el dulce y patético poemita *Cántiga*, del penetrante Curros, bardo galiciano creador de tantas notas de sentimiento y de tantas agudas notas de dolorosa ironía.

Cántiga llegó a una enorme popularidad en la blanda y bella tierra de Concepción y Rosalía; en las alas de la dulce música gallega traspuso fronteras, cruzó mares y en América,

*la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyolt.
La América del gran Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón*

—¡manes de Rubén!— millares de millares de gallegos expatriados —¡oh, espíritu andariego de los hijos del Noroeste!— y millares de españoles de otras tierras lloran aún a la evocación suave de las costas de España, entonando la famosa poesía de Curros.

Lo que probablemente ignorará una inmensa mayoría de los admiradores del cantor de *A virxe d'o cristal* es que no es precisamente la producción de Curros la que, vestida por el arte musical de Cesáreo Alonso Salgado dice —de ordinario— el drama de las dos almas desgarradas por el dolor que latén en la notable *Cántiga*.

En oportuna ocasión, ya muy próxima su muerte —acaecida en La Habana, el 7 de marzo de 1908—, contó el vate gallego la historia del poemita y se refirió a las variantes que hubo de introducir en alguna de sus estrofas, “con muchísimo respeto y mucha lógica para sus gustos y aficiones”, el propio pueblo que Curros tanto amó.

El sensitivo artista de Celanova escribió su bella composición en Madrid, a los dieciocho años, el día 5 de junio de 1869, al margen de un texto de Economía política, de Colmeiro, mientras su amigo y compañero de casa de huéspedes tocaba a la guitarra, repentizándole, un aire nemoroso y vago de la blanda Galicia. A él se atuvo el poeta, estudiante de Derecho a la sazón, y sobre los rasgueos de Salgado fue dejando la melancolía de sus estrofas:

*N-o xardin unha noite sentada
o repexo d'o branco luar,
unha nena choraba sin trégoas
os desdés d'un ingrato galán.
Y-a coitada entre queixas decía:
Xa n'o mundo nos tengo ninguén;
von morrer e non veu los meus ollos
os oliños de meu doce ben.
Os seus ecos de malenconía
caminaban n'as alas d'o vento.*

*Y-o lamento
repetía:*

*¡Von morrer e non veu a meu ben!
Lonxe d'ela, de pe sobre a popa
d'un aleve negreiro vapor,
emigrado camino de América,
vai o pobre, infelis amador.
Y-o mirar as xentis auduriñas
cará a terra que deixa cruzar:*

*¡Quén pudera dar volta —pensaba—,
quien pudera con vosco voar!
Mais as aves y-o buque fuxian,
sin ouir seus amargos lamentos:
sólo os ventos*

repetían:

*¡Quén pudera con vosco voar!
Noites claras, d'aromas e lua,
desde entón, ¡qué tristeza en vos hay,
pr'os que viron chorar unha nena,
pr'os que viron un barco marchar...!
D'un amor celestial, verdadeiro,
qedón sólo de bágoas a proba
unha coba
n'un onteiro
y-on cadávre n'o fondo d'o mar.*

Así salió el lindo poema de la pluma de Curros Enríquez, y ajustándose a esa medida y repitiendo esa letra le tocó repetidas veces Salgado, que era músico de afición y no conocía el pentagrama.

Después Salgado abandonó Madrid y Curros Enríquez quizá ingresó en la redacción de *El Imparcial*, echando al olvido la poesía escrita en una siesta pegajosa de vísperas de exámenes.

Pasados ocho años, el autor de *A igrexa fría*, fue a Orense, casado ya, y una noche quiso gozar del fresco apoyado en el balcón de una fonda. Unas casas más arriba oyó un coro de voces femeniles, que llamaron imperiosamente al alma de Curros:

— ¿Dónde he escuchado eso? —se preguntaba.

“El canto seguía —dice el poeta—, y la letra, que percibió vagamente, parecía preguntarme:

— ¿No me conoces? Así era: no la conocía. Había en ella una variante que me desconcertaba. En vez de:

N'o xardin unha noite sentada,

la canción empezaba diciendo:

Unha noite, n'a eira d'o trigo...

Esperó el poeta; siguió la letra que oía, y vio que en el tercer verso también su poema había sufrido una alteración. En vez de "sin trégo-las", aquellas muchachas cantaban "coitada".

¿Qué había ocurrido? El poeta nos lo dice. Su paisano Alonso Salgado, que era natural de Trives, primero allí y luego en Santiago, había popularizado la canción, y el pueblo trocó como vemos el primer verso y algunas sílabas del tercero.

La sustitución indignó a Curros, y dos años después incluyó la poesía tal como la concibiera en su libro *Aires d'a niña terra*, admirable concreción de ternura, sentimiento y dolorosa ironía...

"Ya era tarde, sin embargo —escribe Curros—. La canción, adulterada, era ya popular; había sido editada fraudulentamente en América, y se había cantado en los mares de China y hasta en los del Polo, a bordo de buques que conducían expediciones científicas, llevadas a todas partes por marineros gallegos".

... ¡Explicable enojo del creador enamorado de su obra el que late en sus palabras! Pero, ¿cuál es la verdad de las cosas? Esos nostálgicos compatriotas de Curros, que han llorado de emoción en "tierras lejanas", bajo soles distintos, entonando la canción

Unha noite n'a eira d'o trigo...

en añoranza precisa de la "eira" de su aldea, ¿se emocionarían igual si comenzaran la dolida estrofa como la escribió el vate orensano?

Dejemos que el alma, impresionada por el estro penetrante de Curros y por la delicada improvisación de Alonso Salgado, beba en la melancolía esencial del poemita, aun cuando la forma sufra entre los labios tremantes de amor a Galicia de los que la canten lejos de su patria, una ligera transmutación de alcance más popular y refiramos el caso sólo por lo que tiene de innegable interés anecdótico.

N. Hernández Luquero

De La Libertad. Madrid, 1 julio 1922

LOS GAVILANES DE GOBERNACION

La vida insignificante de las cosas y las manifestaciones más humildes del exterior más o menos literario, tienen un avizor sagaz que no las perdona: se llama este hombre —porque es un hombre, y, por añadidura, “nada menos que todo un buen hombre”— Ramón Gómez de la Serna.

Un carretillo de alquiler le sugiere amables e interesantes filosofías; las estrellas le tienen preocupadísimo, al punto de descubrir una en meses mayores, vergonzosa circunstancia ignorada hasta ese día por la Polar; las cabezas de los tornillos le han hablado su lenguaje y le han dicho de su bizqueza de alma, cuando se juntan dos por lo menos, y las banderas de los edificios públicos, descaecidas de color, le recuerdan las corbatas desfilachadas de los ciudadanos desdeñosos del decoro indumental.

Así, nada de extraño tiene que las lindas palomas del ministerio de la Puerta del Sol, que nuestros abuelos llamaron el Principal, hayan inspirado a Ramón el Único, los irónicos renglones que hubo de dedicarles.

Yo, al día siguiente, contemplé con curiosidad aleros, bajo-relieves y cornisas de Gobernación en las horas soleadas de la mañana. Y me quedé sorprendidísimo.

A las palomas de los días anteriores —yo también las había visto posarse hasta en los resaltes decorativos de la fachada del fresco y grato callejón de San Ricardo— habían sucedido más de una docena de gaviñanes que cernían sus círculos elegantes en torno al reloj nacional y sobre el tejado del ministerio.

¡Cuánto sentí que la narración del sencillito hecho evidente pudiera parecer en pluma liberal, un símbolo fácil de literatura de oposición!: las palomas... los gaviñanes...

Sin embargo, yo me decido a hacer público el caso, y no por que suponga que las aves rapaces fueran al olor del fondo de reptiles, purificado a los ojos de Gómez de la Serna el suponerle compartido parcamente por las palomas de su crónica, sino porque no es sintoma desdeñable éste de que hasta los gaviñanes de las Calatravas lean a un articulista anticlerical como Ramón y aprovechen los descubri-

mientos de sus artículos para buscar algo tangible y sustancioso, porque, si no por el fondo de reptiles, si que iba a Gobernación por las palomas.

¡Y que la noticia la habían leído en *El Liberal*, es indiscutible!

N. Hernández Luquero

De *El Norte de Castilla*. 9 agosto 1922

HORAS SOLITARIAS (Leyendo)

He dicho alguna vez que leo por deleite, el más accesible a mi espíritu. Por eso quiero dar a ese placer el mayor número de alicientes gratos. He aquí la soledad... Nada mejor para el lector —y pudiérase me decir que esta verdad de clavo pasado. Sin embargo...

Quiero expresar sencillamente que nunca leo con más provecho que aquí, en la sala amplia, silenciosa y ventilada de una casa castellana, sita en una plaza vieja, prócer, barrida de todos los vientos y soleada de todos los soles.

A esta hora de la siesta calurosa de un rojo agosto, puede el lector proporcionarse un ambiente propicio en la ciudad dormida.

Tengo ante mí la llanura ilimita de Valladolid y Segovia, y en la remota lejanía el perfil azulado del Guadarrama. Del exterior vienen ruidos leves: el llanto de un niño, el traqueteo de un carro vacío que rueda en el suelo terroso y seco, árido y polvoriento. Sólo si se presta atención pueden perturbarla estas lejanas resonancias... Un reloj de torre da las horas, que quedan vibrando en el azul hostil.

En esta mesa amplia, lisa, limpia de adornos, una mesa que podría servir para planchar, según dicen de la de "Colombine", comienzo a revolver libros y papeles, abandonados unos meses de ausencia. Traigo yo también nuevos volúmenes y periódicos del día.

Y leo sin orden lo viejo y lo nuevo.

Aún me queda en el alma el regusto a novela española, de cepa inconfundible, de *Un hombre extraño* (Editorial "Mundo latino", Madrid, 1922), leída en una noche de tren, gratísima, serena, entregado al ro-

sado amanecer de mis predios afectos cuando Leonardo Jardiel expira, rotos todos los resortes vitales, después de la tremenda y breve escena del baile del Real. ¡Pobre amador infatigable, caído en una sorpresa de horrores frente a la locura pasional de Estela, la inesperada de su corazón ahito!

El caballero audaz se ha adelantado por méritos de esta obra, complemento de la titulada *Hombres de amor*, a la fila breve de autores modernos que mantiene en España la buena escuela realista, limpia de procacidades, pero enérgica, valiente y llena de santo vigor. ¡Lástima que críticos y lectores cultos no pudieran reflexionar ante un paisaje severo, lejos de conventículos y tertulias letradas, sobre la esencia de estas grandes novelas escritas por hombres discutidos e incursos por tales en el "Index" que forman a menudo la pasión irrazonada y el funesto perjuicio!

Aún con este regusto, desfloro "Europa" (Caro Raggio, Madrid, 1922), de Eugenio D'ors, siempre profundo, pero demasiado simplista. Da su prosa admirable la impresión de una prosa de hojarasca formal, conceptos repetidos similares o gemelos y así quedan sus breves comentarios mondos pero tersos y brillantes como una fruta reciente, sin embargo un poco agria... ¡Qué fríamente patético, a pesar de su cordialidad, el capítulo dedicado al entierro de Layret!

Aquí una revista ilustrada de ayer, de hace unos largos meses. Trae un artículo breve, sugestivo, empero, de Ricardo Fuente, el gran periodista hurtado al periodismo por su condición de director de bibliotecas y hemerotecas. Allá, un paquetito de periódicos viejos, atados, reunidos por una sana admiración: Navarro Ledesma. (Bien pronto será su aniversario). Estos papeles de borde amarillento dicen, con motivo de la muerte del joven maestro —¡éste sí!—, frases dolidas y bellas frases, porque son de Azorín, de Enrique Mesa, de Chocano, de Antonio Palomero, el triste irónico también ido...

¿Y este libro pequeño, estrecho, de papel duro y brillante? Editado hace veinticinco años, en París, dice de una época de transición literaria, simpática y benemérita que alumbró nuestro abrir a la emoción de la letra impresa: *Del amor, del dolor y del vicio*. Enrique Gómez Carrillo, su autor, tenía ya en la frente el signo de los preferidos; hablaba únicamente de Verlaine del pobre y magnífico Alejandro Sawa, y re-

bullía el fermento de las tendencias que habían de aceptar la modalidad lírica de Rubén Darío... Este librito le encontré hace muy poco en un tenderete de Madrid. ¿Cómo se le había escapado a mi amigo José A. Luengo, cazador de todo folio o volumen interesante?

Versos —modernistas, decían entonces— de la revista *Helios* (1903) para este nocturno bellísimo que se aproxima; admirables y nítidas páginas de Francisco Pi y Margall, un libro de emocionantes *Cuentos trágicos*, de doña Emilia; las cartas que, muy poco antes de morir me escribiera Silverio Lanza, desde su reseco Getafe... Todo me solicita en esta primera tarde llena de suave voluptuosidad de lector que me brinda la llegada a este pueblo dorado, a esta casa silenciosa.

N. Hernández Luquero

De Norte de Castilla. 2 septiembre 1922

NO TENGO ASUNTO

Quiero hacer una crónica y no tengo asunto. No da la vida de estos pueblos, de suyo monótonos, rutinarios, zagueros del ayer, ni una vibración de actividad, ni un destello de pasión, ni un chispazo de protesta que poder recoger entre los precipitados renglones de un comentario croniquil.

Sólo un silencio secular de unos pueblos de Castilla cuya heroica leyenda se aleja, puede dar campo al cantor del pasado, y yo no soy poeta.

Sólo la aridez de un paisaje de tonos rojos y austeros, interminable, frío, triste en su orfandad, de grandes alamedas ombrajosas sin cascadas que se despeñen y canten perennemente su canción risueña, puede llevar al labio la plegaria triste y pasionada, que ayer dijieran Juan de la Cruz, el místico de Fontiveros y Teresa la Santa, y yo no soy creyente.

Sólo el tejemaneje sucio y complicado de una política rural que odio, toda orejas al mando del cacique, que vive y triunfa lejos de

nuestra miseria, puede inspirar la gacetilla biliosa del que se revuelve impotente contra el agio y el chanchullo, y yo no quiero gustar la amargura del que pide humildemente un poco de favor y ve la oronda espalda del señor indiferente o la risilla desdeñosa del que es inmune en su poder a la protesta del débil.

Sólo en endiosamiento del hombre servil o desaprensivo fuera a poner rasgos de indignación en los conceptos del cronista y yo no puedo conseguir que la saliva deje los decires indelebles al correr de mi pluma.

Por eso dejo sin enjundia esta crónica mía. Porque no hay nada en nuestro triste ambiente que mueva el labio a la alabanza, que ponga en nuestra alma sentimientos que pugnen por salir de puro apiñados, y contrarios; que nos hagan prorrumpir en voces de concordia o en gritos de odiosidad, que nos ponga en la boca la censura o el aplauso. Porque todo es quedo; porque todo es débil; porque todo es manso.

Y como el que firma gusta ver agitadas sus íntimas firmas por emociones fuertes de vida, de intensidad, de energía, de anhelos de una existencia más noble y elevada y en ésta que aquí vivimos sólo equívocas, difusas, imprecisas tienen que mover levemente su espíritu, al visitar su mundo interior y ver su magín pobre para urdir historias que agraden y su fantasía débil para poner en actividad las de los demás, ha de quedar pensativo ante estos dos caminos: Dejar esta crónica sin asunto y maldecir de la vida y del ambiente de estos pueblos monótonos, rutinarios, zagueros del ayer, que ni una vibración de actividad, ni un destello de pasión, ni un chispazo de protesta, prestan a la pluma del que, como yo, sin magín rico y sin fantasía privilegiada, ni es poeta, ni es creyente, ni puede escribir con saliva como fuese su gusto los conceptos de su indignación y de su asco.

POESIA

*A la Asociación de Cultura "El Terral",
para que ceje en su empeño.*



Institución Gran Parque de Alba

CANCION DE BENTALLER

Se agachó a besarse a la tierra
y se le bajó un rizo por el pecho
como una lluvia de arena sobre el alma
y se le cayó el alma por el pecho.

Tengo una capa vieja, remendada diez veces
—clámide austera y parda de honor y de hidalguía—,
que abriga mis ensueños de hispanas altiveces,
y habla quedo a mi alma de la raza bravía...

De la Castilla eterna de frailes y mendigos,
la de los pardos agros y las almas de acero,
la que su haz viste, prócer, del oro de sus trigos
y dio al mundo su espíritu audaz y aventurero.

Me embozo en ella como si al hacerlo extendiera
el morado pendón de las Comunidades...
y en el día futuro de mi muerte, quisiera

Tengo una capa vieja, remendada diez veces
—clámide austera y parda de honor y de hidalguía—,
que abriga mis ensueños de hispanas altiveces,
y habla quedo a mi alma de la raza bravía...

De la Castilla eterna de frailes y mendigos,
la de los pardos agros y las almas de acero,
la que su haz viste, prócer, del oro de sus trigos
y dio al mundo su espíritu audaz y aventurero.

Me embozo en ella como si al hacerlo extendiera
el morado pendón de las Comunidades...
y en el día futuro de mi muerte, quisiera

ser por la gracia blanca de una mano amorosa,
llena de anhelos vivos y amantes suavidades
envuelto en mi amplia capa antes de ir a la fosa.

Tengo una capa vieja, remendada diez veces
—clámide austera y parda de honor y de hidalguía—,
que abriga mis ensueños de hispanas altiveces,
y habla quedo a mi alma de la raza bravía...

De la Castilla eterna de frailes y mendigos,
la de los pardos agros y las almas de acero,
la que su haz viste, prócer, del oro de sus trigos
y dio al mundo su espíritu audaz y aventurero.

Me embozo en ella como si al hacerlo extendiera
el morado pendón de las Comunidades...
y en el día futuro de mi muerte, quisiera

ser por la gracia blanca de una mano amorosa,
llena de anhelos vivos y amantes suavidades
envuelto en mi amplia capa antes de ir a la fosa.

HORA DE DESALIENTO

A Edmundo González Blanco

Yo soy un sacerdote de la Nueva Futura,
me inclino ante un mañana de luz esplendoroso,
y en la prosa de ahora vivo el vivir tedioso
que viven los gusanos de hedionda sepultura.

Espero el astro rojo que el bienestar augura,
digo fervientes ritos a un mundo más hermoso,
y auroral, nuevo día y resurgir glorioso,
son palabras fulgentes que me dan su dulzura.

¿De las almas que sueñan ese mañana bello
seré visión serena o engañoso destello?
¡Oh, si no se gestara ese día lustral!

¡Qué farsas las doctrinas, qué estúpido el ensueño,
qué visible y qué necio nuestro obstinado empeño
de elevarnos sin alas al Azul ideal!

Vida Socialista. 11 diciembre 1910 - N.º 53

CANCION DE SENCILLEZ

Yo aprendí a descender a la llanura
y en la llanura me hallo entre los míos;
¡que una ráfaga de aire sana y pura
aventó aquellos rancios desvaríos!

Ya no me finjo orlado de blasones
ni tengo para el vulgo una mirada
de elegante desdén. Ya mis canciones
trasunto son de un alma equilibrada.

De mi alma que en el orto de su aurora
se vio de un gran claror enlumbrecida,
el claror que alumbró la bienhechora
senda que he de seguir toda mi vida.

Ya los predios inmensos del Gran Arte
no veré ni parcelas ni linderos,
y extenderé mi tienda a cualquier parte
y cruzaré tranquilo mil senderos.

Y el camino andaré con algún hombre
que ayer hubiera despreciado, vano,
y al que ahora, sin curarme de su nombre
daré mi vino y llamaré mi hermano.

Siento el haber perdido la tiesura
de mi espiritual aristocracia,
un inefable aroma de ternura
que siembro en torno a mí como una gracia.

Y me creo más hombre y soy más bueno,
y es mi vida más clara y más serena
y voy de gozo y confianza lleno.
¡Mi espíritu ha perdido una cadena!

Y desde aquí la altura de los montes
me ha inspirado una idea desdeñosa,
amor a los extensos horizontes
y un desprecio a cualquier altiva cosa.

Por eso de mi hogar a los vitrales,
veo pasivo, cuando el sol declina
cómo enluzca la más brava colina
y deja un beso rojo en los cristales
de mi olvidada torre marfilina.

La Revista. Alicante, 5 mayo 1910

BLASON

Tengo como un orgullo el ser latino
y haber venido a luz en este suelo.
Mi ensoñar al Azul levanta el vuelo;
me gusta el sol y me enloquece el vino.

Está frente al eterno femenino
de hinojos siempre mi amoroso anhelo,
y es luminar inmenso de mi cielo
la figura del loco cervantino.

En quimeras sin éxito ni gloria
iré tirando el oro de mi vida
y el de mi juventud lozana y fuerte...

Y cuando sin relieve y sin historia
quiera, de casto amor el alma henchida,
unir a una mujer mi pobre suerte,

acaso sea la hora en que mi vida
haya de desposarse con la muerte.

SOLITARIO DE AMORES

Solitario de amores, de la vida
soy un pálido y triste peregrino
que emprendió ya hace tiempo la partida,
y aún se encuentra al principio del camino.

La tierra de mi carne dolorida,
tremante del terror mira al Destino
con el ansia fatal de ver erguida
la mala esfinge de su triste sino.

Y al tardo caminar de mi alma muerta,
este anhelo cruel acucia y guía
por la arena candente del sendero

donde ha de tropezar la sombra incierta
que indica con su escueta mano fría
lecho piadoso al padecer postrero.

Impresiones. Valencia

AREVALO Y CASTILLA

Plaza de Armas de Arevalo, 1902.
Vista desde el interior del templo.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.

El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.

El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.

El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.
El altar mayor y la capilla de San Juan.

El altar mayor y la capilla de San Juan.

ALVARO Y CASTILLA

El primer de los dos libros que se han publicado en esta colección es el de Alvaro y Castilla, que trata de la vida y obra de este gran poeta y dramaturgo. El segundo libro es el de Castilla, que trata de la vida y obra de este gran poeta y dramaturgo. Ambos libros son de gran interés para el lector que quiera conocer más sobre la vida y obra de estos dos grandes autores de la literatura española.



Institución Gran Duque de Alba

EL RIO ADAJA

Fluye su linfa clara en Villatoro,
y en su cristal puede mirarse Gredos;
reza un murmurio humilde entre roquedos
y el álamo otoñal le da su oro,

para ilustrar su seno transparente.
Mulle barros de alfar en tierra llana,
le ciñe en santo abrazo la besana
y es un puro poema su corriente.

El poema de hazañas y castillos,
de viejas gestas y guerreros brillos,
de anchas murallas, que su lengua besa.

De molinos y aromas de pinares,
de reyes, de infanzones, de juglares
y de la llama ardiente de Teresa.

El Diario de Avila, 1 octubre 1953

PLAZA DE LA VILLA

Vivo vestigio de un ayer glorioso,
su amplio raso silente en noche muda,
lleva al ayer el alma, y nos ayuda
a evocar viejas gestas. En reposo

su paz de siglos, a la luz de ahora
es menestral y llana artesanía,
suma honrada de fiel castellanía,
solar de raza que un prestigio dora:

el humilde prestigio de unas gentes,
dadas al duro trafagar diario,
y el rumor nemoroso de unas fuentes.

... Y el poso de una historia que serena
su ámbito prócer, fino relicario
de viejos brillos, —¡Y Castilla plena!

El Diario de Avila, 23 abril 1949

ATARDECER EN AREVALO

(Desde la loma)

Bajo un cielo nuboso de Zuloaga,
se recortan los humos de San Pedro,
mística ofrenda de los lares, medro
suave y votivo que la noche apaga.

Año tras año mi visión querida
es caricia y consuelo de mis ojos,
y ante el mismo paisaje está de hinojos
cuanto de puro y limpio hay en mi vida.

Desmaya el sol su sinfonía rosa,
frente al manso rugir de algunas reses;
y absorto y calmo, mi ánimo reposa

viendo la teoría de cipreses,
futuro abrigo y sombra de mi fosa
y el ondular dorado de las mieses.

El Diario de Avila, 21 enero 1946

LA QUEDA

Aliento de otros siglos, a mi oído
en la paz de una noche castellana,
ha traído el latir de una campana
esta rapsodia del ayer perdido.

Y cabe la ancha, cuartanada pieza
de esta casa hidalga que me acoge
el alma de emoción se sobrecoge
y se puebla de ensueños la cabeza.

... Yo he visto la quimera cabalgando
un palacio, una reja y una dama
y un embozado que se inclina, cuando

desde la reja ve caer al suelo,
bajo una voz discreta que le llama
una flor, una carta y un pañuelo.

El Diario de Avila, 20 septiembre 1949

LA CALLE DEL CLAVEL

Esta encuestada y pedregosa vía
tiene aroma de barrio toledano,
un misterio de sombra y el lejano
recuerdo de la vieja tenería.

Se derrumba decrepita y cansada,
como vieja ganosa de reposo,
y es un suspiro moro en el moroso
vivir de la ciudad amurallada.

Limpia pobreza, niños juguetones,
humildes vidas, vistas al camino
que conduce a la tierra de Segovia...

(Ve el camino el dosel de los cuartones
del viejo soportal —dosel de pino—
y el nombre de la calle, flor de novia).

NOCTURNO AREVALENSE

Del sayal ondulado levemente
que es la tierra de aquí, de mi Castilla,
saca la noche un ritmo permanente
o un silencio ritual de maravilla.

De los dos modos el terral es santo,
templo de olor de madurados panes
y la lejana vibración de un canto
y el lejano latir de algunos canes.

Para el sereno reposar del alma
es sedante sin par la noche quieta,
se piensa en una vida toda calma
como la que cantó el fraile poeta.

Vivir aquí como efundido en una
suerte de muerte que propicia fuera,
bajo el pálido beso de la luna,
o mirando de lejos esa hoguera
que no deja de arder noche ninguna.

El Diario de Avila, 1 julio 1922

ALMA AREVALO

De una típica plaza las aireadas anchuras
mi niñez acogieron, —¡Oh, plaza de la Villa,
cuyo espíritu dice con voz de ayer las puras
austeridades próceres del alma de Castilla!

Bajo sus soportales —suelo de guijas duras—
se fue haciendo mi alma, transparente y sencilla;
con otros muchachuelos urdí mil travesuras
y gusté en los veranos del placer de la trilla.

Jamás me dio la escuela pavor ni encogimiento.
De casa a la besana se abrió mi pensamiento,
e hirió mi frente niña de la emoción el rayo

una noche en que al grato calor de una velada,
para que me durmiera, con voz emocionada,
me hablaron de los hombres que mataron a Mayo.

1 junio 1913

DE UNA PLAZA RURAL

(Soneto invertido)

En la ancha plaza de silente encanto
se adormecen las horas dulcemente
y a un ciprés solitario mece el viento,

mientras turba la paz, de tanto en tanto,
en la beatitud de calmo ambiente
pisadas tardas de un caminar lento.

Puebla la plaza honrada artesanía,
cosen al sol vecinas laboriosas,
y parece que el alma de las cosas
se embriaga de ritmo y armonía.

(Era la tarde: el sol ya se ponía...
Sombras azules nacen temerosas
entre los postes. De unas mustias rosas
se eleva un sueño de melancolía.)

19 enero 1974

AL VIEJO CASTILLO AREVALENSE

Evocas en las páginas del libro de la Historia
jornadas luctuosas, de trágica memoria,
lágrimas, opresión;

tus pétreas paredes supieron ignominias,
del odio y de la muerte las trágicas insignias
son para ti un baldón.

Detrás de tus murallas lloró una hermosa dama
rigores de un esposo cruel, de regia rama,
maldecido, procaz
marchó de tus redores, huyente, pavoroso,
el siempre bendecido, venerado, amoroso
espíritu de paz.

Tus almenas que, a veces, se tiñen de un sangriento
matiz de sol muriente, parecen dar al viento
plegarias de dolor

y en el rito que antaño sirviera de morada
a personas de alcurnia, descansa ahora la nada
en su eterno sopor.

De otra época unos hombres, que no ciñen espadas
convierten el Castillo de alturas almenadas
en campo de reposo

y donde hubo un rastrillo que armados caballeros
cruzarán estridentes en corceles ligeros,
donde se abría el foso

hubo luego un camino y otras gentes
lo cruzaron llorosas... Por sus frentes
pasaba como un aire de tristezas:

los féretros destacan el negro de su paño
y el tedio flota denso del humano rebaño
a ras de las cabezas.

Hoy ya el viejo Castillo, el viejo campo santo
se ve reposar triste, solemne, bajo el manto
de una niebla de tul,
mientras rezan eternos sus claras oraciones
los ríos que se funden en sus estribaciones
espejando El Azul.

PAZ DE CEMENTERIO

Aquí tiene reposo todo un mundo de arcanos,
aquí hay huesos de padres y aquí hay huesos de hermanos
y tiene la tranquila paz de bella visión
esta mansión tranquila, esta fría mansión,

esta tierra que sorbe tantas amargas lágrimas
y que se adorna siempre el día de las Animas.
Porque cree la estulticia que un día cada año
hay que entenebreecerse y plañir en rebaño.

Y en los días helados de los inviernos serios
tienen su paz augusta los fríos cementerios.

Paz que no turba un grito, paz que es jardín de llanto
es la paz que hace un templo del triste camposanto.

Igual junto a los mármoles que junto a los humildes cruces
ponen los fuegos fatuos sus azulinas luces
cuando en la negra calma de la noche silente
bajo el sueño esperado a besar nuestra frente,
cuando al blando empujar del viento las negruras
de los rectos cipreses da a las sepulturas
sombra solemne y manso murmurar de misterio
cuando eleva su alma la paz del cementerio.
A esta hora doliente en que yo le visito
con fervor de creyente que comulga en un rito.

Impresiones. Valencia, 1 noviembre 1909 - N.º 74

AREVALO

¿Qué será de tu vida que no me sea grato...?
Benditas las aceras que piso desde infante,
tu espíritu optimista, de tu gente el talante,
de tus hijas la gracia y el digno porte innato;

Tus almas desprendidas, la luz que luce en ellas,
tus calles de San Pedro, tus murallas truncadas,
las aguas de tu Adaja, las sombras alargadas
de tus torres, al limpio fulgor de las estrellas.

La pura reciedumbre de tu alma castellana,
prestigio del Sedeño, tus linajes brillantes;
en tanta gesta hispana, tu patriótico afán.

El sagrado prestigio de paz de tu besana,
la gloria de haber dado ocasión a Cervantes
de escribir el Quijote por obra de Fr. Juan.

Ceres, octubre 1964

LA MESA DONDE ESCRIBO

Maremágnum de libros y de cosas
inconexas e inútiles, mi mesa
no tiene empaque, ni un jarrón con rosas:
es un culto a la noble letra impresa.

Aquí fijo el hervor de mis ensueños,
fruto de un triste numen que deshoja
flores mustias en líricos empeños,
entre un gato y un libro de Baroja.

El gato se adormece y de su lomo
brotan chispas de luz si le acaricio...
De mi magín un pálido reflejo

de algo que yo por vivas luces tomo,
apiadado me asiste, y así inicio
en prosa nueva, algún concepto viejo.

El Diario de Avila, 14 abril 1964

AREVALO

(La ciudad sueña)

Encinta entre el Adaja y el parco Arevalillo,
destaca su silueta, jalonada de torres,
erguida en la ribera que las zarzas maculan
con su altiva prestancia de burgo altivo y noble.

Preside una llanura de tierras labrantías,
futuro bien de mieses que llenarán las trojes,
y las masas oscuras de los anchos pinares
en que el sol, al ponerse, rinde sus arreboles.

Los mil verdes risueños de las huertas cercanas
y las ásperas lomas endoradas de soles;
los plácidos molinos, los banales humildes,
y de la noria arcaica el ritmo monocorde.

Serpear de senderos y finas alamedas,
—sonrisa de verdura sobre los fondos ocre—
y el prestigio silente de su espíritu viejo
cuando a la hora de queda se amortaja en la noche.

La figura lejana de un labriego inclinado
sobre el agrio fecundo que le da pan y goce,
y en el suave repecho de las hazas heñidas
la perezosa yunta, la reja que se esconde;
la yunta que semeja, recortada en el cielo
una estampa bucólica de otros tiempos mejores.

Con mirada de siglos acaricia la ruda
fábrica del Castillo, tras la que el sol se pone,
besando en besos de oro, almenillas y cubos
arítes de hundir sus lumbres en el vago horizonte.

Henchida de hidalguía y grávida de historia,
vigila el tiempo nuevo, pensativa e insomne,
desdeñosa del flujo del vivir de estos días
que ignora y desconoce.

ADAJA; EL RIO AMADO

*(A Julio Escobar, espíritu henchido
de pura castellanía)*

Linfa humilde de mi río
el que nace en Villatoro,
y copia en su lecho frío
el reflejo, verde y oro
de los álamos del río.

El que en el Valle de Amblés
se ensancha, como un consuelo,
bajo un verde de ciprés
que es el impreciso cielo
que cierra el Valle de Amblés.

Río que murallas besa
y reza místicas preces
con la lengua de Teresa,
que en él se miró mil veces
cabe los muros que besa.

Agua que lava el declive
del pueblo de mi niñez,
y en su lecho manso vive
luna de blanco ajimez
que rueda por el declive,

y se adormece en su sueño,
horro de bélico brillo,
lengua de cauce pequeño
que lame el viejo castillo
lleno de histórico sueño.

Recuerdo de adolescencia
que sorprendió entre vergueras
los pudores e inocencia
de unas quince primaveras
desnudas de adolescencia.

Río Adaja, laborioso,
que mulle barros de alfar
y abreva suelo arenoso
de la tierra del pinar.
Río calmo y laborioso,

que en su lecho de milagro
la corrupción se detiene,
mientras ven surcar el agro
a la yunta que va y viene,
limpios peces de milagro.

Río que no se va al mar,
y que rasga al padre Duero
como una reja de arar,
y se hace su prisionero
para que él le lleve al mar.

Que cuando yo pase el puente
que lleva a la calma eterna,
me despida tu corriente
con un adiós de voz tierna
bajo los ojos del puente.

1950

SALA CASTELLANA

Es la ancha pieza de encalados muros
y tillado que cruje si se huella;
paz y reposo se respira en ella,
y de noche, sus ángulos oscuros

se dijera que aduermen sueños viejos
de paz y austeridad. Dan sus balcones
a la plaza de brillos antañones,
de noble historia vívidos reflejos.

Muy parcamente decorada, vense
cuatro cuadros de oscura perspectiva,
un gran retrato de Santa Teresa

y la copia de un lienzo del Cretense;
y un militar de ayer —memoria viva—.
Todo ello en torno a nogalesca mesa.

El Diario de Avila, 31 enero 1974

SERRANA DE AVILA

Recia, serena, de una sobria traza,
bajo tus galas de domingo, eres
envidia del mirar de otras mujeres
y encarnación viviente de la raza.

La lumbre de tus ojos se ha encendido
junto a nieves, quebradas y roquedos,
y ante el ciclópeo peñascal de Gredos
la rosa de tu cara ha florecido.

Guardas como la tierra en que naciste,
bajo tu grave frialdad innata,
una ferviente llama abrasadora...

Y a las veces tu espíritu se viste
de los mismos ensueños que relata
en sus libros la Célica Doctora.

De *La Esfera*, 5 marzo 1921

VESTIGIO

Esta plaza silente, ancha y sombría,
campo fue ayer de hazañas de soldados,
de cuitas de hijosdalgos embozados
y de lances de amor y galanía.

Audaz y señoril aquí se erguía
un severo palacio de almenados,
cabos de piedra prócer, y volados
balcones venerables... Todavía

los muros son aquellos y el villano
que hoy vive en tu recinto, cuando lleva
a encerrar hasta allí bestias y frutos,

se dijese algún siervo de la gleba
que rindiera a los pies de un noble anciano
la fiel satisfacción de sus tributos.

Mundo Gráfico. 31 enero 1912 - N.º 14

PIEDRAHITA DIECIOCHESCA

En el grato jardín de Cayetana
la duquesa murmura, y precipita
el comentario acedo: Piedrahita
es, por ella, una burla cortesana.

La oyen ensimismados y gozosos
el Meléndez Valdés de las pastoras
y "Floralbo Corintio", que en sonoras
endechas dulces y romances sosos,

canta la égloga blanca. Don Francisco
administra juicioso su sordera
junto al palmito de Rosario, arisco.

Pero la actriz elude el rostro rudo
y el abrazo posible, con ligera
pirueta que a Goya deja mudo,

mientras la de Alba, toda gracia y risa
con frase aguda e intención certera
se burla de Godoy y María Luisa.

MUJER DE CASTILLA

Las líneas de tu estatua son severas
—rítmica gracia y armonía grave—
y tu limpio mirar diáfana clave
que dice con voz muda lo que esperas:

una vida sin sombras y un destino
recto y dorado como surco abierto;
la llama de un amor al tuyo alerta
y una emoción de paz para el camino.

Si un ensueño andariego tu alma besa,
trasunto de tu rostro —albor de nardo—,
transida de la gracia, tu voz clama,

por la lengua celeste de Teresa
y si entregas tu vida al suelo pardo,
en Gabriel y Galán eres “El ama”.

1958

LA NOCHE GLORIOSA

Pan, vino y un poco del bien de alegría;
cariño, un rescoldo de brasa amorosa,
y, junto a la blanca mesa, en armonía
y en paz, la familia, unida y gozosa.

Que no falte nunca la madre en el día
de fiesta sagrada, la cara de rosa
de la amada nuestra, ni la greguería
de los rapazuelos, clara y bulliciosa.

Y que se oiga el cuento que cuenta la abuela
de aquel niño malo que no iba a la escuela,
mientras de la calle llega un cantar viejo;

y un hijo en los brazos, después de la cena
se nos duerme, siendo su cara el reflejo
tranquilo y rosado de la Nochebuena.

Arévalo, 24 diciembre 1966

AL BALCON

Brilla frente al balcón de mi aposento
la sábana impoluta de la nieve,
borradora del áspero relieve
de la besana, hoy fría y sin aliento.

Aquí en mi soledad, apenas siento
como rapsodia de un chirrido leve
mortiguo y alejado que se mueve
una veleta a la que empuja el viento.

¡Oh acolchados rumores que sepulta
la nieve, antes de hacerse blanca alfombra
que una luz de poniente bruñe, exulta!

Mañana, entre el albor de puros tules
cuando el orto despeje la hosca sombra,
serán los horizontes más azules.

Febrero 1922.

LO QUE ME RODEA

*A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.*

A. Machado

Para aliviar cansancios cotidianos,
tengo un lecho de hierro, una frazada
de lienzo recio y un limpia almohada,
obra de blancas e ignoradas manos.

Ajeno a la molicie voluptuosa,
la tierra de mi alma yace encesa
de visiones de paz que el sueño besa,
mientras la flaca carne en él reposa.

Quiero dormir en ese lecho austero
los días que le queden de existencia
a esta carna cansada y dolorida,

y a dar a Dios el hálito postrero,
cuando me embarque hacia la eterna ausencia,
donde expiró la que me dio la vida.

9 abril 1964

AYER

Bajo el chambergo la expresión altiva
—airosa capa y fina espada al cinto,
brasa de amor en la mirada viva—,
el galán abandona su recinto.

Son por filo las doce. La ancha plaza
con su eco acoge el paso cauteloso
del caballero de la brava traza.
En volado balcón un rostro hermoso.

Lejos pasa la ronda. Vuela un beso
de labios de la bella, y en rendida
actitud de deleite y embeleso,

la recibe el galán... Hay algazara
en calleja propincua y retorcida;
y, bajo el brillo de la luna clara,

el hierro apresta el caballero para
jugarse los amores y la vida.

Nuevo Mundo. 30 agosto 1918

ROMANCE POR MI TIERRA

Amada Castilla clara,
la de las llanuras áridas;
la de las puestas gloriosas
del sol que al ocaso marcha;
la de los pueblos tendidos
que un campanario destacan
como el pastor que al ganado
en los tus terrales guarda,
se destaca de la oscura
móvil, del rebaño, mancha;
la del camino blancuzco
que en lontananza se alarga
y parece que no muere
y parece que no acaba;
Castilla de mis cariños
la que tu leyenda esmaltas
de hidalguías, de bravezas,
de heroicidades, de magnas
empresas de paz y lucha
y llenas de vidas altas
los campos donde combate
por la luz la grey humana,
prestas la serena cántiga
de tu vida soledosa
igual de tranquila y clara
que la vida de un honrado
hogar de mi tierra amada;
la de mujeres honestas
de belleza soberana,
una que infunde respetos
belleza tranquila y mansa
que de tu amor nos deleita
beber la clara fontana;
la de casas solariegas,

realengas, de historia rancia
que se empotran de tus villas
en las sólidas murallas.
Castilla que hiciste místicos,
poetas, guerreros, santas,
artistas, sabios, varones
y pícaros de la jácara
y de la risa, maestros
de la leyenda bribiática
y jocunda, galardones
de las letras de mi patria
la que en su suelo fecundo
la rica simiente ampara
que luego hará un tapiz de oro
que cubra la tierra parda
—así la hermosa modesta
que un día luce sus galas
y nos sorprende dichosos
de verla bella, alhajada—;
la que cuanto más sufrida
más inmensamente ama;
ten por ofrenda humildosa
de un soñador que te canta
este manojo de pobres
flores mustias, sin fragancia,
que ha ido espigando en los tristes
huertecillos de su alma;
el manojo, este romance,
las flores son de nostalgia.
Para ti, llana Castilla,
la de las llanuras áridas,
la de las puestas gloriosas
del sol que al ocaso marcha.

COMUNION

(De regreso en Castilla)

Lejos dejada la norteña bruma
piso la parda alfombra de tus agros;
vuelvo a ver lisas lomas, rostros magros
y un horizonte que jamás se esfuma.

De rodillas mi amor por la besana
dice otra vez la endecha conocida;
mi oración que es estrofa de mi vida
forjada en la meseta castellana.

Y en este que cantó Galán austero
templo de paz, terral ennoblecido,
solar de la leyenda, a la declina

del rojo sol poniente, en un sendero
mi espíritu de paz y amor ungido
hace su comunión de luz divina.

El Norte de Castilla. 1924

ELEGIA INGENUA DEL OTOÑO

He preguntado al otoño
la razón de su tristeza,
y el otoño ha respondido
— Ve esa lontananza muerta.

Ha señalado una acacia
revestida de hojas secas,
y en un rastrojo esquilmado
—sábana parda y austera—
ha hundido la de sus ojos
pupilas amarillentas.

Me ha llevado al borde de una
melancólica ribera
y el turbio cristal del río
me ha pintado su silueta.

— Mira, me ha dicho el otoño
esas aguas que no rielan
y esta luna que parece
llorar una antigua pena...

Y hemos mirado a la luna,
en silencio nuestras lenguas,
mientras sonaba lejana
la campana de la aldea
vibrando ante los celajes
de la tarde polvorienta.

— Mira ese pinar oscuro;
parece una idea negra,
y esas aves por el aire,
aves de traza agorera.
Mira cómo silba el viento
entre la fronda reseca
y cómo gimen los árboles
a su caricia siniestra...

Va a venir negra la noche
por lo blanco de la sierra.

Y un instante sorprendido
de una idea predilecta
han diseñado sus labios
una sonrisa ligera,
y ha tomado el senderillo
y ha dejado la floresta.

— ¿Irá —he quedado pensando—
a besar la carne enferma
y los labios blanquecinos
de alguna tísica bella
que agonice en el ensueño
de una clara primavera?

¿Diría el débil tañido
que llegó antes de la aldea
del triste poema blanco
de una vida que se quiebra
en los más floridos días?
(¡Oh la marchita azucena!)

He preguntado al otoño
la razón de su tristeza,
y lejos ya, ha respondido
— ¡Mira cuántas cosas muertas...!

Y ha seguido hasta perderse
por la serpenteante senda
que cruza el llano desnudo
en dirección a la aldea.

El Liberal. 1 diciembre 1912

JUNIO

Este es el mes de la promesa verde,
de ópimo fruto de Pomona y Ceres;
frescura y risa ganan las mujeres
y al enlabiarla en la siringa muerde,

jocundo, Pan, bajo el azul del día.

Viene el aroma de la flor de acacia,
que ya se cae, despetalada y lacia,
y en los trigales triunfa la alegría

del ababol sangriento. El aire es suave;
canta el grillo lo único que sabe;
pasta la vaca pensativa y grave,

lanza su sinfonía el petirrojo
y la cigüeña engulle su alimaña,
irguiendo hacia el cenit su pico rojo.

Valladolid. 1949

ROSAS DEL CREPUSCULO

En el cáliz solemne de la tarde embrujada
florecieron las rosas de mi melancolía,
mientras en la frontera línea difuminada
de un horizonte viejo el sol ya se ponía.

A tono de mi alma, un piano gimiente
perlabo con sus notas la emoción del momento
sublimizando el nimio motivo de un presente
que era todo en las naves huecas del pensamiento.

Prendido a toda angustia, aquel dolor hiriente,
hecho rosas enfermas del jardín de mi mente
ramillete sin forma, se deshojó en la nada

e igual que flor de tisis en el otoñal vaso,
mis rosas de nostalgia macularon el raso
desvaído y secante de la tarde embrujada.

ATARDECER CASTELLANO

Me besó el crepúsculo
mi frente de loco.
Un sol que fue sangre
en el horizonte hundía sus oros.
Un rayo postrero
prendía en mis ojos
la visión doliente
de un campo de Otoño.
En sendero blanco
largo y silencioso
se pierde en la bruma
plata de los chopos.
Lejos se percibe
el cantar prolongo
de algún zagalillo
que hay en el rastrojo.
Un rastrojo pardo
esquilmado y mondo.
Una yunta vuelve;
canturrea el mozo
un cantar sabido.
Tras la yunta, polvo.
Llenarán el aire
ruidos misteriosos
—ritmos de la noche—.
Una esquila. Otro
zagal y sus ovejas.
Angelus. El sonoro
correr del regato...

La Llanura, 5 abril 1910

POR LA TRILLA

(Rimas de estío)

Qué música más süave
la que hace el trillo en la parva,
qué música más süave
y cómo al son de ella cantan
los gañanes.

Con qué majestad resbala
el fuerte tablón dentado,
con qué majestad resbala,
y las mulas, del establo
cómo sienten la nostalgia.

Y caminan somnolientas
al acucio de la tralla,
y caminan somnolientas
bajo un sol que las abrasa
y hace del llano una hoguera.

Zagala de francos fuertes,
la de la color melada,
zagala de flancos fuertes,
la del pensamiento en calma
di, si quieres

porque me dictes mis rimas
ser mi musa de verano,
porque me dictes mis rimas
y porque alegres cantando
el alma mía.

Y hazme un rancho en el tu trillo
y enséñame tus canciones,
hazme un rancho en el tu trillo
y haz de este poeta un hombre
de más brío.

Y yo templaré mi lira
al sol que meló tu cara
y yo templaré mi lira
cara al sol y bien templada
para decir poesía.

Y con la música suave
que el trillo dice en la parva,
con esa música suave
acordaré mis cantatas
y romances.

Y tú habrás dado a mi verso
fuerza, color y armonía
y tú habrás dado a mi verso
lo que no tuvo antes: vida.

Vida que canto al trillar
porque he templado mi lira
y he acordado mis cantatas
cara al sol y a la caricia
tranquila de tu mirada...

¡Qué música más suave
la que hace el trillo en la parva,
qué música más suave
y cómo al son de ella cantan
los gañanes!

Heraldo de Zamora. 1907

EL PINAR

Das al rumor de los vientos
una solemne palabra,
y parece que su música
se hace misteriosa y canta
bajo el toldo verdinegro
de tus copas apretadas,
en los crepúsculos mansos
de la llanura. Embalsama
la fragancia de tus jugos,
y entre los troncos, se sangra
la vida de los ocasos,
teñidos de tintas magas.
Tienes tu rito, eucologio
de hipotéticas plegarias
de serenidad y de hondas
eternidades calladas;
rito para pensativos,
para monólogos de almas...
El pinar es en la noche,
negro de enigma, y el alba
recibe de su negrura
las primeras alboradas:
piar de pájaros, vuelos
y color verde esmeralda.
(La sonrisa de color
de la llanura segada.)

Blanco y Negro, 12 septiembre 1926

PLEGARIA DEL SAUCO

Es incensario de aroma
y un blanco de eucaristía
la olorosa sinfonía
que por mis bardas asoma.

Niveo palio en que se acroma
el verdor de la enramada,
bajo la tarde encalmada
y el resol y su calina:
ofrenda de albor, divina
gaya oración perfumada.

Septiembre 1956

OTRA VEZ CASTILLA

Castilla, tierra de pinos,
de besanas y de oteros,
cruzada de albos senderos
y de arroyos cristalinos.
Llena de historia, la llana
superficie de tu suelo,
eleva su barbacana
hacia Dios su alto desvelo;
y altiva o mansa, tu vida
palpitante bajo el cielo,
es un rosa encendida.

NIEVA

(Soneto en heptasílabos)

Desciende blandamente
la impoluta nevada,
y en la tarde encalmada
manso frío se siente.

Viste el día un sudario
albo, de infantil sueño;
se añora el recio leño
de hogar hospitalario.

Y yo que peregrino
de la vida, camino
en busca de Ideal,
piso la blanca nieve
y aspiro el viento aleve
y helado de lo real.

10 febrero 1911

La Esfera. Madrid, 12 febrero 1921

VENDIMIA

Una alegre caravana
de mozas —risas, cantares—
ha hecho un campo de viñares
irrupción una mañana.

Cantan la alegría sana
de vivir y sus pesares;
son de negros aladares,
negros ojos, boca grana.

La locura les despoja
de pudor, pues de uva roja
se han ungido con el vino.

Baco goza con la loca
fiesta, y se le ríe la boca
cínico, alegre, ladino.

Impresiones. Valencia, 15 octubre 1909

CREPUSCULO EN LA LLANURA

Del sol el disco rojo en la lejana
línea del horizonte se ha ocultado,
impregnada la paz de la besana
de un santo aroma a cereal segado.

Diluye una onda ingenua la campana
al desgranar el "Angelus" pausado,
y como laude a la ancha tierra llana,
levanta un son de esquilas el ganado.

Religioso el espíritu se efunde
en un ropaje místico de asceta,
y al instante el rebelde queda absorto...

Un mar de ideas locas le confunde,
y casi casi olvida que habrá un orto
que hará sangrar la luz a la meseta.

Vida Socialista. 11 diciembre 1910 - N.º 53

DEL OTOÑO EN CASTILLA

Se visten de oro viejo las choperas
y hay un sueño de calma en el ambiente.
Se ha dormido el espejo de la fuente,
viene un grato frescor de las riberas...

Su reseco terral las rastrojeras
tienden al rojo sol descaeciente
que va a hundir en su lecho de occidente
la pompa perennal de sus hogueras.

Bajo el silencio místico, la tarde
pone en nuestra alma que en fervores arde,
serena placidez contemplativa.

Y creemos oír que a la llanura
el recio corazón de tierra oscura
le late entre un calor de llama viva.

Mundo Gráfico. 8 agosto 1917

ELOGIOS

A SAN JUAN EN SUS VIGILIAS

Estadad de los que ingiereis
como de las nocturnas sangres
las pastores del sur que son
de Marañón ingiereis los que son

de vicuñas ingiereis los que son
del sur que son los que son
de vicuñas ingiereis los que son
del sur que son los que son

de vicuñas ingiereis los que son
del sur que son los que son
de vicuñas ingiereis los que son
del sur que son los que son

de vicuñas ingiereis los que son
del sur que son los que son
de vicuñas ingiereis los que son
del sur que son los que son

Madrid, mayo 1908



Institución Gran Duque de Alba

A SAN JUAN DE LA CRUZ, EN SUS VERSOS

Emanan de tu lira ingenua y pura,
como de un hontanar sereno y grato,
las palabras de luz, sin aparato
de literarias normas, sin la horrura

de florestas tupidas. Son el fuego
del amor que te inflama y se hace rima
plena de sencillez; rima que anima
un decir sin aliño. Y suben luego

hacia el cielo en divinas espirales,
hechos polvo de sol y luz de estrellas
tus oteros y lomas celestiales.

E irán "por esos montes" y besanas,
siglo tras siglo tus estrofas bellas
para honor de las letras castellanas.

Madrid, marzo 1958

GABRIEL Y GALÁN

Se perfumó su musa castellana
de tomillos, retamas y romero,
a través de su espíritu, señero
de paz y bondad viva, la besana
tuvo el magno cantor, la tierra llana
encontró su magnífico trovero,
y en un decir armónico y austero
fundó el poeta la visión humana
de su mundo interior. Llanos y alcores
fueron fondo ideal de sus poemas,
y el campo de oro y el inmenso espacio.

Y entre barbechos y silvestres flores
que al sol se tornan rutilantes gemas,
en Galán se vertió el alma de Horacio.

Montejo, agosto 1957

EMILIO CARRERE

*... que fue su obra de chispero neto,
con algo de París: joya engastada
en castizo decir como una gema.*

De la prosa moliente que exhala el medio urbano,
extrajo limpias rimas nimbadas de ideal;
le obsedía el oscuro misterio del arcano
y las flechas malditas del pecado mortal.

No vivió sin embargo en olor ciudadano
de comicios y votos, pero sí en un total
entregarse al embrujo picaresco y liviano
de la "villa estrellada", que es su villa natal.

Bajo la blanca luna paseó sus ensueños,
trenzando madrigales con sus tusonas bellas,
por las Cavas cuestosas del Madrid de Galdós.

Bebió de la alta noche los falaces beleños,
pero ungido del numen de tejados y estrellas,
fue poeta señoero por la gracia de Dios.

Ceres, diciembre 1970

AMADO NERVO

Recibió de sus nimbos siderales
donde vierten su lumbré las estrellas
la limpia luz para sus rimas bellas,
horras de los anhelos terrenales.

Vistió su musa azul tenues caudales,
donde sólo lo austral dejó sus huellas;
y semeja un cortejo de doncellas
el filar de sus versos irreales.

Tomás de Kempis te ciñó de vida
de una negra tristeza permanente,
y Allan Kardacc le señaló el trasmundo.

Y así vivió su alma estremecida
entre las lucideces del vidente
y el tedio de las cosas de este mundo.

CASTROVIDO

Una pluma castiza y un corazón en flama
y la llama perenne de un recto pensamiento;
la piedad, la justicia y el romántico aliento
que contra todo entuerto con voz herida clama.

Tal es el hombre puro que en Minerva se llama
Roberto Castrovido, lumbre de un firmamento
que se queda sin soles, cobijando el lamento
de un pueblo vacilante entre sombras de drama.

Con la mirada en lueñes rosadas perspectivas
por los predios hispanos hunde sus pensativas
pupilas de vidente de un horizonte rojo,

mientras los Sanchos medran y, picarescamente,
ven no ganar camino al puro y al vidente
liberal como Byron y, como Byron, cojo.

El Norte de Castilla. 30 julio 1922

SOPA DE LETRAS

*Música de vals de los besos de "El conde de Luxemburgo".
A Agustín de Torrontegui, gran amigo del camelo.*

¡Benavente, Galdós!
¡Amorós, Amorós!
Ramón Ausensio Más...
Zozaya, Rusiñol,
Lepina Plañiol
¡Juan Blas, Juan de Blas, Juan de Blas!
Zamacois, Sandoval...
¡Acebal, Acebal!
Cavia, Ortega y Gasset.
¡Luis Olmet, Luis Olmet,
Zahonero, Casañal,
Beruete y Moret!
¡Escofet, Escofet, Escofet!
¡Gabaldón, Gabaldón!
Morote, San Román,
Marquina, Répide, Cortón.
Díaz Mirón
y Valle-Inclán.

*Heraldo de Zamora. 9 enero 1912
Las Batuecas, a cualquier hora.*

GLOSA BECQUERIANA

*Mi vida es un erial,
flor que toco se deshoja...*

En mi alma, tierra arrecida
ya no florece un rosal;
tengo la risa perdida...
Pulpa de amor ya exprimida,
mi vida es un erial.

Parece que un hado adverso
me ha ungido de sangre roja
y que en mi espíritu aloja
odio y mal un Dios perverso:
flor que toco se deshoja.

Sólo sombras y negrura
se concitan en mi umbral,
y el dolor de mueca dura
me muestra en la espesa horrura
y en mi camino fatal.

Que la tierra que mis plantas
huelan, gélida y letal
no abriga eclosiones santas.
Ante mí, entre negras cantas
alguien va sembrando el mal.

Hosco y torvo labrador
que negra semilla entroja
de maleficio y dolor
mal grano segado en flor
para que yo lo recoja.

Blanco y Negro. 22 abril 1928

SANCHO PANZA

"Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada".

Cervantes. *Don Quijote*

Te sacó de un mundo oscuro la locura de tu dueño,
y al mundo de la locura se fue tu simplicidad;
y tal carne de justicias creó en ti su loco empeño,
que ya igual que Don Quijote, luchabas por la verdad.

Tus alforjas, tu jumento, y hasta el vino de la bota
iban de un modo inconsciente buscando un mundo mejor;
y así al probar el hidalgo el dolor de su derrota,
tú ibas creyendo en el nimbo de un fulgente resplandor.

Y cuando ya era Quijano, el de "los nidos de antaño"
su nuevo afán de aventuras sufrió un rudo desengaño.
Se humanizaban sus sueños en su lecho de agonía,
y tu puro quijotismo, que a floraba en vivo brote
en tus lágrimas honradas gimiendo se disolvía.
¡Oh, el dolor de su cordura y tus sueños de quijote!

MAROLO PEROTAS

Tiene este hombre risueño, de prestancia serena
seriedad castellana y alegrías de majo,
y en su alma sin repliegues, acogedora y buena,
la pasión por los suyos y el amor al trabajo.

En su pluma florece el donaire castizo;
arevalense neto y de Arévalo ciego,
de estos predios amados siente el callado hechizo
que a sus bellos romances sabe trasladar luego.

Recuerdos y esperanzas en su alma se dan cita
y tienen encendida una luz permanente...
A su espíritu alerta ninguna gracia escapa
del pueblo en que naciera; el campo de su mente
siempre de él está lleno, en su pecho palpita
y le prestan abrigo los vuelos de su capa.

12 mayo 1942

A PI MARGALL

En el IX aniversario de su muerte.

De un jirón de la túnica del Mártir Nazareno
se vistió austeramente su espíritu profeta
y una canción futura, precursor y poeta,
parece tu existencia de vidente sereno.

La senda que alumbrara el faro de tu frente
hoy, ya más florecida, la siguen peregrinos,
que habían en su andanza pisado mil caminos
sin columbar siquiera la estrella de su Oriente.

Pero como era prédica de algún mundo futuro
la que en su clara vida propagaste, el sectario
del ayer en tus hombros colgó el madero duro
de la insidia, y un día recorriste el calvario.

Tu mano veneranda ungió de verdadera
avidez generosa a los que han de seguirte,
y del mar de tu sabia obra imperecedera
náufragos voluntarios, en la gloriosa sirte
han bebido entusiasmo y amor y fe sincera.

Porque antes de extinguirte en la llama en que vives,
de éxtasis gestadores, un bloque inmenso labras...
e igual que Jesucristo dijo siete palabras
pensando en otros días, tú aquel programa escribes.

Que una canción futura, precursor y poeta
parece tu existencia de vidente sereno...
Se vistió austeramente tu espíritu profeta
de un jirón de la túnica de Cristo Nazareno.

A LOS COMUNEROS DE CASTILLA

En el CCCXC aniversario de su decapitación en Villalar.

De una raza gigante fuisteis recios varones;
en vuestra alma ardió el fuego de las vindicaciones,
y, esforzados caudillos de una causa gloriosa,
frente a las demasías de una férula odiosa,
tremolasteis de lucha los morados pendones...
De una raza gigante fuisteis recios varones.

Aquel soberbio grito, que os costó la vida,
fue un grito que aún resuena; un grito que a medida
que los siglos se alargan, se torna apocalíptico,
y, de los nombres nuestros, pasando a ras del tríptico,
va trazando en el tiempo una estela encendida.
¡Oh, aquel grito soberbio que disteis con la vida!

Vuestra sangre ofrendada es el vino bendito
con el que han consumido, en el posterior rito
de sus misas los grandes oficiantes del culto
de la Razón y el Bien, y es como un río oculto
que fluye paralelo a la estela del grito...
¡Mártires, vuestra sangre es un vino bendito!

Gloria a vuestra memoria, hombres de raza dura;
que emerja vuestro espíritu de vuestra sepultura
como un milagro y ponga mi pobre patria en cura,
que ya sólo en su copa hay heces de amargura.
¡Venga a nos vuestro espíritu, hombre de raza dura!

La Palabra libre, 23 abril 1911 - N.º 20

NAKENS

Fibra de apóstol, luchador seño,
recio carácter y ánima abnegada,
al favor y a la intriga nada, nada
debe la gloria del anciano austero.

La ocasión en las horas de algún día
rojo de sangre —horas de prueba dura—
puso a su sien socrática y desnuda
un transparente yelmo de hidalguía.

Bajo su pluma la expresión se trueca
en fluente claridad y de la mueca
de su sonrisa rota, brota el fino

dardo de un ironía campechana,
oro de buena ley —tipo del vino
que se bebe en su tierra sevillana.

El Motín, 1 enero 1923

ESTACIONES

Hay estaciones en la vida, en el amor,
en el tiempo, en el espacio,
en el alma, en el cuerpo,
en el espíritu, en el corazón.
Hay estaciones en la vida,
en el amor, en el tiempo,
en el espacio, en el alma,
en el cuerpo, en el espíritu,
en el corazón. Hay estaciones
en la vida, en el amor, en el tiempo,
en el espacio, en el alma,
en el cuerpo, en el espíritu,
en el corazón. Hay estaciones
en la vida, en el amor, en el tiempo,
en el espacio, en el alma,
en el cuerpo, en el espíritu,
en el corazón.



Institución Gran Duque de Alba
14 de mayo de 1977

 Institución Gran Duque de Alba

HAY ALGO DE CENIZA...

Hay algo de ceniza en el ambiente
que descaece en un nuboso velo;
tintas cárdenas triunfan en el cielo
y un dolor inconcreto se presiente.

La luz desmaya, ríndese y se aleja
por el valle, la loma o la colina,
a la vez que el crepúsculo declina
y el rumorear del río es una queja.

Son un dolor las ramas deshojadas
de los árboles tristes, como un yermo.
En las sombrías sendas desoladas

el letargo del campo nos parece,
como el agonizar de un pobre enfermo,
una cosa que fue y ahora fenece.

1 octubre 1972

INVIERNO

El viejo arisco de la barba blanca
—dígase cual un dicho decidero—
cruza las glebas en trotar ligero
sin que halle alma cordial ni puerta franca.

Aires de encono su silueta arranca
al sedentario, igual que al pasajero,
y los cierzos y heladas del enero,
fieros canes agitan su carlanca.

Cabe al hogar terreno en la cocina,
se junta la familia frente al fuego,
en ademán de antigua mansedumbre,
mirando arder los leños de una encina
que —bien de paz y calor— invitan luego
a ensoñar el estío ante su lumbre.

Ceres, enero 1973, pág. 136

ESTIO

Fragua al fuego terral en la semilla,
dorada y seca del sabroso grano,
la luz viva del cielo castellano
hace crujir las mieses en la trilla.

Antes, la hoz bajo sus rayos brilla
en el blanco olear del rojo llano,
y duramente asida, férrea mano
la convierte en mortífera cuchilla,

que hiende y siega, y la espiga aduna,
bajo el plafón que ha de enlucir la luna,
de pálidos reflejos y cendales.

Y ya se ensueña la futura pena
de ese suave langor que el alma llena
en los tristes nocturnos otoñales.

4 julio 1973

MEDIODIA CASTELLANO

Crepita en el rastrojo la mies seca, olvidada
bajo un sol implacable que rueda en las alturas;
descansa el segador que añora las alburas
de su casa gallega, tranquila, aureolada,
con dulzores de cantos que dicen la alborada
con canciones que dentro, con voz lenta, pausada
llora la rapaciña. Brilla el astro que asura.
Un caminante viejo que cruza la llanura
plane más que pronuncia una frase ya usada
que corresponde afable al rudo campesino
inclinándose luego y hendiendo con la hoz fina
las doradas espigas que llegan al camino
en su manso olear. Una roja neblina
flota en el aire ardiente cual velo purpurino.

Arévalo, 1906.

El Adelantado de Segovia, 21 agosto 1906 - N.º 2.492

PERFIL OTOÑAL

Entre azulosa y pálida neblina
se esfuma un fondo de paisaje muerto;
ocaso triste de un matiz incierto
es sudario del sol que ahora declina.

Silente el llano, muda la colina,
el viento gime en su estatuario yerto,
igual que un triste corazón, abierto
al humano dolor, que a la divina

misericordia impetra... Fluye el río
como una seria y grave melodía;
las hojas ruedan, secas, por el suelo
y a cosas y hombres entumece el frío;
melancolía suave tiñe el día
y al dolor de lo muerto acoge el cielo.

Arévalo. Navidad, 1968

LA EMOCION DE LA HORA

La larga paz del rústico sendero
se aroma del incienso de la tarde;
la luz del sol poniente apenas arde
tras la giba sinuosa de un calvero.

Exhala la llanura el alma entera
en este agosto instante religioso,
y se hace más profundo y prestigioso
el silencio de la amplia barbechera.

En los labios del tosco caminante
el saludo ordinario se hace un rito,
que contestamos llenos de emoción;

como si en el encanto de este instante
—templo el terral, dosel el infinito—
las palabras sonaran a oración.

El Liberal, 14 marzo 1913

TRIPTICO AUTUMNAL

(Sonetos en octosílabos)

Amanece...

Murió la noche. Una raya
dorada rompe el Oriente
y palideces de frente
de rubia en el cielo ensaya.

Un incendio lento explaya
rubores que el cielo miente
y el antes brumoso ambiente
se torna claro. Desmaya

y muere una estrella. Luego
se levanta el áureo disco
y el tinte de sangre crece.

Dice un poema de fuego
al lucir detrás de un risco;
Ya triunfa el sol. Amanece.

Impresiones, 15 octubre 1909 - N.º 73

CREPUSCULO

En nubes de lejanía
la ciudad muerta reposa;
tiene fragancias de rosa,
enferma el ánima mía.

Se va de mí la alegría
y desciende como losa
de plomo, no sé qué cosa
de pena y melancolía.

Otoño sobre mí muere
sedándome el alma, como
si un beso de madre fuere.

El sol pálido ya no arde
y yo ahora comunión tomo
en la fiesta de la tarde.

Impresiones. Valencia, 15 octubre 1909 - N.º 73

VIEJECITOS AL SOL

Bajo el riente sol del mediodía,
en los parques fragantes y regados
toman el sol los viejos resignados
a un declinar sin sueños ni alegría.

Presas de una letal melancolía,
memoran el ayer, a él entregados,
hieráticos e inmóviles, botados
por luz fatal a próxima agonía.

Frente a las gayas risas infantiles
que alegran el paraje, los ancianos
contemplan a los hombres del mañana

jugar y saltar juntos, y en sutiles
razonamientos mudos, los hermanos
en senectud se entregan al nirvana,

ante el interrogante en que se encierra
en la faz de la tierra
la lucha del vivir, áspera y vana.

TRANSICION

Paisaje vespéral de octubre cano,
árboles amarillos, suelo seco;
de rumores difusos suena el eco
y se añora el encanto del verano.

¡Qué dulcemente exhala la serena
placidez del paisaje adormecido,
y cómo se presiente el aterido
panorama invernal! Llega la pena

futura del helor de las llanadas,
el crepúsculo breve, el cielo oscuro,
la nieve en los senderos, como un puro
vellón de un recental en las majadas.

Y es pena ya el anuncio del invierno,
la perspectiva umbrosa de los días
de tardes melancólicas y frías
y el surco hechido bajo el brote tierno.

Y la cabeza blanca del anciano
—árida tierra de simiente fría,
sin clara y luminosa perspectiva—
piensa en las tristes sombras del arcano.

El Diario de Avila, 28 octubre 1965

PAZ DEL CREPUSCULO

Entre los altos chopos corre el río
en este atardecer de luz opaca,
y tendido en el llano se destaca
de la ciudad silente el caserío.

La zona del pinar —verde sombrío—
el zarco tono azul del fondo aplaca
y en los parados ojos de una vaca
se retrata el paisaje, calmo y frío.

¡Qué mansa paz mi espíritu aquí halla!
Corre brisa otoñal sobre el rastrojo
y de un rebaño se oyen las esquilas.

Todo a mi alrededor se duerme y calla,
el horizonte se ha tornado rojo
y a mí se me humedecen las pupilas.

LA ESPIGA

Fina, flexible, serpenteante al manso
soplar el viento de una tarde roja
de sol y de calina, es en la hoja,
con miriadas como ella, igual remanso

de oro viejo de Dios. En la llanura,
su cabezuela henchida de promesas
de paz y bien, se abate como esas
frentes que volvió torvas la amargura.

Luego abrirá su corazón precioso
en generosa ofrenda a los humanos:
múltiples razas y diversas gentes...

y comerá pan blanco el poderoso,
de nuevo sembrarán las mismas manos
y el surco regarán las mismas frentes.

El Sol. Madrid, 5 febrero 1921 - N.º 1.090

LIRA FRANCISCANA

Un poco gauchito, sencillo y con
que se ocupan más tarde a mí
y guita graciosa que facha
sobre la penitencia y pedro de

Se yongre, como de la vida
repetida, repando, repando
y como una galletita, como una galleta
de pan de la vida, como la vida

añade en la vida, en la vida
o en la vida, en la vida
A mí, como la vida, en la vida

Se yongre, como de la vida
repetida, repando, repando
y como una galletita, como una galleta
de pan de la vida, como la vida

El Diario de Avila, 21 de mayo 1949

MI GATO

Este gato pardo, remolón y suave
que se enrosca tibio junto a mis librotes
y guiña gracioso sus finos bigotes,
todo lo penetra y todo lo sabe.

Se yergue, formando trémula joroba,
entorna, moroso, sus ojos redondos,
y para sus glaucos, misteriosos fondos
al sol de la tarde su folgor le roba.

¿Bebe en estas luces su sabiduría
o es cosa de siglos su cábala extática?
A mí me seduce su filosofía,
grave y epicúrea, muelle y desdeñosa,
y pido a sus ojos de luz enigmática
el hondo secreto del hombre y la cosa.

El Diario de Avila, 21 enero 1946

UN GALGO EN LA MANCHA

En la paz de la tarde lugareña,
su silueta elegante y escurrida
pasa y repasa. El rojo sol domeña
la libertad de hacer... Pesa la vida

Tras visillo de tul, privada sueña
de amor alguna dulce prometida,
y al galgo de la traza velazqueña
dirige una mirada distraída.

Se para el galgo. Como si pensara,
su cuello audaz eleva al infinito
y su nariz husmea a la ventura.

Se dijera en espera de la rara
prestancia de Quijano y pronto a un grito
de la encantada voz de su locura.

LA MOSCA

De la boñiga que macula el suelo,
airosa y grácil a mi plato llegas,
y me amargas las horas veraniegas
con tu inseguro y vacilante vuelo.

Inútil previsión e inútil cielo,
a propagar la enfermedad te entregas
y tomas plaza entre las fuerzas ciegas
que tejen de la muerte el negro velo.

No sé qué otra misión te traiga al mundo,
sino refocilarte con lo inmundado,
perturbar nuestra calma, terca y hosca,
y hacer de nuestros nervios puro cisco...
Yo me niego a llamarte "hermana mosca",
a trueque de reñir con San Francisco.

Ceres, 15 agosto 1951

EL CISNE

Bajo el vernal sofoco se ha adormecido el lago
mecido por el aura caliginosa y roja
del alma de la brisa... No se mueve una hoja
del parque circundante entre el sofoco halago.

Y del parque ha surgido, ebúrneo y espectral,
un cisne misterioso con el cuello ondulante...
Y avanza y surca el agua en estela elegante
que muere en ondas suaves junto al cañaveral.

Y luego, fatigado por la calina ardiente,
en medio de las aguas se para de repente
y en la linfa sumerge de su cuello el albor;
y se dijera viendo su albura inmaculada,
que es su cuerpo en la calma extensión azulada,
inmenso copo blanco, la esencia del blancor
de la última morada.

16 octubre 1957

SAUCO

(Soneto íntimo)

Sobre las bardas del corral anejo,
extiende su blancor de eucaristía
la gaya y olorosa sinfonía
de unos saucos que planté ya viejo.

Del rojo sol al cálido reflejo
al niveo palio asoma la alegría
de su verdor jugoso y la armonía
de un rumorear de langoroso dejo.

Su penetrante aroma hasta mí llega,
y en la tarde calina y encalmada
se dijera oración que se me entrega,

llena de una claro amor que yo percibo,
de pura gratitud mi alma impregnada,
mientras divago o simplemente escribo.

LA RANA

(Soneto burlesco)

Te la das de cantante de zarzuela;
estás enamorada de la luna,
y croas para ti, en la hora oportuna,
que es la misma en que canta la mochuela.

No ha sido muy selecta vuestra escuela,
pues que las dos desafináis a una;
y mal que bien, con singular fortuna,
ya que hacia el cielo vuestro canto vuela.

Pero tú con tu hermoso y verde traje,
igual que la junquera que te esconde,
te crees soprano y tu garganta secas...

No tomes mi consejo como ultraje;
pero el lugar que a ti te corresponde
está en un merendero de Vallecas.

Album de Ceres, 15 junio 1952

CIGÜEÑA

Corta el ámbito gris en el crepúsculo
su afilada silueta,
pelea con el viento a contrapelo
sorteando la ráfaga,
y pinta en la espadaña un garabato
grotesco y lánguido al posar su vuelo.
Enhebra cielos y horizontes largos
con su dislocada geometría
sobre las mil tierras que la acogen
—burgos mudos y ruinas de campana—
y en la elegante pata, nueva y fina
irguiendo hacia el cenit su pico rojo
junto a la cruz engulle la alimaña.
Duros soles de julio
la tuestan y recaman...
Tierras de pan llevar son sus espejos
de alinde pardo con el marco de agua.

Agosto 1953

A UN GRILLO

Testa de toro, balandrán brillante,
frente a las noches plácidas de junio,
tu "cri-cri", bajo el claro plenilunio
acompaña al rendido caminante.

Pero has de comprender que es muy modesta
y muy parca tu pobre sinfonía,
para que pueda, al fenecer el día,
ser un digno homenaje a la floresta.

Deja que el ruiseñor vierta el tesoro
de sus arpegios de oro y de cristal
bien de armonía y maravilla de arte;
cesa en tu pretensión de hacerle coro,
y con todo tu aspecto clerical,
márchate con la música a otra parte.

EL GRANO DE TRIGO

Dorado germen de la paz y el suave
reposo del hogar. Rubia pepita
de impagable valor, en que palpita
la vida del mañana, denso y grave;

partícula que forma en prieta espiga
el futuro tesoro de los panes,
premio de la labor y los afanes
de la vida cruel: ¡Dios te bendiga!

Gloria de oro moreno en el granero,
bendición que será harina impoluta,
blanda y blanca como albor del día,
alba de amor y bien, santo venero
que nos allana la forzosa ruta,
alimento vital y eucaristía.

Arévalo, junio 1956

GUSANOS TRIUNFADORES

Bajo enervante calma levantina,
en un lecho de frágiles cañizos,
feo gusano crea los hechizos
que son placer del alma femenina.

Seda joyante que a una reina altiva
hará gozar en brillos y prestancia,
seda que da prestigios de elegancia
a la hetaira venal, lujuria viva...

Fulge esplendente en clámides papales,
goza de lo fastuoso las primicias
y es caricia en la carne de la hermosa.

Un vil gusano triunfa en los anales
de los más altos lujos y delicias
y otro gusano vil triunfa en la fosa.

Arévalo, julio 1956

PERRO DEL PASTOR

En el festón de un lindero
y en el declive suave del ribazo,
dócil rebaño, domeñado el brazo
y la honda del pastor, frente a un otero,

tierras de pan llevar, tarde mediada,
ramonea en su paz la grey sumisa
mientras en los confines se divisa
la franja del ocaso ensangrentada.

Y un gozquecillo vivaracho y rucio
—capa moteada, rabo erecto y sucio—
sin corporal prestancia, doma y guía
en el severo y ondulante llano,
la mansa piara. Y el pastor confía
y descansa en este can vigía,
para el hato de ovejas, rey tirano.

Arévalo, agosto 1956

EL GALLO

Pregonero orgulloso de las horas
que se deslizan calmas en su aldea,
sultán que en su serrallo se recrea,
vocero fiel de ocasos y de auroras.

De hermosos tornasoles te coloras,
y tu cresta como un airón rojea
sobre sumisa grey que cacarea
entre olorosas y rurales flores.

Le das tu amor y protección gallarda;
y antes que el sol en los confines arda,
en un ruidoso y lírico derroche

de tu clarinear vivo y sonoro,
anuncias, arrogante, el alba de oro
y decretas la huida de la noche.

El Adelantado de Segovia.
Segovia, 1 septiembre 1960

CIGÜEÑA

Espeja su arbitraria geometría
en espejos de tierra parda y muda
—alinde de agua y marco de rastros—
corta como saeta alba desnuda
y es paracaidista de torres centenarias,
canta su ritornelo de horizontes
en monótonas árias
de dislocados cuellos, y se posa en los montes.

Y sobre la espadaña
recortada
de las torres de España
bien plantada y segura
sobre la elegante pata roja
en silencio devora la alimaña.

Soles de julio bañan su blancura;
su pico enhebra sol, ocasos lentos
y horizontes azules.
Su silueta afilada afila vientos
y rasga aéreos tules...

El Diario de Avila, 14 julio 1960

EL BUEY

Te amo, plácido buey, y en sentimiento
de paz y de vigor mi pecho anegas,
igual cuando reposas en las vegas,
solemne y calmo, que cuando al tormento
del yugo abrumador con lluvia y viento,
tu cerviz poderosa, humilde entregas,
y ayuda das al hombre ante las ciegas
lejanías sin fin. Base y sustento
de él y de los suyos, la besana
años y años oyera tu mugido,
como un himno fecundo que se pierde
bajo el cielo y el sol de la mañana;
mientras en tus pupilas se ha dormido
la blanca majestad del campo verde.

ESTA ROSA, AL MORIR...

(De Pierre Hioch)

Esta rosa, al morir, ha comprendido
la efímera virtud de ser hermosa,
y en su postrer aroma difundido
—puro y sutil— va el alma de la rosa

Su pobre corazón envejecido,
en un día marchito, es una cosa
que maldice al imperio interrumpido
no obstante eterno, de la noche umbrosa.

Y ella plena de ciencia, en un instante
nos niega sus matices y el fragante
perfume de sus pétalos galanos,

avergonzada en su verdoso trono
de nuestra fealdad y del encono
que ponen en sus luchas los humanos.

GLOSARIO



Institución Gran Duque de Alba

GLOSARIO



Institución Gran Duque de Alba

A

Ababol: amapola.

Acedo: ácido, desabrido, agrio.

Acre: áspero y picante al gusto y al olfato.

Adunar: unir, juntar.

Agio: especulación sobre los fondos públicos.

Agora: plaza pública.

Agorero: supersticioso. Que predice males sin fundamento.

Airón: penacho de plumas que se usa como adorno en los sombreros.

Ajenjo: bebida alcohólica preparada con ajeno y otras hierbas.

Ajimez: ventana arqueada u ojival, dividida en el centro por una columna.

Alabeado: curvado, combado.

Aladar: porción de cabellos que caen sobre cada una de las sienes.

Albo: blanco.

Alcor: colina.

Aleve: traidor, alevoso.

Alharaca: demostración vehemente de un afecto.

Antropométrica: referente a las medidas del cuerpo.

Arabesco: ornamento de figuras geométricas y vegetales.

Arcaz: arca.

Aria: composición musical de carácter melódico.

Arpegio: sucesión de sonidos de un acorde.

Asueto: descanso en el trabajo.

Asurar: abrasar, quemar.

Atavismo: prejuicio.

Atezado: de piel bronceada. Ennegrecido.

Aura: viento suave, brisa.

Aureola: corona, cerco, halo. Gloria, fama.

Avizor: vigilante, en acecho.

B

Balandrán: vestidura talar ancha y con esclavina, que suelen usar los eclesiásticos.

Bancal: rellano de tierra en una pendiente, que se aprovecha para cultivo.

Barbechera: conjunto de barbechos o tierras que no se han sembrado durante uno o más años.

Bardo: poeta. Bardo galiciano (Curros Enríquez).

Befa: burla grosera.

Beleño: planta narcótica. Adormecedor.

Besana: tierra arada en surcos paralelos.

Bezo: labio grueso.

Bizque: estrabismo. Desviación de la mirada.

Blandir: mover un arma con aire amenazador.

Bribiático: de bribar, briviar. Picaresco, holgazán. (Frecuente en la literatura clásica.)

C

Cábala: ciencia oculta relacionada con la interpretación. Conjetura.

Cabe: preposición. Cerca de, junto a.

Cajas destempladas: echar a uno *con cajas destempladas*, ásperamente, con enfado.

Caletre: mollera, cacumen, cabeza.

Caliginoso: denso, oscuro, nebuloso, brumoso.

Calina: niebla muy tenue. *Tarde calina*, tarde neblinosa.

Canillas: rodillas.

Carlanca: collar ancho de lienzo y con pinchos, para perros.

Cendal: tela fina y transparente.

Cénit: punto del hemisferio celeste, superior al horizonte, que corresponde a un lugar de la tierra. Culminación, cima, apogeo.

Clámide: capa ligera y corta que usaron los griegos y romanos.

Conventículo: reunión ilícita y clandestina de personas. Conciliábulo.

Coyunda: correa fuerte o soga de cáñamo con que se uncen los bueyes al yugo.

Crestería: adorno ojival de labores caladas, que se colocaba en las partes altas de los edificios.

Cuita: (del antic. cuitar lat. cogitare). Aflicción, desventura, pena.

Cutio, de: de ordinario, diariamente.

D

Delectación: deleite, complacencia.

Desmazelado: flojo, caído, dejado.

Dilecto: amado.

Domeñar: someter, sujetar, dominar.

Dosel: ornamento que se coloca en el techo. Sobrecielo.

E

Eglógico: de égloga. Pastoril, campestre, idílico, placentero, agradable.

Ejecutoria: título o diploma en que consta la nobleza de una persona o familia.

Elitro: cada una de las alas de los insectos.

Emanar: desprenderse, derivar, dimanar.

Enceso, a: cultismo. De incendere, incendiar. Encendido, inflamado.

Entrojar: guardar en la troje o granero.

Errátil: errante, vagabundo.

Estigma: huella.

Estoico: imperturbable, impasible, inalterable.

Endecha: romance en heptasílabos de tema melancólico.

Estridor: sonido agudo, desapacible.

Estro: inspiración poética o artística. Entusiasmo.

Etereidad: (de etéreo). Puro, celeste, elevado, sublime.

Encologio: devocionario.

Exiguo: insuficiente, escaso.

Expeditivo: diligente, pronto, rápido.

F

Faces: rostro, cara.

Federal: perteneciente al Federalismo. Sistema político que intenta superar el poder central absoluto y los intereses particulares de una provincia.

Férula: dependencia, sujeción.

Festón: adorno en forma de guirnalda.

Flagelar: azotar, censurar, vituperar.

Flamear: echar llamar. Ondear las banderas.

Flebilísimo: de flébil. Digno de ser llorado. Triste.

Flexible: mi flexible: mi sombrero.

Fosco: oscuro, de mal carácter.

Frugal: moderado en el comer y beber. Parco, comedido, sobrio, ascético.

Fustigar: azotar. Censurar con dureza.

G

Galeote: condenado a galeras.

Gárgola: caño o canal de desagüe de los tejados.

Garlopada: cepillada con la garlopa, cepillo largo para igualar y pulir las superficies de la madera.

Gayo, a: alegre, gozoso, contento, jubiloso.

Gazaperas: relativo a gazapo. Error, mentira.

Giba: prominencia de un terreno, altozano.

Gleba: terrón que levanta el arado. Tierra de labor.

Glosa: comentario de un texto. Nota explicativa.

Gozquecillo: de gozque. Perrito.

H

Halito: aliento.

Hato: rebaño pequeño.

Hecatombe: gran desastre. Matanza, sacrificio.

Hetaira: ramera, prostituta.

Hierático: rígido, solemne, majestuoso.

Hontanar: fuente, venero, manantial, fontana.

Horro: libre, franco, desembarazado.

Hosco: ceñudo, intratable, áspero, huraño.

Huesa: fosa, sepultura, hoyo.

I

Iconográfico: relativo a la imagen.

Ignoto: desconocido, incierto, ignorado. Lo ignoto: el más allá.

Ilímite: sin límites, indeterminado, infinito.

Infanzón: hijodalgo.

Infolio: libro en folio.

Ingente: muy grande, enorme, colosal.

Inmune: exento, libre.

Impoluto: limpio, puro, inmaculado.

J

Jácara: donaire, garbo, salero, desenfado.

Jamba: cada uno de los laterales de una puerta o ventana.

L

Ladino: sagaz, astuto, taimado.

Langoroso: languidez, lacio.

Lar: hogar, casa.

Lardoso: grasiento, sucio.

Laude: alabanza.

Letal: moral, mortífero.

Linfa: agua.

Lontano: lejano, distante, remoto.

Ludibrio: escarnio, desprecio, burla.

Lueño: lejano.

Lúgubre: triste, luctuoso, funesto, oscuro.

Lumbricante: resplandeciente.

Luminar: astro luminoso. Persona inteligente.

Lustral: purificador.

M

Magín: imaginación, entendimiento, ingenio, caletre.

Malillas: achaques, alifafes.

Mancera: esteva del arado.

Manes: las almas de los muertos, en la mitología romana.

Medro: mejora, crecimiento, prosperidad.

Melado: de color de miel.

Menestral: artesano, artífice, obrero.

Morbo: enfermedad, padecimiento.

Murmurio: rumor, murmullo, susurro.

N

Nirvana: estado de beatitud, en el budismo, consistente en la aniquilación total del individuo por su incorporación al ser supremo.

Niveo: de nieve, blanco, nevado.

Novador: nuevo, renovador, innovador.

Núbil: doncella, púber, virgen.

Numen: inspiración, musa, deidad.

O

Obseder: obsesionar, asediar, preocupar.

Oligarquía: gobierno que utiliza el poder en provecho de unos pocos.

Orlado: adornado, decorado, ornado, engalanado.

Ombrajoso: umbroso, umbrío, sombreado, sombrío.

Opimo: rico, abundante, fértil.

Ornato: adorno.

Oropel: cosa de poco valor. Apariencia.

Orto: salida de un astro.

P

Paladin: defensor de una causa. Campeón.

Palenque: valla de madera o estacada, para cerrar un terreno. Terreno cercado.

Pallo: manto griego. Dosel debajo del cual camina el sacerdote en las procesiones.

Palmilo: cara.

Panegírico: discurso laudatorio. Elogio, alabanza.

Panujo:

Parva: mies tendida en la era para ser trillada.

Patinoso, a: lustroso, con antigüedad y con solera.

Pebetero: vaso para quemar perfumes.

Péñola: pluma.

Perorata: discurso inoportuno y molesto. Alegato, alocución.

Perspectiva: punto de vista. Posibilidad.

Perspicacia: agudeza, ingenio.

Plafón: techo.

Plagiario: el que da como propias ideas, palabras u obras ajenas.

Plectro: púa que sirve para tocar ciertos instrumentos de cuerda.

Pleitesia: cortesía, cumplimiento.

Polichinela: personaje burlesco de la comedia italiana y del teatro de guiñol.

Portaliras: poeta, vate, trovador, bardo. Liróforo y portaliras también las usa-
ba Rubén Darío.

Predio: finca, heredad, terreno.

Preterido: omitido, pasado por alto.

Pretil: antepecho, barandilla.

Prolongo, a: dilatado, retrasado.

Propincuo, a: próximo, allegado.

Prosapia: linaje, alcurnia, casta.

Proscrito: prohibido, marginado.

Prosélito: partidario, adepto, secuaz.

Prosternar: inclinar, arrodillar.

Prurito: afán de perfección. Manía.

Pujo: *con pujos de:* con deseos, con aspiraciones de.

Pletórico: lleno, repleto, abundante.

Q

Quietismo: incapacidad de evolucionar.

R

Ramonear: comer los animales las hojas y puntas de las ramas.

Rapsodia: composición musical de temas populares y nacionales.

Recental: cordero o ternero que mama todavía.

Refocilar: divertir, deleitar.

Refrigerio: alimento ligero.

Remedo: copia imperfecta de una cosa.

Remembranza: memoria, recuerdo.

Resol: reverbero del sol.

Rezongante: que gruñe y refunfuña.

Ritual: rito.

Rodríguez: apoyo que se pone a las plantas.

Rucio, a: de color, pardo claro.

S

- Sablista:** que da sablazos, que sablea. Que saca dinero de otros.
Sedar: calmar, apaciguar.
Señero: importante, único.
Señuelo: añagaza, reclamo, cebo.
Serrallo: harén.
Sesgo,a: oblicuo, torcido.
Sibila: profetisa.
Siringa: flauta. Especie de zampoña, con varios tubos que forman escala musical.
Sirte: bajo de arena.
Solio: silla real o pontificia con dosel. Trono.
Sultán: emperador turco o soberano musulmán. Rico, adinerado.

T

- Tardal:** relativo a la tarde.
Tillado: entablado, entarimado.
Tojo: arbusto de hojas espinosas.
Tornasol: reflejo de la luz en tejidos o cosas tersas.
Trasunto: copia, imitación exacta al original.
Trémulo: tembloroso.
Triptico: pintura o relieve dividido en tres cuerpos.
Trovero: trovador, poeta.
Truchimán: intérprete, comentarista, traductor.
Tusona: prostituta.

U

- Urdimbre:** trama. Conjunto de hilos que, cruzando a lo ancho con los de la urdimbre, forman una tela.
Utopía: Plan ideal e irrealizable.

V

- Vacuo,a:** vacío, vano, hueco.
Vate: poeta, adivino, profeta.

Vellón: vedija, vellocino, lana de una res esquilada.

Verguera: mimbrera.

Vernal: primaveral.

Vestal: sacerdotisa de Vesta, diosa romana virgen.

Vindicar: defender, reivindicar.

Voluptuosidad: placer, sensualidad.

Z

Zahurda: pocilga, enchitril.

Zalagarda: astucia, ardid, trampa.



Institución Gran Duque de Alba

NOMBRES PROPIOS

AYUSO, Manuel Hilario. B. de Osma. Doctor en Derecho. Poeta mediocre. Diputado y republicano federal. Publicó un libro de versos: *Helénicas* que lleva un sustancioso prólogo de Antonio Machado. Luquero lo conoció en el Círculo Federal.

AZORIN. Pseudónimo de José Martínez Ruiz. 1873 Monóvar - 1967 Madrid. Cultivó el periodismo, la novela, el ensayo y el teatro. Colaboró en periódicos como: *El País*, *El Progreso*, *Revista Nueva*, *Juventud*, *El Globo*, *Alma Española*, *España*, *El Imparical*, *ABC*. Fue Subsecretario de Instrucción Pública y se carteó con Luquero. Se habían conocido en las librerías de lance. En *Cavilar y contar* evoca transparentemente a Luquero en "Un viaje a San Sebastián". El 3 de mayo de 1967, veló Luquero los fríos restos de Azorín.

BACARISSE, Mauricio. 1895 Madrid - 1931 Madrid. Poeta, novelista y catedrático de Instituto en Avila. Colaboró en periódicos con artículos de crítica y fue un fino ensayista. Como poeta está influido por el Modernismo y especialmente por Juan Ramón Jiménez. Le dieron el premio nacional de Literatura por su novela *Los terribles amores de Agliberto y Celedonia*. Luquero lo conoció e hizo amistad con él en la Sagrada Cripta del Pombo.

BARK, Ernesto. Ruso, emigrado a España desde 1882, fecha del atentado contra Alejandro II. Revolucionario. Colaboró en *Germinal*, el valiente semanario de Salmerón y García. Fue asiduo colaborador

de *La Lucha*, dirigido por Zamacois. Su hijo Otelio pintó a Alejandro Sawa. Cuando triunfaron los Soviets no marchó a Rusia. Murió en 1922.

BARRIOVERO, Eduardo. Luchador de extrema izquierda. Usaba hermosa capa, chambergo haldudo y pipa bohemia. Lo conoció Luquero en un mitin germinalista y luego en las puertas del cementerio civil de Arévalo, en el traslado de los restos de un viejo librepensador. Visitó Arévalo varias veces.

BESTEIRO, Julián. Madrid, 1870 - Carmona 1940. Dirigente socialista. Catedrático de la Universidad de Madrid. Amplió estudios en Alemania. Krausista. En 1929 fue elegido presidente del PSOE y de la UGT. Fue condenado a cadena perpetua en julio de 1939 y murió en prisión.

BONAFoux, Luis. 1855-1918. Periodista español nacido en Francia. Fundó *El Español* y *El Intransigente*. Certero crítico de la situación política española y de los problemas antillanos y de la Literatura de la época. Sostuvo polémicas con Clarín.

CABALLERO AUDAZ, El. Pseudónimo de José M.^a Carretero Novillo. Novelista. Montilla 1890 - Madrid 1951. Colaboró en *La Esfera*. Su novela combina el erotismo burdo y el folletín sentimental. Hizo propaganda nacionalista durante la guerra civil. Obras: *La virgen desnuda*, 1910; *La bien pagada*, 1920.

CAMBA, Julio. Villanueva de Arosa 1882 - Madrid 1962. Humorista y corresponsal en diversos países. Obras: *Alemania*; *Londres*; *La rana viajera*; *Sobre casi nada*; *Aventuras de una peseta*.

CANSINOS ASSENS, Rafael. Sevilla 1883 - Madrid 1964. Novelista. Crítico literario. Admirable espíritu. Excelente traductor de clásicos. "Hombre cultísimo, judío sinuoso, dulzarrón y nocharniego", dice Luquero. A Luquero se lo presentó Ramón, que luego hubo de enemistarse con él.

CARRERE, Emilio. Madrid 1880-1947. Poeta. Traductor de Verlaine. Bohemio y cantor de los bajos fondos de Madrid. Autor de: *El Caballero de la muerte*, 1909; *Dietario sentimental*, 1916, etc. Tenía su tertulia en el café Callao, a la que asistían Diego de San José, Gonzalo Seijas, Lasso de la Vega y el poeta sablista Pedro Luis de Gálvez.

CASANOVA, Sofia. Periodista gallega casada con un príncipe polaco. Su libro *De la guerra*, lleva como prólogo un artículo de Luquero: "El alma admirable de S. Casanova".

CASTRO Y SERRANO, José. Granada 1896 - Madrid 1929. Cultivó la crónica minuciosa y aguda y la novela corta. Académico. Pertenebió en su juventud a la Cuerda granadina. Escribió: *Cartas trascendentales*, 1861; *Cuadros contemporáneos*, 1866. Es un gran cronista de la segunda mitad del siglo XIX.

CASTROVIDO, Roberto. Republicano incorruptible. Fue el último director de *El País*. Era como escritor, dice Luquero, "la claridad, la concisión y la amenidad". Asistió al entierro de Alejandro Sawa acompañado de Luquero y en él leyó un artículo necrológico dedicado al "Divino Alejandro". Fue aficionado a las tertulias de los cafés. Luquero le dedicó un soneto publicado en *El Norte de Castilla*: "Liberal como Byron y como Byron cojo".

CEJADOR, Julio. Zaragoza 1864 - Madrid 1927. Catedrático de la Universidad de Madrid. Publicó ediciones anotadas de *El Lazarillo*, *El Libro de El Buen Amor*, *La Celestina*, y una extensa *Historia de la Lengua y Literatura española*.

CELLINI, Benvenuto. 1500-1570. Escultor y orfebre italiano, discípulo de Leonardo y Miguel Angel.

CERES. Diosa de la agricultura. Hija de Saturno y Cibeles. Tuvo de Júpiter una hija llamada Proserpina, que le fue arrebatada por Plutón. Se la representa coronada de espigas, con una hoz en la mano y en un carro tirado por dragones.

COLOMBINE. Pseudónimo de Carmen de Burgos. 1878-1932. Tenía en su casa una especie de salón literario a imitación de las damas francesas del siglo XVIII. Fue amiga de Carrere, quien le presentó a Luquero. Admiradora del poeta canario Tomás Morales. Dirigió la publicación mensual *Revista Crítica*. Murió repentinamente después de una conferencia en un círculo político.

CORINTO Y ORO. Pseudónimo de Maximiliano Clavo Santos. Hijo de un modesto sastre de Arévalo. Fue con Luquero a la Escuela y a los primeros cursos de Bachillerato. Tuvo una beca del Ayuntamiento. Llegó a Madrid en 1901. Escribió en *el Globo*, *España Nueva*, y en *La Voz*. Fue excelente crítico taurino. Publicó una obra de tema taurino: *Su excelencia el mataor*.

COSTA, Joaquín. Monzón (Huesca), 1844 - Graus (Huesca), 1911. Político republicano. Jurista. Historiador preocupado por los problemas españoles. A su actitud se le llamó Regeneracionismo. Precursor del 98. Influye en Unamuno y Azorín. Escribió sobre temas literarios y sobre cuestiones agrarias.

CURROS ENRIQUEZ, Manuel. Escritor en lengua gallega y castellana. Celanova 1851 - La Habana 1908. Se dedicó al Periodismo. Fue republicano federal. En 1894 se trasladó a La Habana, donde fundó la revista *Tierra Gallega* y fue redactor del Diario de *La Marina*. Sus poemas en gallego se reunieron en *Aires de minha terra*, 1880.

CHICHARRO, Eduardo. Pintor. Madrid 1873 - Madrid 1949. Pensionado en Roma de 1900 a 1904. Fue director de Bellas Artes; de la Escuela de San Fernando y de la Academia de España en Roma. Pintó cuadros de tema exótico y costumbrista.

DICENTA, Joaquín. Calatayud 1863 - Alicante 1917. Periodista, poeta, novelista y sobre todo dramaturgo. Como dramaturgo sigue a Echegaray, añadiendo la preocupación por el problema social. Entre sus obras dramáticas destaca *Juan José* (1895), que presenta los problemas entre patrones y obreros. Dirigió *La Lucha*. Fue cronista de *El Liberal*. Lo conoció Luquero en el entierro de Núñez de Arce.

DIEZ CANEDO, Enrique. Badajoz 1879 - Méjico 1944. Poeta, crítico cultísimo y excelente traductor de poetas franceses e ingleses. Ejerció la crítica literaria y teatral en *El Sol*. Gran conocedor de la Literatura hispanoamericana. Fue director de la Escuela de Idiomas y Académico de la Española. Gran bibliómano.

FRANCES, José. Madrid 1883 - Madrid 1965. Novelista, crítico de Arte y autor dramático. Colaboró en periódicos. Obras: *Alma viajera* (Novela, 1907); *La muerte danza*, sobre la guerra del 14; y de género policiaco *El misterio de Kursaal*. *La mujer de nadie*, de ambiente rural asturiano, de donde procede el autor. Ferviente francófilo. Colaboró en *El Heraldo de Arévalo*. Lo conoció Luquero en el banquete que se dió al malogrado Andrés González Blanco, en el entresuelo de Fornos, por la publicación de la *Historia de la novela*.

GARCIA LUENGO, Eusebio. Puebla de Alcocer (Badajoz), 1905. Autor de una novela: *El malogrado*, 1945. Ha colaborado en revistas co-

mo *El Español* y *La Estafeta Literaria*. Es autor dramático de carácter existencialista.

GENER, Pompeyo. Catalán, 1848-1921. Escritor bilingüe, filósofo e historiador. Compuso un drama: *Miguel Servet*, 1906.

GHIRALDO, Alberto. Buenos Aires 1884 - Santiago de Chile 1946. Poeta y dramaturgo. Admirador de El Modernismo. Dirigió *El Sol*. Mantuvo una postura enemiga de los Estados Unidos en artículos y libros como *Yanquilandia bárbara*. Fundó una revista ilustrada: Ideas y Figuras, de vida efímera. Durante la dictadura de Primo de Rivera fue expulsado de España, lo que motivó un libro de versos: *La canción del deportado: contra el hierro, el diamante de la idea*. En compañía de Ghirardo asistió Luquero al homenaje que rindió *El Ateneo* a Rubén Darío, en 1909. Su mejor novela es *Humano ardor* (1930). Llevó al teatro personajes humildes y fracasados.

GIL, Fr. Juan. Fraile mercedario, nacido en Arévalo, que rescató a Cervantes.

GOMEZ CARRILLO, Enrique. Guatemala 1873 - París 1927. Viene a Europa en 1891. Redactor del *Diccionario Enciclopédico Garnier*. Corresponsal de *El Liberal* en París. Llevó vida bohemia. Colabora en ABC. Escribe crónicas ágiles y es gran admirador de la literatura francesa.

GOMEZ DE LA MATA, Germán. Tradujo con Luquero el *Manifiesto futurista*, de Marinetti. Fundó con Luquero y José Fernández Grados la revista *Pro Arte*. Tradujo las tragedias de Eurípides, siguiendo la elegante versión de Leconte de Lisle. Con Luquero frecuentó diversos actos literarios.

GOMEZ ROMAN. El Lugarejo, iglesia románica de ladrillo, de triple ábside, a las afueras de Arévalo. Monumento nacional.

GONZALEZ BLANCO, Andrés. Cuenca 1888 - Madrid 1924. "Escritor polifacético, alma infantil y hombre bueno", dice Luquero. Colaboró en las principales revistas literarias. Escribió poesía, novelas y crítica. Escribió una *Historia de la novela en España*, premiada por el Ateneo y un estudio crítico sobre Campoamor. Dirigió una edición de las obras completas de Rubén Darío. Traductor de simbolistas y parnasianos. Amigo de Luquero, de José Francés y de E. Ramírez Angel.

- GONZALEZ RIGABERT, Federico. Escritor al que personalmente trató más Luquero. Los dos asistieron al entierro de Núñez de Arce. De carácter tímido y vidrioso. Rigabert y Luquero fundaron en 1909 la revista titulada *Comedia*, en la que colaboraron: F. Trigo, A. Insúa, Carmen de Burgos, E. Ramírez Angel. Visitó varias veces Arévalo.
- HELIOS. Revista del modernismo militante. Fundada en Madrid en 1903. Sus primeros redactores fueron Pedro González Blanco, Martínez Sierra, Pérez de Ayala y Juan Ramón Jiménez, y más tarde los Machado y Rubén Darío. Tuvo vida efímera.
- HORACIO. Poeta latino del siglo I a. de J.C. Escribió *Sátiras*, *Odas* y *Epístolas*.
- IBARBOROU, Juana de. Poetisa uruguaya, nacida en 1895. Su nombre era Juana Fernández y adoptó el apellido de su marido. Obras poéticas: *Lenguas de diamante*, 1918; *Raíz salvaje*, 1922; *La rosa de los vientos*, 1930. Su poesía es delicada, amorosa y sincera, de vocabulario selecto y de metáfora simbolista, inspirada en la Naturaleza.
- IGLESIAS, Pablo. Político y dirigente obrero español. El Ferrol 1850 - Madrid 1925. De familia obrera. Publicó sus primeros artículos en *La Solidaridad*. Funda el Partido Socialista Obrero Español, que integraba a los internacionalistas de tendencia marxista. En 1886 funda *El Socialista*, del que fue nombrado director.
- JUARROS, César. Madrid 1879 - Madrid 1942. Médico psiquiatra. Devoto de la capa. Cultivó la novela y el ensayo. Cuando, en 1927, Luquero se vió afectado de tortícolis, durante más de tres años, Juarros le atendió personal y desinteresadamente. Durante la guerra, Juarros se ocultó en la Embajada de Rumanía. "En mi espíritu habrá para él un recuerdo permanente".
- LANZA, Silverio. Madrid 1856 - Getafe 1912. Pseudónimo de Juan Bautista Amorós. Fue marino durante algunos años. Por su obra *Ni en la vida ni en la muerte*, fue procesado. Azorín se refiere a él en *Clásicos y Modernos*. Es un escritor original y raro. Algún crítico lo considera precursor de la novela psicológica.
- LASSO DE LA VEGA, Rafael. Andaluz. Lo conoció Luquero en la tertulia del café Nuevo Levante, regida por Valle Inclán. Publicó un libro de versos: *Rimas de silencio y soledad*. Julio Antonio le hizo un magnífico busto.

- LERROUX, Alejandro. Político y periodista. Fue famoso el artículo: "Los cocodrilos", publicado en *El Progreso*, de Barcelona, con motivo del atentado de Ramón Artal contra Maura, en abril de 1904. Dirigió en Madrid *El Progreso*, *El País* y *El Intransigente*.
- MACIAS, A. Escritor y periodista arevalense. De ideas progresistas. Desaparecido prematuramente. Fue procesado por atacar la inhumana ley de las jurisdicciones.
- MARAGALL, Juan. Barcelona 1860 - Barcelona 1911. Escritor bilingüe. De fina sensibilidad. Contribuyó al renacimiento de la poesía catalana.
- MARQUINA, Eduardo. Barcelona 1879 - Nueva York 1946. Poeta, dramaturgo y novelista. Colaboró en revistas y periódicos y fue miembro de la Academia. Poeta modernista. Entre sus obras dramáticas destacan: *Las hijas del Cid*, 1908; *En Flandes se ha puesto el sol*, 1910.
- MELENDEZ VALDES, Juan. 1754-1817. Uno de los más delicados poetas del siglo XVIII. Usó el pseudónimo de Batilo. Amigo de Cadalso. Cultivó la poesía anacreóntica. Escribe: *Odas*, *Letrillas* y *Romances*.
- MACIAS PICAVEA, Ricardo. 1847-1899. De ideas reformadoras, como Joaquín Costa. Ambos pertenecen al Regeneracionismo. Escribió poesías y novelas como *Tierra de Campos*, 1898, de costumbres rurales. Preocupado por los problemas educativos, escribió: *La Instrucción pública en España y sus reformas*, 1882.
- NACKENS, José. Luchador republicano. Director de *El Motín*, donde publicó Luquero el artículo "Fechas Nuevas". Luquero trabó amistad con él en la redacción de *El Motín*, en la calle Ruiz, adonde llegó Mateo Morral solicitando amparo. Conoció Nackens a A. Macías y le ayudó económicamente cuando estuvo en la cárcel. Asistió al entierro de Alejandro Sawa.
- NAVARRO LEDESMA, Francisco. Toledo 1869 - Madrid 1905. Perteneció al Cuerpo de Archiveros y fue catedrático en el Instituto "San Isidro", de Madrid. Ejerció la crítica en varios periódicos. Su libro más importante es *El Ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, 1905.

PAN. Para los griegos, hijo de Júpiter y Calisto. Sus paseos nocturnos por el campo inspiraban terror. Inventó la flauta. Aparece cubierto de pieles de macho cabrío, cuernos y pies de cabra. Más tarde se le identificó con la Naturaleza, teniéndole por dios de los pastores y de los campos.

PARMENO. José López Pinillos. Sevilla 1875 - Madrid 1922. Periodista, novelista y dramaturgo. Representa la tendencia literaria de tipo socializante. Novelas: *La sangre de Cristo*, 1907; *Doña Mesalina*, 1910; *Las águilas*, 1911. Es adicto al realismo violento de ambientes y caracteres sombríos. Admirador del poeta Curros Enríquez.

PASO, Manuel. 1864-1901. Poeta granadino. Bohemio y malogrado a causa del alcoholismo. Entre sus libros destaca *Nieblas*. Colaboró con Dicenta; Fue un periodista muy activo.

PI MARGALL, Francisco Barcelona 1824 - Madrid 1901. Ministro de la Gobernación y Presidente de la Primera República. Historiador, ensayista y crítico, orador y político. Autor de *Las Nacionalidades*. Republicano federal. Obras: *Historia de la pintura en España*, 1851; *Estudios sobre la Edad Media*, 1873; *Historia General de América*, 1878; *Introducción a la Historia en el siglo XIX*. Luquero, que también fue ferviente republicano federal, veló sus restos.

POMONA. Diosa etrusca y romana, que presidía los frutos.

REPIDE, Pedro de. Madrid 1882 - Madrid 1947. Castizo prosista. Colabora en periódicos y es uno de los fundadores de *La Libertad*. Cronista de la vida madrileña. "Del Rastro a Maravillas", "El Madrid de los abuelos", "Costumbres y devociones madrileñas". En plena guerra se pasó a la zona de Franco. Lo conoció Luquero en 1909 con motivo de un artículo que le dedicó a raíz de la publicación de "El Madrid de los abuelos", en *El Heraldo de Zamora*.

SALAMERO, Román. Natural de Graos, como Costa. Periodista de sólida cultura. Hombre modesto. Flor de bibliófilos. Estuvo muchos años en París. Fue redactor de *el País* y hacia en *El Imparcial* la crónica de la Literatura extranjera. Era desaliñado en el vestir.

SALAVERRIA, José María. Vinaroz 1873 - Madrid 1940. De origen vasco. Su labor principal es la de ensayista y periodista. Los temas hispanoamericanos y la defensa de lo hispánico son constante en su obra: *Vieja España*, 1907; *Los conquistadores*, 1918; *Alma vasca*,

1920. En los últimos tiempos, su exaltación de los valores nacionales le sitúa en la misma línea de Maeztu.

SAN JOSE, Diego de. Madrid 1885. Redactor y colaborador de periódicos y revistas. Su poesía tiene cierta semejanza con la de E. Carrere. Cultiva la novela histórica: *La corte del rey embrujado*, 1923; *Una pica en Flandes*, 1925; *De capellán a guerrillero*. Hizo la campaña roja en *El Liberal*, de Madrid. Fue asiduo a la tertulia de Carrere en el café Callao, donde trabó amistad con Luquero. Franco le condenó a 30 años de presidio.

SANZ, Eulogio Florentino. Arévalo 1822 - Madrid 1881. Huérfano desde temprana edad. Realizó estudios universitarios en Valladolid. Tenía un carácter irónico, orgulloso y escéptico. Es progresista en política. Cultivó el periodismo. Como autor teatral destaca su obra *Don Francisco de Quevedo*, estrenada por el actor Romea en 1848, y *Achaques de la vejez*. Tradujo a Heine, que influye en Bécquer, amigo de F. Sanz. Fue excelente poeta. Redactor Jefe de *La Patria* y de *Nuevo Mundo*.

SASSONE, Felipe. 1884-1959. Peruano. Vivió en España, en donde destacó en el periodismo y en el teatro. Es autor prolífero.

SAWA, Alejandro. Málaga 1862 - Madrid 1909. Novelista y periodista. Vivió la bohemia de Madrid y París y murió loco y ciego. Tiene influencia de Zola. Colaboró en *Alma española* y en *La Lucha*. Fue negro de Rubén Darío. Valle Inclán lo inmortalizó en *Luces de Bohemia*, en Max Estrella. Luquero veló sus restos en la calle Conde Duque y estuvo en su entierro, en el cementerio civil, acompañando a Roberto Castrovido. Novelas: *La mujer de todo el mundo*, 1885; *Crimen legal*, 1886; *Noche*, 1889. De viejo era llevado del brazo de Vicente del Olmo (Don Latino), vencido y lamentable.

SEDEÑO. Uno de los cinco linajes de Arévalo.

TRIGO. Villanueva de la Serena 1865 - Madrid 1916. Médico. Tuvo heroico comportamiento en Filipinas, donde fue herido gravemente. "Era caballero intachable, asequible y cordial", dice Luquero. Sus novelas se inspiran, sobre todo, en la vida sexual: *Las ingenuas*; *Las Evas del Paraíso*; *Alma en los labios*; *Sor demonio*. Luquero lo conoció a raíz de un artículo sobre su obra en *El Heraldo de Zamora*. Ambos eran asiduos a la tertulia de la Maison Dorée, donde

- también acudían Tovar y Ciges Aparicio. Se suicidó en su casa de la Ciudad Lineal.
- VALBUENA, Antonio de. 1844-1929. Periodista de tono burlón y polémico. Fue muy popular por sus artículos satíricos sobre correcciones gramaticales y de léxico. Sus artículos fueron coleccionados en *Ripios aristocráticos y Ripios académicos*.
- VALENCIA, Guillermo. 1873-1943. Colombiano. Ocupó cargos administrativos y diplomáticos. Su único libro de poemas: *Ritos*, 1899, es de carácter parnasiano y simbolista. Es uno de los más interesantes poetas del modernismo.
- VILLAESPESA, Francisco. Almería 1877 - Madrid 1936. De vida aventurera y bohemia. Recorre América dando conferencias y estrenando dramas. Escribe versos, prosa y teatro poético. Sus obras teatrales más conocidas son: *El Alcázar de las perlas*, 1911; *Doña María de Padilla*, 1913; *La leona de Castilla*, 1915. Es poeta fácil y superficial.
- ZAMACOIS, Eduardo. Cuba 1876 - Buenos Aires 1972. Vivió en París y en Madrid. Fundó en Barcelona el semanario *Vida galante*. Viajó por América. Novelista que empezó con tendencia pasional y galante. Obras: *El seductor*, 1902; *El delito de todos*, 1935. Memorias: *El hombre se va*.
- ZOZAYA, Antonio. 1859-1940. Madrileño. Abogado. Hijo adoptivo de Soria. Cultivó el periodismo. Compuso obras dramáticas como: *Cuando los hijos lloran*. Novelas; *La noche grande*; *La bala fría*. También escribe relatos breves y poesía. Es seguidor del Krausismo y tiene obras de carácter filosófico y socializante. Murió en Caracas en 1940. Era hombre bueno.

OBRAS DE LUQUERO

El ensueño roto. Novela. (Hacia una nueva égida.). Librería Pueyo. Madrid, 1910.

Una bala perdida. (La novela del domingo.). Ilustraciones de Mezquita. 30 de septiembre de 1923. Madrid.

TRADUCCIONES

El Futurismo, de F. T. Marinetti. Traducción de G. Gómez de la Mata y Nicasio Hernández Luquero. F. Sempere y Cia Editorial. Valencia, 1912.

La Odisea. Traducción de Leconte de Lisle por Nicasio Hernández Luquero. 2 volúmenes. Ed. Prometeo. Valencia, 1916.

El demonio de la vida, de Edmundo Jaloux. Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Prólogo de Vicente Blasco Ibáñez. Ed. Prometeo. Valencia, s. a.

Las lecciones de la guerra mundial, de A. Hamon (Profesor de la Universidad Nueva de Bruselas). Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Ed. Prometeo. Valencia, s. a.

El inocente, de G. D'Annunzio. Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Ed. Mundo Latino. Madrid, 1926.

El León de San Marcos, de Luigi Motta. (Novela histórica y de aventuras.). Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Ed. Maucci, s. a. Barcelona.

El cadáver acusador, de Carolina Invernizio. Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Ed. Maucci, s. a. Barcelona.

Los siete cabellos de oro, del Hade Gusmara. Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Ed. Maucci, s. a. Barcelona.

Diario, de André Mauvois (Estados Unidos). Traducción de Nicasio Hernández Luquero. Colección Austral, n.º 750. Espasa Calpe. Madrid, 1947.



Don Nicasio, en 1925



Caricatura personal de Hernández Luquero, por Jano. 1973



Detalle de la sala donde el escritor pasaba la mayor parte de su tiempo; conservándose efectos personales tales como la capa y sombrero, prendas que tanto le caracterizaban



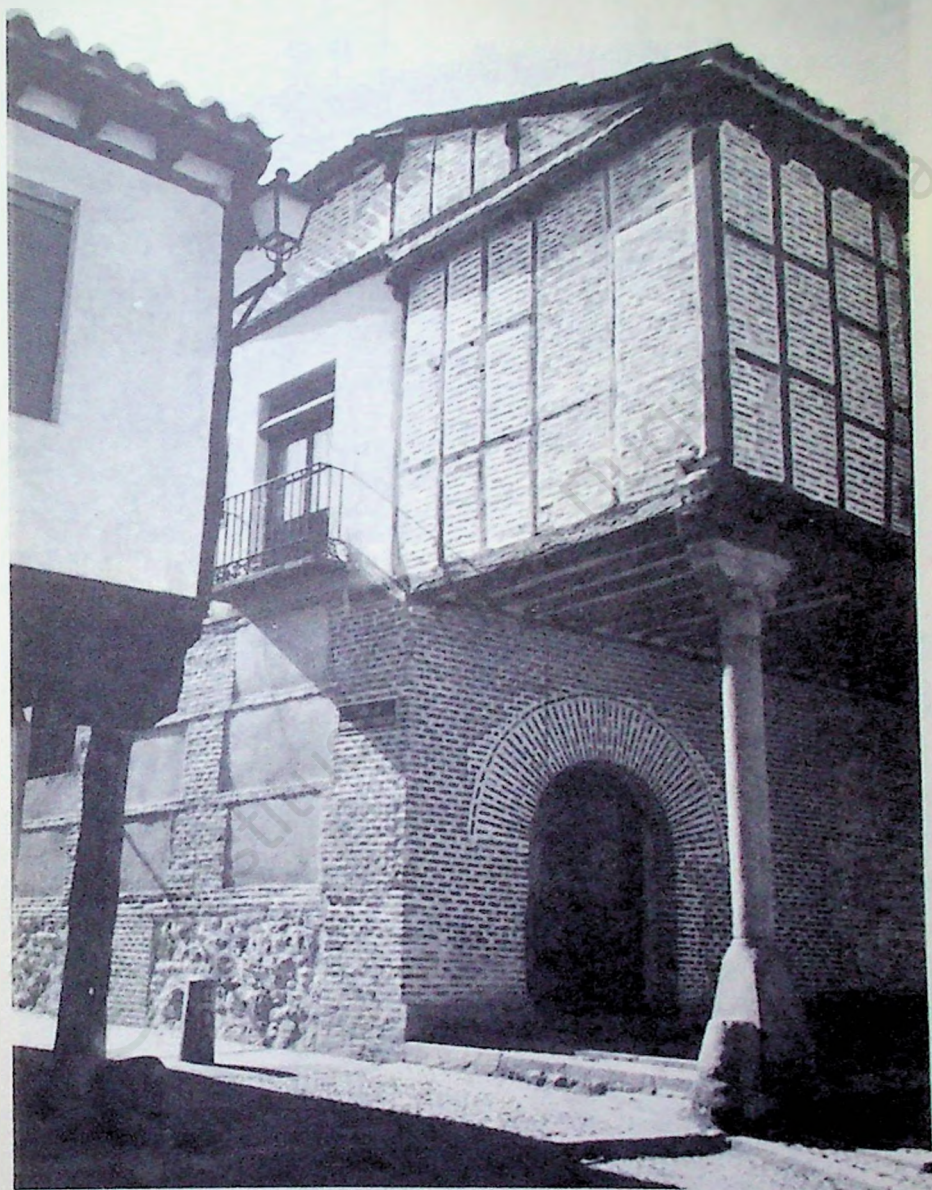
Uno de los ángulos de la biblioteca de su casa



Objetos personales del poeta



Entrada a la casa de Luquero. Arévalo



*Entrada principal de la casa del escritor y ángulo con la calle
que lleva su nombre*



Vista de la casa propiedad de Hernández Luquero en que vivió y murió, en la Plaza de la Villa de la ciudad de Arévalo



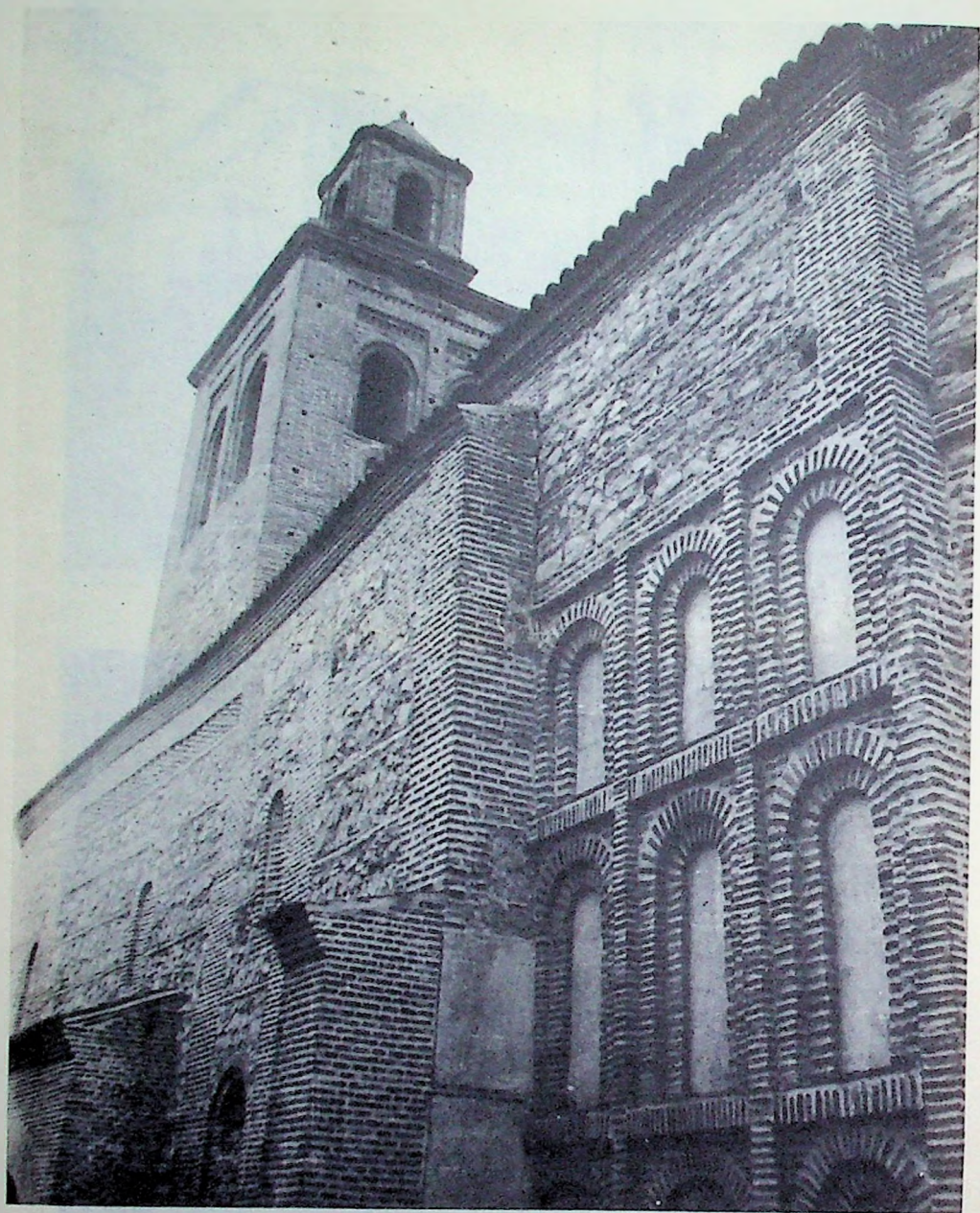
Soportales de la casa del escritor, con una bella perspectiva de la Plaza de la Villa y torre de los ajedreces



Iglesia románica de San Martín y Torres gemelas. Arévalo



Ayuntamiento de Arévalo. Plaza de El Real



Iglesia de Santa María, en la Plaza de la Villa. Arévalo



Arco del Alcocer. Arévalo



Castillo. Arévalo



Calle Entrecastillos. Arévalo



Castillo de Arévalo



Institución Gran Duque de Alba